

JOAQUÍN LUNA

¡MENUDA TROPA!

AVENTURAS
Y DESVENTURAS
DE UN PERIODISTA
DIVORCIADO



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

1. DON HORACIO: «PUEDO PARECER INTERESADO, PERO SOLO ESTOY SIENDO EDUCADO»
2. CHICO PARA TODO ENTIERRA A PAQUIRRI
3. ¿Y NO TE GUSTARÍA HONG KONG?
4. LA NOCHE DE ASIA: DE LAS BARBERÍAS AL «HAGA USTED EL FAVOR DE CALLARSE»
5. CONTADLO AL MUNDO
6. ALGUNAS GUERRAS, AQUELLOS COMPAÑEROS MUERTOS
7. BYE-BYE, HONG KONG
8. EN LA COMITIVA DEL AIR FORCE ONE
9. EL NEGOCIO DEL ESPECTÁCULO
10. POR UNA GUERRA QUE NO PIERDE ESPAÑA...
11. ¿PRESENCIAR UNA EJECUCIÓN?
12. PARIS LA NUIT
13. TONTO EL QUE LO LEA Y SE LO CREA
14. NOCHE DE PERROS CON DEBUT DE MESSI EN EL CAMPO DEL GRAMENET
15. HURGAR EN EL DOLOR AJENO
16. DE PELAYO 28 A DIAGONAL 477 PASANDO POR MANILA

17. ESCRIBIR COLUMNAS O LLEVARÁS LUTO POR MÍ
VA POR USTEDES
ILUSTRACIONES
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Joaquín Luna ha estado en la guerra de Irak y Kuwait, pero también en el cortejo fúnebre de Paquirri en Sevilla. Ha cubierto cuatro Juegos Olímpicos y tres Mundiales de fútbol, así como el debut copero de Messi en el Barça en el campo de la Gramenet. Informó de la matanza de Tiananmén en 1989 y de los atentados del 11-S en Nueva York, de tres elecciones presidenciales estadounidenses y de dos francesas, y fue protagonista de noches memorables en París, Hong Kong y Washington, cuando lo de ser corresponsal era otra cosa.

Podría decirse, por abreviar, que no hay acontecimiento relevante de los últimos treinta y cinco años del que Joaquín Luna no haya escrito. Muchos de ellos los recuerda en este libro, homenaje jocosos y despreocupados a una forma de entender y vivir el oficio que seguramente ya no existe, pero sobre todo un recorrido, repleto de anécdotas, por la trayectoria de un auténtico periodista de raza que nunca ha dejado de ser «un señor de La Vanguardia».

¡Menuda tropa!

Joaquín Luna

Aventuras y desventuras
de un periodista divorciado

ediciones península

*A Joaquín y Antonia, que tanto se sacrificaron
para darme educación, y de la buena.*

*A Joaquín, cuya infancia fue perjudicada
por el ejercicio de mi pasión.*

1

DON HORACIO: «PUEDO PARECER INTERESADO, PERO SOLO ESTOY SIENDO EDUCADO»

«*I may look interested but I'm just being polite.*» El pequeño cartel, como quien no quiere la cosa, estaba situado en la mesa del director de *La Vanguardia* de cara al visitante que, como quien sí quiere la cosa, era yo, estudiante de quinto de Ciencias de la Información. Don Horacio Sáenz Guerrero citaba a medianoche a las visitas menores en su despacho, donde ofrecía una imborrable lección de periodismo de calidad. En penumbra, y con una lámpara de mesa por toda iluminación, el director del rotativo leía, repasaba y corregía todas las páginas del diario antes de que entrara en imprenta. Un camarero —la redacción tenía bar y camareros— le traía un café corto, y don Horacio encendía con parsimonia un cigarrillo rubio.

He aquí todo lo que un periodista podía anhelar: trabajar a medianoche, tomar cafés sin temor al insomnio y el privilegio de moldear la actualidad. La mirada de don Horacio, potenciada por unas gafas gruesas, era muy expresiva y de un paternalismo con el que siempre estaré en deuda.

La primera cita en el despacho del director de *La Vanguardia*, allá por 1980, fue deslumbrante y cinematográfica. Don Horacio había ingresado en el periódico en 1943, con veintiún años, empujado por la necesidad de aportar un sueldo a su familia —su padre, periodista, murió joven— en pugna

con su otra pasión, la medicina. Ganó el periódico, del que fue nombrado director el 20 de octubre de 1969.

Un dato eleva la estatura del personaje: fue el primer director bajo el franquismo nombrado libremente por la propiedad, la familia Godó, y no por el régimen. Cuesta de entender, pero así funcionaba el franquismo, que si en 1939 había impuesto como director de *La Vanguardia* a una figura nefasta como Luis de Galinsoga —incluso al margen de su anticatalanismo—, a finales de los sesenta aceptaba, en la fase de «aperturismo» del segundo franquismo, a un director de *La Vanguardia* como Sáenz Guerrero, heredero del estilo liberal de otros de sus directores «de toda la vida», como Sánchez Ortiz, Miquel dels Sants Oliver, Gaziel o incluso Manuel Aznar (hombre viajado, diplomático y abuelo del expresidente José María Aznar).

Yo asistía admirado a la ceremonia nocturna de la corrección de las copias sin saber qué saldría de la visita: allí estaba una figura del periodismo español del siglo XX enmendando con su bolígrafo cuantos errores, gazapos o deslices contenían las pruebas de las páginas, y lo hacía de forma anónima, invisible y certera, porque don Horacio tenía la cualidad, entonces imprescindible, del dominio del lenguaje. Yo no perdía de vista el letrado — el inglés permite decir «no sea usted pesado» sin ofender a nadie—, de modo que respondí con brevedad al pequeño interrogatorio de don Horacio, dirigido a verificar si merecía brindarme una oportunidad profesional.

Estudiaba la carrera en la Universidad de Navarra, del Opus Dei, porque mi padre, con buen criterio, pensó que si esto del periodismo no eran estudios con porvenir, menos lo serían matriculado en Barcelona, en aquellos años agitados, con la perspectiva de huelgas y muchas tonterías. El título de Periodismo en Navarra tenía prestigio y era una cantera contrastada, más allá de la religión o la Obra, tan desconocida en mi casa como la física cuántica.

La empresa de acero inoxidable todavía iba bien, y mi padre tuvo la generosidad de aceptar mi vocación periodística y olvidarse conmigo de la costumbre de encauzar a los primogénitos hacia el negocio familiar. Fue un grandioso acierto, porque años más tarde la empresa se iría al garete, entre deudas traumáticas y lecciones sobre la supuesta «bondad» de la clase trabajadora.

Meses antes de la cita a medianoche en Pelayo 28, en el piso estudiantil de Pamplona se me había ocurrido escribir un artículo escueto y enviárselo a don Horacio, así, por las bravas. Sabía de sus inquietudes gastronómicas, muy en boga en ciertos cenáculos periodísticos de la época, a imitación de la vecina Francia. Plumas, como las de Sáenz Guerrero, Néstor Luján, Bettonica, Óscar Caballero o Carmen Casas, reivindicaban en las páginas de *La Vanguardia* la gastronomía como una forma de cultura. Y sobre todo una vía de modernización de una España que había superado el hambre pero que en la esfera pública se limitaba a una cocina aburrida, caracterizada por «platos regionales» de los tiempos del Quijote. Todo estaba por hacer en gastronomía. Y por escribir.

El texto que remití a don Horacio estaba muy influenciado por Xavier Domingo, periodista de la Agence France- Presse que colaboraba en *Cambio 16*, el semanario más identificado con la Transición. Sus artículos sobre gastronomía eran deslumbrantes, y tenían el grandísimo mérito de desterrar la idea de que la cocina era un asunto conservador y burgués. Eso entonces no estaba nada claro, pero entre él y otra firma progre, Manuel Vázquez Montalbán, contribuyeron a ver la afición a la buena mesa como algo interclasista.

Envié mi parida —sobre la grandeza del pan con tomate, ya me contarán— a la atención del director de *La Vanguardia*, con el convencimiento de que ni la leería. Me daba igual. Se acercaba la hora de licenciarme y yo era un forofo de *La Vanguardia*, a la que estaba suscrito mi padre. Sus crónicas cosmopolitas sobre el mundo, entonces tan exótico, me fascinaban. No solo quería ser periodista y vivir del periodismo, como Tintín y Augusto Assía, sino que también soñaba con viajar. Además, *La Vanguardia* era una institución del mejor periodismo europeo, con una visión liberal del mundo y de la vida.

Yo tenía alergia al izquierdismo tan de los tiempos, y cuatro ideas claras: Estados Unidos era una democracia con sus defectos y la URSS —y los llamados «países satélites»—, una dictadura con defectos incorregibles. Creer semejante obviedad era rareza entre la mayoría de los jóvenes de mi generación.

Una mañana de octubre de 1980, el portero del piso de estudiantes — éramos cuatro— me entregó una carta de *La Vanguardia*. Buena gente, muy navarro y nada cotilla, el portero nos mostraba simpatía, acaso porque no le montábamos pollos ni lo mareábamos, a diferencia de unas estudiantes vecinas. Incluso se puso de nuestro lado ante la división de la comunidad de vecinos cuando, parodiando los carteles filoetarras, colgamos del balcón del barrio burgués de la Vuelta del Castillo la pancarta «Quini askatu», libertad para Quini, el futbolista del Barça secuestrado. Mantuvimos la pancarta hasta la liberación del delantero centro.

La misiva determinaría mi vida. Sin exagerar. «He recibido su carta y he leído su artículo. Escribe usted bien. Pero con eso no me basta. Tengo muchos colaboradores que escriben bien y para quienes no tengo sitio. La clave se encuentra en los temas y en las necesidades del diario.» Con todo, tomé la respuesta como alentadora y, sobre todo, resultó la confirmación de que *La Vanguardia* no era un periódico al uso, sino una empresa periodística con formas, gusto y los mejores valores burgueses. Pocos días después, don Horacio llamó a mi casa en Barcelona porque quería conocerme. El piso estudiantil carecía de teléfono y mi padre tuvo que pedir a un conserje del Hotel La Perla, el cuartel sanferminero de la familia, el enorme favor de hacerme llegar el recado.

Don Horacio me propuso una colaboración semanal en el *Magazine*, entonces en blanco y negro, a base de noticias breves de la semana, aprovechando que le había dicho que leía publicaciones francesas y anglosajonas, una exageración monumental. El no va más: 16.000 pesetas mensuales y la gentileza de firmar la página, una suerte de miscelánea. Se me ocurrió ponerle de título «Lectura despreocupada», algo cursi, en consonancia con el destino manirroto que daba a semejante estipendio: viajes a Barcelona, Madrid y San Sebastián, juego —me convertí en una joven promesa del bingo navarro— y comidas en restaurantes decentes.

El año 1981 fue el del centenario de *La Vanguardia*, y seguía con admiración cuantos programas emitió TVE, la única televisión existente, sobre la efeméride, como el espléndido documental, producido por el diario, *Catalanes universales*, donde desfilaban a modo de «ahí queda eso» una serie

de personajes de un catalanismo abierto al mundo. Ser catalán siempre había despertado admiración y alguna envidia en España, por mucho que el independentismo sostenga todo lo contrario.

Llegó la graduación, en junio de 1981, y la única oferta de trabajo que tuve y acepté era un puesto en el gabinete de prensa de la Delegación del Gobierno en el País Vasco, en Vitoria, una ciudad pulcra que distaba mucho de ser la alegría de la huerta o el epicentro de nada. Vivía realquilado en pensiones de las que previamente tenía que informar al jefe de seguridad de la Delegación, situada en todo un búnker, el edificio del Gobierno Civil de Álava, para verificar si eran seguras.

Solo traté en una ocasión al ilustre delegado, Marcelino Oreja Aguirre, exministro de Asuntos Exteriores, al que alguna noche me atreví a telefonar para dar cuenta de atentados menores. Nos recibió a los tres periodistas del gabinete en su residencia de Los Olivos, un nombre que a los periodistas les gustaba subrayar por darle pisto, al modo de la Casa Blanca, el Elíseo o el Quirinal. El jefe era el periodista Cayetano González, a quien debía de desesperar con todos mis pecados de juventud, que fueron muchos y variados.

Lo más apasionante de mi corta estancia en Vitoria —entré a finales de junio y me despedí en septiembre— fueron las escapadas a San Mamés para ver el retorno a casa de Zubizarreta y Alexanko, ya con el Barça, y a Donostia aprovechando que se casaba Jaime Oreja Aguirre, diputado, sobrino de don Marcelino y futuro ministro del Interior. Me dejaron viajar en el coche de los escoltas, que circulaba a una velocidad inaudita, sin peajes ni semáforos en rojo y con las pistolas muy a mano. ¡Qué tragedia tan absurda fue el terrorismo de ETA! ¡Y cuánto les costó a tantos darse cuenta del tipo de fanáticos que eran!

Yo iba informando a don Horacio de mi paradero: él me respondía con buenas palabras y la insinuación de que me tenía presente. Ya en Barcelona, estuve tres meses en paro —¡una eternidad!— hasta que en la Navidad del 81 quedó una vacante en la agencia Europa Press de Barcelona, donde había hecho prácticas un verano, y me agarré en cuerpo y alma al puesto. Salvador Aragonés, el director, y Daniel Arasa, jefe de redacción, grandes maestros y

buena gente, me enseñaron a redactar una noticia. ¿Es fácil redactar una noticia? Sí, en teoría muy fácil, sobre todo si un buen profesional te enseña, te corrige y te da las pautas. Hay muchos periodistas que no han tenido este privilegio y son capaces de escribir buenos reportajes o entrevistas, pero no de redactar un suceso en tres párrafos. Trabajar en Europa Press fue, además, vacunarse contra el ego, ese monstruo periodístico que o domesticas o te devora, porque las noticias de agencia no van firmadas.

Ya tenía empleo en Barcelona, novia formal y un sueldo digno (40.000 pesetas al mes). Y volvió a telefonarme don Horacio cuando ya no lo esperaba. *Diario 16*, dirigido por Pedro J. Ramírez, riojano como don Horacio pero de un talante agresivo y americanizado hasta la caricatura, había roto la prohibición de salir a la venta los lunes, un día en que solo salía la prensa deportiva y la *Hoja del Lunes* de cada provincia, una prebenda para las asociaciones de la prensa, típica del franquismo. Yo tenía muy claro quién era mi maestro riojano favorito, y más desde que vi un cara a cara entre los dos en un programa de TVE de Joaquim Maria Puyal, con esa modernidad de Quim para anticiparse al futuro porque cree en el oficio y lo ha vivido siempre con pasión.

Pedro Jota iba sobrado en el debate, con esa chulería que le caracteriza y ese Watergate que nunca descubre, frente a un Horacio Sáenz Guerrero maestro en las suertes de templar y mandar las embestidas kennedianas. Cuando Ramírez exaltaba las innumerables virtudes de su redacción, su independencia informativa y su fervoroso servicio a la causa democrática de la Transición, con un cierto desdén hacia *La Vanguardia*, don Horacio le dio un magistral sopapo. Como quien no quiere la cosa: «Espere a que su diario cumpla cien años».

Diario 16 fue hijo de su tiempo, pero *La Vanguardia* sigue ahí... Que no crea el lector que le tengo manía a Pedro J. Ramírez, al contrario: siento por él admiración y debilidad personal. E incluso ternura desde el día en que don Miguel Urabayen, un profesor ilustre de Pamplona, donde había estudiado Pedro Jota, me comentó que sus primeras crónicas aparecieron en el semanario *Norte Deportivo*, un hecho que el ego de don Pedro le ha llevado a ocultar sistemáticamente.

Don Horacio me dio la alegría de mi vida. Quería que trabajase en los turnos de fin de semana organizados para que *La Vanguardia* también saliese los lunes. Cobraría 80.000 pesetas al mes, el doble que en Europa Press, donde trabajaba de lunes a sábado al mediodía. No soy de dar abrazos, pero ese día de junio de 1982 sentí que me daba la alternativa un maestro con un cariño paternal. Don Horacio siempre fue así con sus cachorros. Ya estaba donde quería: en el periódico más atractivo y potente de España. Lo que hiciera de entonces en adelante era cosa mía.

2

CHICO PARA TODO ENTIERRA A PAQUIRRI

Cuando empecé en *La Vanguardia*, en la primavera de 1982, los principiantes eran asignados a secciones como Local (hoy Vivir), Deportes o Espectáculos. Tenía toda la lógica del mundo porque implicaba «hacer calle», expresión muy próxima a la que es sinónimo de prostitución. Acaso los de ambos ramos seamos primos, porque son oficios antiguos y en ambos hay siempre un cliente que paga (y en el caso del periodismo no me refiero exclusivamente al lector). Las opciones eran o hacer calle o ser redactor de mesa, y los jóvenes, por suerte, estábamos obligados a lo primero.

La redacción del periódico era singular. Durante las mañanas permanecía silenciosa y en penumbra: no se trabajaba. Por convenio, por inercias y, en algunos casos, porque los redactores tenían otros empleos, desde la abogacía, las gestorías, la práctica del tenis o incluso plazas de funcionarios, eso tan típico del pluriempleo de entonces y que no suscitaba, por extraño que parezca, recelos sobre la «división de poderes» (algunos redactores de Local trabajaban en el Ayuntamiento de Barcelona).

«No acabe usted con manguitos» fue uno de los consejos del director, don Horacio. Nadie llevaba manguitos, pero es cierto que el diario permitía trabajar mucho o trabajar poco, y los tiempos apuntaban al fin de los turnos de mañana, tarde y noche. Aunque para mí la cuestión es si el periodismo se

puede considerar un trabajo cualquiera. No lo creo, si bien tampoco es un sacerdocio.

El redactor jefe de Local era Miguel Martín Monforte, turolense como mis cuatro abuelos, ojos a lo Paul Newman y un trato exquisito. Nunca fuimos una redacción silenciosa, pero tampoco vulgar, y tardamos mucho en perder las formas, lo hicimos más o menos al mismo ritmo que la sociedad. Hay actitudes que «hacen *Vanguardia*» y otras que no. A propósito de esto viene a cuento una célebre anécdota. Un tropel de informadores convocados en casa de cierto patricio barcelonés fueron anunciados así por la sirvienta:

—Señor, hay unos cuantos periodistas esperando y un señor de *La Vanguardia*.

Entre los compañeros más jóvenes estaban José María Brunet, Albert Escala, Albert Viladot —uno de los pioneros de Política en TV3, que fallecería prematuramente—, Txema Alegre, Vladimir de Semir, Moncho González Cabezas, Santi Fondevila, Eduardo Martín de Pozuelo y Jordi Bordas, que con el tiempo formarían un tándem célebre de periodismo cañero de investigación al que se uniría Santiago Tarín. Eran la alegría de la huerta, en esa redacción donde estaba permitido gritar, poner música en verano y ver fútbol todo el año en los televisores distribuidos por toda la sala.

Yo incluso me atrevía a poner toros, una afición que nadie compartía, salvo el figuerense Joaquim Escudero, un trueno simpatiquísimo, responsable de la página de Comarcas. Mi costumbre tenía indignado a Paco González Ledesma, ex redactor jefe de Política. Paco era perico y un buenazo. Su talento literario le reportaría el premio Planeta en 1984 por *Crónica sentimental en rojo*, un título que sería llevado al cine, bajo la dirección de Rovira-Beleta, con José Luis López Vázquez y Assumpta Serna. Algunas escenas fueron rodadas en Pelayo 28, para regocijo de todos.

Nada más filtrarse el veredicto del galardón, Javier Godó convocó a la dirección y a Paco para felicitarle. En un momento dado comentó, tal vez un poco maliciosamente:

—Debería usted publicar más artículos en el diario...

—Esto, don Javier, dígaselo a estos señores...

Estos señores eran la dirección allí presente, que no supo cómo justificar

que una pluma de la casa estuviese tan desaprovechada. Es un misterio típico de la *maison* que se repite año tras año, sin que nunca tenga una explicación y un culpable claros.

Me di cuenta pronto de que escribir como los ángeles no significaba necesariamente publicar mucho en el diario. Uno de mis primeros vecinos de mesa fue Rafael Wirth, a quien yo admiraba antes de entrar a *La Vanguardia*. Pues bien, a él le encargaban menos cosas que a mí, un pipiolo cuyos textos no le llegaban a la altura de los zapatos. Para no terminar marginado injustamente como él, nunca he tenido un no para ninguna asignación. He dicho que sí a todos los encargos, y si este oficio fuese de verdad equiparable al de las putas, yo sería una de las grandes, con pocos clientes dispuestos a decir que incumplió su parte. Ver a tantos maestros arrinconados era un aviso para navegantes. *La Vanguardia* podía prescindir de cualquiera, de forma que era mejor no prescindir de *La Vanguardia* y no dejarla para los postres en el banquete de la vanidad.

Así pues, me caían encargos de todos los colores. No era experto en nada, pero afrontaba todas las historias con ganas y con lo que entendía que el periódico me pedía: equilibrio, fidelidad a los hechos y claridad sin demasiadas florituras literarias.

El último día de marzo de 1987, por ejemplo, me tocó informar sobre una muerte delicada: el suicidio de un célebre cocinero, Ramón Cabau, en el mismísimo mercado de La Boquería de Barcelona. Se trataba de un pionero de la renovación culinaria, con un físico pintoresco —bigote daliniano y pajarita—. Su Agut d'Avinyó, cerrado cuatro años atrás, había sido un restaurante de moda, encumbrado por todas las guías y la crítica, muy concentrada en pocas manos. Acaso deprimido, Cabau acudió de buena mañana al mercado, donde vendía los productos que cultivaba en Canet —en eso también se demostró avanzado a su tiempo—, departió sin mucho ánimo con amigos de puestos legendarios y luego se tomó una pastilla de cianuro en uno de los bares de La Boquería.

Me sugirieron que hablase con su yerno, que era nada menos que Néstor Luján, mayor que el difunto, advirtiéndome que tuviera en cuenta que no se llevaban bien. Ejercer el periodismo te permite conocer la naturaleza humana

y te entrena para captar sutilezas en el comportamiento de los demás. Captar los sobreentendidos era imprescindible en un diario liberal que presumía de no amargar el desayuno a sus lectores. Pero yo entonces aún estaba demasiado verde. Néstor Luján, intelectual, gastrónomo y fino articulista, me contó cosas de Cabau, pero me pidió que no lo citara como fuente. Si firmara ese artículo con fecha de hoy, mencionaría el parentesco que les unía y el hecho de que figuras de las letras y de los manteles como él habían contribuido al ascenso del cocinero. Y lo remataría con otros datos novelescos: que el cocinero era químico de formación (por lo del cianuro), y que había fundado el Agut d'Avinyó para desafiar al restaurante Agut de la calle Gignàs, que era de su suegro. Las historias así, imperfectas como sus protagonistas, ¿no contienen acaso tanta dosis de verdad como las ficciones inventadas por los escritores? Para escribir sus «novelas», el periodista bebe directamente de la realidad, la mayor reserva de espléndidas ficciones.

El cocinero suicida no fue el único personaje ilustre que enterré en esa época. Modestia aparte, en años posteriores añadí un rosario de muertes a mi currículum: el emperador Hirohito, el rey Hassan II, Rajiv Gandhi, Deng Xiaoping, el padre de la China actual, y Diana de Gales.

El 26 de septiembre de 1984 estaba de vacaciones; por la noche, estaba tomándome una copa en el Seven Crowns —un bar muy útil, repleto de recién divorciados y divorciadas— cuando corrió la noticia de la muerte de Paquirri en la plaza de toros de Pozoblanco. Francisco Rivera, *Paquirri*, era una figura del toreo y también de la prensa rosa por sus bodas con Carmen Ordóñez y la cantante Isabel Pantoja, convertida esa noche en la viuda de España. Fue «La última tragedia española del siglo XX», como titulé un reportaje al cabo de treinta años de los hechos.

Llamé al diario y, efectivamente, me estaban buscando para cubrir el funeral en Sevilla. Veinticuatro horas después, entrada la noche, estaba frente al piso de Francisco Rivera, en medio de un ambiente de curiosos algo verbenero y muy sevillano. Un aprovechado me ofrecía venderme una copia del cartel de Pozoblanco: «Paquirri, El Yiyo y El Soro». Pedí que me lo enseñara y, en un gesto de torería muy andaluz, me dijo:

—¡Delante de la casa del difunto no! Vámonos unos metros más *p'allá*...

¡Para que luego digan que los pícaros son gandules!

Hubiese podido acceder al piso porque no tenía pinta de periodista ni llevaba cámara. No tener aspecto de zarrapastroso periodista y ser, en cambio, «un señor de *La Vanguardia*» ha sido siempre muy útil para colarse en el lugar de los hechos en momentos confusos o dramáticos. Porque ya se sabe, el periodista que cubre desgracias tiene fama de buitre, de alguien que necesita dejar a un lado sus sentimientos para concentrarse en la historia que tiene entre manos, y no siempre es bienvenido.

Esa noche sentí pudor y respeto por la intimidad de la familia. Por la mañana, el funeral fue multitudinario y tristemente «español», con una duración de seis horas. Isabel Pantoja no quería que el féretro fuese paseado por toda la ciudad, ni siquiera por la Real Maestranza de Sevilla. Seguí el cortejo tumultuoso y, al paso por el templo del toreo, la masa se empeñó, erre que erre y entre gritos de «¡torero!, ¡torero!», en abrir los portones de la Maestranza. Entró Paquirri por última vez por el patio de cuadrillas para dar unas vueltas al ruedo. Aún veo a Isabel Pantoja, casi desmayada, con gafas oscuras, a rastras como una virgen llevada al martirio de su hijo, tratando de seguir las improvisadas vueltas por el albero, la arena de color inconfundible del coso sevillano. ¡Ay, el «fervor popular»! ¡Ay, las masas cuando las dejas solas!

Por pura coincidencia, ese fue el año de la canción *Sevilla*, de Miguel Bosé. Siento una relación ambivalente y agridulce con la ciudad, desde aquel funeral en el que no sabía dónde acababa el dolor y dónde empezaba el teatro. «Me gustó más el funeral de Estrellita Castro», comentó un colega sevillano con cierto cinismo. Asistí a la misa funeraria desde un lateral discreto de la iglesia de los Padres Blancos. Iniciada la ceremonia se puso a mi lado, con traje gris y el pelo engominado, Jesús Cubero *El Yiyo*, a quien menos de un año después un toro noble le quitó la vida en la plaza de Colmenar Viejo, donde había reemplazado a última hora a un compañero. También en esa ocasión escribí la crónica para el diario, muy afectado. Aún lo veo allí, en el banco del templo sevillano, eternamente joven... Años después asesinaron a uno de los ganaderos de la corrida de Pozoblanco. ¡Qué maldición de cartel!

Y después de la despedida interminable de Sevilla, ¿qué? Lo más

complicado de muchas noticias son los días posteriores, cuando hay que mantener el fuego informativo. Sin que te abrase. Mi deber era viajar a Barbate, el feudo de los Rivera. Un mal trago, vaya. Me llevó en su coche un amigo y compañero de piso de la universidad, Juan Pedro Carrasco, cuya familia posee una notable ganadería, Ana Romero. Cuando llegamos a la población gaditana, Juan Pedro se despidió, horrorizado al ver que iba a llamar a las puertas de tíos, primos y hermana de Francisco Rivera. Hoy día, el asunto sería no ya desagradable, sino imposible. Nadie te abriría la puerta por las buenas. Pero entonces era distinto, existía aún cierto candor y respeto por los periodistas. Todos fueron sumamente amables. La que más, la hermana del torero, que me permitió pasar y me atendió una hora. Entendieron que yo cumplía una obligación, y por mi parte fui todo lo discreto que pude, sin ahondar en el contenido polémico de algunas confesiones. Cuando me dijo, en la penumbra de luto del salón, que la familia Rivera hubiese preferido enterrar a Paquirri en Barbate, comprendí que había y habría rivalidades con Isabel Pantoja. A base de cubrir historias con sangre y muertos, uno ha llegado a la conclusión de que rara vez los humanos estamos a la altura de nuestras tragedias. Mi crónica eludió —y me enorgullezco de ello— los detalles morbosos y premonitorios del distanciamiento entre los Rivera y la viuda.

Pero no todo eran tragedias en mi labor periodística. Yo hablaba inglés gracias a un episodio muy «*Vanguardia*». Había callado como un putas —tampoco nadie me preguntó— que no tenía cumplido el servicio militar. Una vez incorporado a la plantilla, tras un año y medio de prueba, no me tocaba otra que entrar en el sorteo para cumplir con la patria, como todo hijo de vecino. Aun así, me postulé en paralelo para una beca que parecía hecha a mi medida: estudiar un semestre en la Escuela de Periodismo de la Missouri-Columbia University, una beca para periodistas menores de veinticinco años. Sin consultar a nadie ni pedir recomendación alguna en Pelayo 28, hice llegar mi solicitud a la entidad convocante, la Asociación Española de Editores de Prensa, en la que *La Vanguardia* tenía mucho peso.

Llegó el día del sorteo militar, y ya me veía pasando un año en Ceuta, Almería o las Canarias. Era un acto público, celebrado un domingo por la

mañana en el campo de fútbol del Martinenc —entonces llamado San Martín, junto al cual se erigía un albergue de la Organización Juvenil Española (OJE), peculiar asociación falangista para jóvenes—. Lo único inteligible de aquella ceremonia de sorteo puro y sin trampas era que un 10 por ciento de los números anteriores al que sacaban serían excedentes de cupo, es decir, los privilegiados que, por el morro y sin necesidad de fingir locuras, esquizofrenias o grandes defectos físicos, se librarían de ir a la mili. Coño, qué suerte tuve: mi número estaba entre ese 10 por ciento de excedentes. El comandante López Sepúlveda, colaborador del diario y militar viajado, mandó que me facilitasen el trámite de sellar la cartilla militar cuatro días después del sorteo, en la popular caja de reclutas de la calle Comercio.

Al día siguiente, me dio por llamar por lo de la Missouri-Columbia University, todavía en las nubes de la felicidad. «No es oficial, pero le han concedido la beca», fue la respuesta. Nadie en la empresa —representada en la reunión donde se decidió al premiado— me había avanzado nada. Tampoco nadie puso reparos a la ausencia ni prestó excesiva atención, de modo que pasé un semestre a lo grande en una magnífica población universitaria de Estados Unidos. Eso me dio en la redacción un valioso plus: el Luna habla inglés.

Esa fue la razón invocada por Lluís Bonet Mojica, responsable de Espectáculos, para enviarme en junio de 1987 a Londres al estreno mundial de *007: Alta tensión*. Una invitación por todo lo alto de la productora del film, con la guinda de que presidirían la gala, en el vetusto Odeon de Leicester Square, la entonces pareja de moda, Carlos y Diana de Gales. Esa ha sido la única vez en que he hecho de crítico de cine, con un lamentable resultado.

La etiqueta del acto imponía el esmoquin y no tuve mejor ocurrencia que alquilar en Barcelona uno más de invierno que de verano. Y como había querido aprovechar al máximo el día en Londres, al llegar la hora del estreno —las ocho de la noche—, con un calor que tumbaba, ya no tenía ocasión de corregir mi error. Y allí estaba, en el gallinero de una sala monumental abarrotada, sudando a mares. Calculo que a la media hora de la película el sueño me había derrotado, porque además nunca me interesó James Bond.

Me desperté hacia el final, cuando Timothy Dalton, en su primer 007, ya se había cargado a la mitad de los espías del KGB.

Después dieron una de esas fiestas glamurosas, con todos los artistas, en la que quedé prendado del magnetismo sexual de Maryam d'Abo, la chica Bond del momento. De esa fiesta tuve los santos cojones de escribir: «Los productores ofrecieron una honrosa fiesta que languideció a eso de las 3.30 de la madrugada». Siempre es pronto para acostarse. Regresé a Barcelona y me correspondió escribir una página de huecograbado dedicada por entero a *Alta tensión*, o más bien, por entonces, *The living daylights*, el título original del film en el que me dormí. Como no tuve posibilidad de verla de nuevo, le eché morro, recurriendo a los comentarios displicentes de los verdaderos críticos con los que había coincidido en la fiesta. A eso le llamamos «coger oficio»: ¡menuda tropa!

3

¿Y NO TE GUSTARÍA HONG KONG?

En septiembre de 1987, el conocido periodista Lluís Foix reinaba *de facto* en la sección de Internacional de *La Vanguardia*, donde cada noche permanecía frente al ordenador, fumando en pipa y con una voluminosa radio sintonizada permanentemente a la emisora de música clásica de la BBC, una estampa que transmitía tanto humildad profesional como distinción. Lo primero porque, siendo exdirector, hubiera podido disponer de alguno de los despachos con lustre de Pelayo 28. Y lo segundo, porque en esa redacción ruidosa e impredecible solo a él se le ocurría escuchar música clásica y noticias de la BBC.

A eso de las once de la noche, la redacción estaba casi vacía. Foix repasaba algo —seguramente las páginas del día— y yo venía de cerrar, tarde como siempre, la flamante sección de Sociedad, un galimatías para un diario serio, riguroso y a veces poco ameno, donde había mucho miedo a incurrir en frivolidades. Fue mi primera —y penúltima— jefatura, porque mandar no me gustaba entonces ni me gusta ahora. Si lo hice en dos ocasiones fue porque no tenía alternativa. ¿Mandar en un diario? Mi vanidad la ejerzo escribiendo en un diario.

Circulaba entonces el rumor (infundado, porque siguió hasta su jubilación) de que Pedro S. Queirolo, nuestro hombre en París, un aragonés que se dejaba ver poco por la casa, iba a dejar la corresponsalía. Y una

corresponsalía era un doble sueño: el sueño americano y dejar atrás el mal sueño de dirigir una sección cargada de talentos pero de rumbo incierto.

Así que aquella noche, el pipiolo de veintinueve años que era yo se acercó a Lluís Foix sin pudor alguno.

—Ya sé que no tengo el perfil, pero si queda vacante París...

Di por descontado que Foix me despacharía con un «enterado» protocolario.

—¿Y no te gustaría Hong Kong?

Fue la conversación más decisiva y concisa de mi carrera. Hubiera podido decir que sí al instante y volar al día siguiente a la colonia británica, la joya del Imperio que había cautivado a generaciones de lectores y cinéfilos. El periódico había cerrado al final de la guerra de Vietnam aquella corresponsalía «exótica» —cubierta por el madrileño Javier M. de Padilla— y según radio macuto no había planes de mandar a nadie a Extremo Oriente (como se denominaba en la época).

—Te contesto mañana, Lluís.

Al día siguiente di el sí más convencido de mi vida, y eso que me casé por la Iglesia un año más tarde —precisamente porque me iba a Hong Kong a vivir definitivamente, tras un primer período de prueba—, con la bendición y una corta homilía del padre Jordi Piquer, responsable de la información religiosa y compañero que, naturalmente, barrió para casa: los periodistas se deben ante todo a su trabajo. El padre Piquer —como le llamábamos— casaba, bautizaba y enterraba, otra singularidad aristocrática de *La Vanguardia*.

El diario quería abrir corresponsalías en Hong Kong (con vistas a informar de la histórica apertura económica de la República Popular China), Moscú (en plena perestroika de Mijaíl Gorbachov) y Rabat (la frontera sur de España, tan alejada del marco mental de la época y tan menospreciada). Estos planes reforzaban la vocación internacional del periódico, que, a pesar de los costes, siempre aporta prestigio.

Y hablando de costes: Foix podía tener la BBC en su espíritu, pero en la cabeza llevaba el bolsillo, de modo que se trataba de mandarme a Asia por un año de prueba antes de asustar a la empresa con gastos faraónicos, pero sobre

todo para demostrar con los hechos que Hong Kong era un *must* informativo. No tenía nada que perder: viajaría por Asia —un continente que, aunque ni me había interesado especialmente ni conocía, resultaba muy atractivo— y dejaría atrás el tortuoso deber de dirigir una sección.

Pasaron varias semanas y de Hong Kong ni mu. Hasta que un miércoles que libraba, mi madre me avisó de que habían llamado del diario, hecho muy infrecuente. Recuerdo el día de la semana porque venía de ver en Sarrià un partido del Espanyol de la gloriosa copa de la UEFA de 1987-1988, la del trágico desenlace de Leverkusen. Habían llamado de *La Vanguardia* para que me preparara para volar... a Taiwán.

¿Taiwán? Sí, la Formosa de mi globo terráqueo, el juguete máspreciado de la niñez, con su mapa político, sus volcanes y ese Sáhara español. Al día siguiente, Foix aclaró la jugada: la oficina de representación de Taiwán en España —que había perdido el rango de embajada al reconocer España a la República Popular China en 1973— invitaba una semana a un periodista de *La Vanguardia*. Así, gracias al ahorro en diplomáticos de la antigua embajada, ellos obtendrían visibilidad informativa y en contrapartida nuestro periódico podría cubrir un flanco lejano. Para cualquiera de los numerosos periodistas occidentales invitados —yo entre ellos— ese premio era una «panera», en el argot de la redacción.

—Pero no vuelvas. De Taiwán te vas a Hong Kong, tomas contacto con la ciudad y ves el coste de la vida. Después cubres las elecciones en Corea del Sur del 16 de diciembre de 1987.

Aquello era una película de periodistas, ¡el no va más! Porque había visto nada menos que tres películas sobre corresponsales en Asia que parecían hechas aposta para alimentar mi sueño naif de ver mundo, presenciar acontecimientos y luego contarlos a los lectores.

Ya me veía como William Holden en *La colina del adiós*, la historia de amor imposible de un corresponsal en Hong Kong que muere en la guerra de Corea. La cinta ganó tres Óscars menores en 1955, y es recordada por la canción que le da su título original, *Love is a many-splendored thing*. O en la piel de Mel Gibson en *El año que vivimos peligrosamente*, estrenada en 1982 con gran éxito comercial. Va de un novato periodista australiano, enviado a la

convulsa Indonesia para cubrir la guerra contra el dictador Sukarno en 1965, y que tiene la suerte de vivir un romance con una diplomática británica encarnada por Sigourney Weaver. O mimetizado con el periodista de la oscarizada *Los gritos del silencio* (1984). Muy realista, el film está basado en la experiencia de Sydney Schanberg, enviado especial del *New York Times* a la Camboya caótica del fin de la dictadura proamericana del general Lon Nol, y testigo de la entrada triunfal de los jemereros rojos en Nom Pen en 1975.

Volviendo a mi viaje a la convulsa Corea del Sur de 1987, debo aclarar que salí incólume de las turbulentas elecciones, porque no me afectaron demasiado ni los diarios lanzamientos de gases lacrimógenos ni la desagradable manía de la oposición de hacerse cortes en las venas y pintar pancartas con su propia sangre en algunos mítines. Pero no tuve ningún *affaire* con ninguna diplomática en Yakarta. Desaproveché también la oportunidad de hacer mi primer *menage à trois* con dos jóvenes, más osadas que yo. Lo que sí conseguí, dos años después, fue compartir almuerzos en Nom Pen con un grupo de corresponsales veteranos, entre los que figuraba precisamente Sydney Schanberg. Quedábamos en uno de los contados restaurantes abiertos en la capital camboyana. No había agua corriente, los cortes de electricidad y agua eran continuos, pero el trauma del genocidio perpetrado por los jemereros rojos restaba importancia a la falta de higiene del local, donde no podían ni lavar los platos.

Schanberg, que fallecería en 2016, me pareció un hombre algo triste, con un aire derrotado y poco hollywoodiense, ajeno al éxito del libro y la película homónimos, acaso porque en 1975 sus crónicas habían saludado la llegada de los jemereros rojos como una liberación y no como el inicio de un genocidio, y en 1989 Camboya aún sufría la magnitud del desastre, con grandes penurias, mucho rencor y la presencia en las calles de innumerables mutilados por las omnipresentes minas. Pero quien no tenga culpa que lance la primera piedra: años más tarde yo cometería ese mismo error en las crónicas optimistas desde El Cairo sobre la caída de Hosni Mubarak y la esperanza de un nuevo Egipto.

Pero faltaba mucho para eso cuando volé a Taiwán para estrenar mi año de prueba. La isla seguía bajo el imperio de la ley marcial. Desde su fundación como Estado por los derrotados de la guerra civil china, la antigua

Formosa de los portugueses estaba militarizada y gobernada por Chiang Kai-shek, un «generalísimo» cuyo título nos recordaba inevitablemente a alguien. El país, sin embargo, era un prodigio de desarrollo a la asiática: orden y trabajo, trabajo y trabajo. Pasé allí una semana muy provechosa y agradable, viviendo todos los tópicos anhelados por el grupo de periodistas italianos, griegos y españoles invitados: platos exóticos —fue la primera y última vez que probé sopa de culebra, me supo a caldo de gallina para enfermos de hospital de la Seguridad Social—, compras disparatadas, escarceos con las «sumisas» orientales y ese cierto desprecio tan mediterráneo —y colonialista— por los pueblos que se hinchan a trabajar.

Solo hablaba francés e inglés, pero me daba igual. Mejor así: si hubiera tenido que enfrentarme a las dificultades de aprender el idioma y la mentalidad de cada país de Asia que tenía que visitar por trabajo quizás habría ido muerto de miedo y no de ilusión.

Aterrizar de noche en el viejo aeropuerto de Kai Tak de Hong Kong ha sido uno de los momentos más intensos de mi vida. El avión de Cathay Airways, de fiabilidad británica y servicio oriental, descendía por una suerte de estrecho pasillo entre los bloques infinitos y hacinados de Kowloon, el extrarradio sobrepoblado y continental de la isla de Hong Kong. La sensación de triunfo sobre el riesgo era estimulante. No exagero: los pasajeros podíamos ver en qué pisos tenían el televisor encendido. Y casi palpar ese aire húmedo y cálido tan anhelado. Yo quería sudar todo el año como sudaban los corresponsales en aquellas películas. Tonterías de juventud.

Hong Kong era —y sigue siendo— una ciudad estimulante, la única del mundo donde, sobre todo entonces, «*East meets West*». Y de esa confluencia sin tópicos turísticos de Occidente y Oriente di el salto a Corea del Sur, otra sociedad cuartelera, más incluso que Taiwán, gentileza de Corea del Norte, un Estado esperpéntico y orwelliano, como estaba a punto de descubrir. En diciembre del 1987, Corea del Sur se disponía a iniciar una transición democrática exprés con las primeras elecciones presidenciales libres de su historia.

A diferencia de la Transición española, para la consecución de la democracia había una fecha marcada: los Juegos Olímpicos de Seúl de

septiembre de 1988, la apuesta más arriesgada y clave en la trayectoria de Juan Antonio Samaranch, presidente del COI y el barcelonés que más hizo para que España fuese conocida y respetada en Corea primero y en China después.

El presidenciable favorito de los periodistas occidentales —de tres en liza—, Kim Dae Jung, había sido condenado a muerte en su día y había salvado el pellejo gracias a Washington, cuyas bases militares en Corea garantizaban el equilibrio con Corea del Norte y, de paso, mantenían en Seúl un singular barrio de ocio, parecido a la Tijuana de los burdeles, los puros cubanos falsos y otras imitaciones (las había de todo tipo).

—¿Quiere chicas?

—No, gracias.

—¿Quiere chicos?

—No, gracias.

En la primera noche en Seúl, yo solo quería fundirme en mi modesto hotel, una suerte de tres estrellas para coreanos, en cuya sala de fiestas, sumida en una penumbra rojiza, sonaba el pop local. Seúl era la capital de un país muy aislado que olía a alcohol y a kimchi (col fermentada), del que soy incondicional. En ese bar-discoteca de hotel nadie hablaba inglés, nadie conocía *La Vanguardia* y nadie se explicaba qué hacía allí ese tipo occidental que acababa de liarse con la moneda local —el won, tropecientos wones eran 1.000 pesetas—. En efecto, por lo visto le había dado una propina monumental al camarero. ¡Craso error! En Asia la corrupción también existe, pero tiene sus propios códigos, entre los que no figura la propina. Así pues, todos los camareros se me acercaban tratando de indagar qué vicio tenía o a qué placer aspiraba, en un descojone general.

En Tokio viví, años después, mi particular *lost in translation* —ese confuso y existencial «¿Qué hago yo aquí?» que provocan los primeros viajes a las grandes ciudades de Asia—, pero en el Seúl de 1988 la experiencia carecía de glamur y suponía una áspera batalla personal propia del novato: ganarme la corresponsalía con buenas crónicas y sin gastar mucho.

Me salvó la embajada de España al recomendarme un hotel para mí mítico: el Chosun, de la cadena Westin, muy céntrico. Me lo podía permitir

gracias al sustancial descuento que aplicaban a las embajadas. Allí conocí y comenzó el buen entendimiento personal con Bosco Esteruelas, el enviado especial de *El País* —siempre estuvieron por un lado ellos y por el otro nosotros—, hoy novelista y ermitaño retirado en Extremadura. Las elecciones cobraron interés en España gracias a las imágenes que cada día ofrecía TVE, siempre con enfrentamientos duros en las calles, porque la sensación de peligrosidad que transmitían era muy beneficiosa para las crónicas. Además hacían que aumentara el aprecio que me tenía la redacción y el respeto hacia mí de la familia de María José Fernández-Matamoros, mi novia formal desde el verano.

Yo no digo que no fuera arriesgado estar en el país —corrí mucho y sufrí, como todos, los efectos de unos gases lacrimógenos *made in Korea* que eran de lo mejorcito del mundo—, pero entrar —cinco minutos después de la manifestación de turno en la cercana zona de la catedral— en el vestíbulo del Westin Chosun, donde un pianista tocaba refinadamente cada tarde, suponía una inyección de moral. Pasabas de los gases lacrimógenos a un pastel de moca sensacional, legado de algún cocinero suizo o alemán de vida errante, entre una fauna con la que compartí muchos tragos en los bares de los hoteles asiáticos. El embajador de España era un tipo majísimo, campechano y cachondo. Aún recuerdo de memoria su nombre: Fermín Prieto Castro (hay embajadores que, como los árbitros de fútbol, merecen ser citados con los dos apellidos). Tenía amistad con el embajador de la República Federal de Alemania —creo que habían compartido copas veraniegas en Ibiza—, lo que le aportaba buena información. Gastaba un sentido del humor muy madrileño.

Aprobado el primer trimestre de prueba, regresé a casa por Navidad y volé de nuevo a Asia en enero de 1988. Tras iniciar mi idilio con Filipinas, convaliente de la dictadura conyugal de los Marcos, que tan bien describió el ídolo Manu Leguineche en su *Filipinas es mi jardín*, me tocaba la prueba decisiva: la República Popular China. Allí me jugaba el ser o no ser corresponsal. Como cada marzo, la Asamblea Nacional Popular, el parlamento que rubricaba las órdenes de la cúpula del Partido Comunista de China, celebraba su reunión anual. Era mi excusa para conseguir un visado de

periodista, para el que era condición *sine qua non* contratar los servicios de la asociación de periodistas china, que te asignaba un «traductor». Naturalmente, se trataba de alguien que vigilaba tus pasos e informaba al Ministerio de Información.

En esos años, Pekín ensayaba una prudente apertura informativa, más tímida que la de Moscú. Si en los sesenta China y la URSS rivalizaron por la supremacía comunista, a fines de los ochenta sus respectivos líderes —Deng Xiaoping y Mijaíl Gorbachov— pugnaban por ver cuál de los dos gigantes era más reformista. Los soviéticos empezaron por la apertura política y la transparencia informativa, y los chinos, por liberalizar la economía.

Mi «traductor» se llamaba Zhang. Hablaba un español pausado y tenía un aire juvenil, además de esposa y una hija. Mi estancia le suponía un premio y una responsabilidad. Gracias a la doble divisa y al cambio consiguiente entre monedas, unas semanas a mi servicio le podían reportar el sueldo de un año, más la posibilidad de viajar y comer en restaurantes inaccesibles al pueblo, aunque la gula no fuera uno de sus pecados. En contrapartida, Zhang podía acabar desterrado en cualquier provincia remota si yo escribía algo incendiario y negativo sobre el gigante asiático.

En aquellos meses, el foco periodístico más caliente era la situación en el Tíbet, un destino tintinesco que gozaba de las simpatías de todo el mundo: los terribles comunistas sojuzgan una región liderada por monjes budistas bondadosos. David contra Goliat. Zhang trataba de organizarme algún periplo convencional por China, al estilo «lagos de Guilin» o «postales de Shanghái». Meses más tarde, cuando compartimos la primavera que desembocó en la matanza de Tiananmén, descubrí su verdadera y humana personalidad.

Los últimos incidentes en Tíbet se habían registrado el 1 de octubre de 1987, día nacional de la República Popular. Aún estaban frescos. Todos los colegas en Pekín daban por hecho que viajar allí sin autorización oficial era imposible. Rotundamente. Las leyes obligaban a pedir permiso para cualquier visita fuera de Pekín, a tramitar en mi caso por la citada asociación. La cuestión es que yo iba viendo rendijas en el día a día de aquella dictadura. Sugerí a Zhang ir de viaje a Lhasa y él, como siempre, respondió que lo consultaría. El *no* apenas existe en Asia; es cuestión de educación.

A los pocos días haría un aprendizaje decisivo sobre el alma china. Estábamos comiendo en el Qianmen, al que en broma llamábamos «La Factoría del Pato», un restaurante estatal, el único que servía de forma muy brusca y burocrática el famoso pato a la pekinesa. Era un lugar cavernoso e inhóspito, pero el pato era extraordinario. Zhang vino a decirme que el viaje a Tíbet era imposible, pero que seguía en ello y que a él también le gustaría ir. Entonces se produjo el choque de culturas. A la manera occidental, directa y brusca pero también muy clara, me vi en la obligación de aclarar las cosas:

—Había pensado en viajar solo. Ir los dos costaría mucho dinero y, además, los tibetanos se cerrarían en banda si voy con un funcionario han. — Los han son la etnia dominante en China.

Zhang enrojeció. Le acababa de humillar. Le había hecho dar la cara por mí, y encima iba a crearle un problema en su trabajo. Para él un buen quebradero de cabeza. Y aquí es oportuno contar un chiste famoso en esa época. Durante la trascendental visita del Pequeño Timonel —el grande era Mao Zedong— a Estados Unidos en 1979, Deng Xiaoping y el presidente Carter están conversando. Suben en ascensor en una fábrica y Carter le comenta señalando al ascensorista: «En Estados Unidos este joven puede acabar siendo el presidente de la compañía». A lo que el otro le responde: «Pues en China el presidente puede acabar de ascensorista».

El chiste hacía alusión a la suerte que corrió Deng Xiaoping, que fue «desterrado» varios años de la nefasta Revolución Cultural. Por si fuera poco, uno de sus hijos, Deng Pufang, fue arrojado desde lo alto de un edificio por los guardias rojos y quedó paralítico.

Todavía con el pato delante, Zhang se limitó a recordarme con frialdad que yo no podía viajar a Tíbet sin autorización. A mí me salió la sangre aragonesa de mis cuatro abuelos y la audacia del novato: ¿qué me impedía comprar un billete de avión a Lhasa? El precio era razonable y ya solo el intento daría para un reportaje ameno. Todo el mundo —periodistas, empresarios y diplomáticos occidentales— repetía que no me lo permitirían.

Fui a comprar el billete Pekín-Chengdu-Lhasa. No se lo comenté a casi nadie. Primera sorpresa: la CAAC —la única compañía de aviación del país, famosa por sus desbarajustes y accidentes: los periodistas británicos de Hong

Kong la llamaban «China Airplanes Always Crash»— me vendió el pasaje solo con presentar mi pasaporte, donde figuraba el visado de periodista.

La víspera, un sábado soleado, me sentía inquieto. Estaba tomándome un café en el vestíbulo de mi hotel, el inolvidable Jianguo, una de las primeras *joint-ventures* sinoamericanas, con un centenar de habitaciones. Enfrente del oficial y faraónico Hotel Pekín, el Jianguo era la réplica de un motel de California, solo tenía dos o tres pisos, aunque gozaba de buenas comunicaciones telefónicas y de línea de fax, lo que garantizaba transmisiones razonables. Los chinos, como Zhang, tenían prohibido entrar, a menos que fueran invitados por un huésped extranjero. Era una discriminación paradójica que me recordaba el humillante cartel de un parque del Shanghái de los años veinte, que rezaba: «Prohibida la entrada a perros y chinos».

Los occidentales residentes en Pekín frecuentaban el Jianguo, bien para comer, bien para tomar un café en el luminoso y acogedor vestíbulo. Ese sábado, también solo en una mesa, había un occidental con pinta de español. Me acerqué: era Joan Margall, ejecutivo de Tabacos de Filipinas, lector de *La Vanguardia* y uno de los pioneros del comercio con China. Se alojaba en el Sheraton —impersonal para mi gusto, además de caro—. Sabía mucho del país y tuvimos una charla muy agradable.

Antes de acostarme me enteré de que un grupo muy reducido de corresponsales acreditados había sido invitado a certificar la «normalidad» en el Tíbet después de las muertes de octubre. Eso, pensé, restaba fuerza a mi viaje, pero no hasta el punto de desaconsejarlo. Todos los que iban eran de medios de primera fila del periodismo mundial...

Al día siguiente embarcaba en el aeropuerto de Pekín hecho un flan. Daba por hecho que allí mismo, o en la escala de Chengdu, o en el mismo aeropuerto de Lhasa, un policía revisaría mis documentos y me obligaría a volver por donde había llegado. Y aquí no terminaban mis temores: ¿y si era expulsado del país? ¡Adiós corresponsalía! Quizás hubiera recibido una palmadita de *La Vanguardia*, pero nunca el destino de Hong Kong si no podía pisar China.

Despegamos de Pekín sin novedades. La escala en Chengdu fue de una

hora. Yo era el único occidental en el aeropuerto, y aguardaba cerca de la pista el embarque del vuelo a Lhasa. Fumaba —y fumo—, en parte por drogodependencia, en parte como homenaje al periodismo y al cine de mi infancia. Un policía me tocó la espalda. Aquí se termina mi escapada, me dije.

—*No smoking, no smoking...*

Minutos más tarde volaba hacia Lhasa. Ya de noche cerrada, llegué al aeropuerto, modesto, y sin contratiempos me planté en el único hotel equiparable a uno occidental, el Holiday Inn de Lhasa. La entrada en la recepción fue un *shock*: estaba llena de carteles rotulados a mano en chino y en inglés diciendo que debido a los «acontecimientos» quedaba suspendida toda comunicación con el exterior, y especificaban que eso incluía los números telefónicos de embajadas, pisos particulares y empresas de extranjeros en Pekín. En el vestíbulo del hotel se respiraba un gran vacío.

Me inscribí, y en la casilla de profesión puse «profesor». Desde entonces usé ese truco en todos los viajes a Estados dictatoriales: Corea del Norte, Birmania, Mongolia... Empezaba una función teatral: no podía actuar como un periodista sino como el típico académico interesado en alguna rareza. Necesitaba saber qué tipo de excepcionales acontecimientos justificaban los carteles, tan angustiosos. Por otro lado, ¿cómo iba yo a comunicarme con el diario y enviar crónicas?

La jefa de recepción era de la etnia han (los tibetanos rara vez ocupaban lugares de responsabilidad), no receló y fue franca:

—Oh, ha habido enfrentamientos entre el ejército y los monjes, y hay toque de queda. Teníamos un grupo de periodistas extranjeros, pero han sido obligados a volver a Pekín en el vuelo que le ha traído a usted hasta aquí.

Y no se ahorró un comentario sobre lo miserable y dura que era la vida en Tíbet para los chinos como ella, atraídos por mejores salarios o por la necesidad de hacer méritos. El choque cultural era rotundo y visible.

Así que... ¡tenía la historia de mi vida y no podía contarla!

Fui a dar una vuelta por las cercanías del hotel. Calles sin asfaltar, oscuridad absoluta y ni un alma. Símbolo de aquel periodismo de entonces, llevaba un transistor de onda larga que permitía sintonizar la BBC, cuya

música de los boletines horarios —sugiero a quien corresponda que la toquen en mi funeral— aún me acompaña a modo de recuerdo feliz y confortante.

Ese día, la BBC abría el servicio mundial con los disturbios en Lhasa. Graves: posiblemente «decenas» de muertos por los enfrentamientos surgidos a raíz de una festividad religiosa tibetana.

Y yo sin poder comunicarme con el exterior. ¿Y ahora qué? De pronto, se me encendió la bombilla: Joan Margall. ¡Eureka! Los hoteles de Pekín no parecían estar afectados por la restricción. La operadora me confirmó que podía conectarme con el Sheraton de Pekín. Ya era medianoche, y desperté al pobre Joan. Claro que, ¿y si se desentendía de mi petición rocambolesca y acaso perjudicial para sus intereses profesionales?

—Joan, te pido el favor del siglo. Toma nota de estos párrafos y llama a *La Vanguardia* y cuéntales mi situación.

Quizás contribuyó su soñolencia, pero lo cierto es que tomó nota de mis dos o tres párrafos improvisados y se despidió sin confirmar del todo que los transmitiría al diario. ¿Por qué iba a jugarse el tipo? Después lo supe: me ayudó porque era un lector fiel de *La Vanguardia* y porque también había visto algunas películas de periodistas intrépidos. Entonces teníamos muy buena prensa.

Mientras, en Lhasa salía a pasear, pisaba sus monasterios y calibraba la atmósfera. Se daban frecuentes demostraciones de fuerza militar, pero sin ningún enfrentamiento en los lugares céntricos. Durante mi estancia, los disturbios no se repitieron. La ciudad era demasiado pequeña como para no enterarme si los hubiera habido, si bien es cierto que el hermetismo y el lenguaje impedían comunicarse con los monjes y entrar en muchas sutilezas. Eso sí, de forma clandestina la gente me mostraba fotos del dalái lama. Durante esa semana, todas las noches dictaba a Joan Margall varios párrafos. No me atrevía a hilvanar una crónica entera para no comprometer a mi enlace y porque sabía que en la redacción complementarían los textos con despachos de agencias. Además, me gustaba imaginar que el diario se estaba marcando una exclusiva mundial.

A medida que se acercaba el retorno a Pekín, podía arriesgar más. El director del hotel, un austríaco, me advirtió de que si las autoridades de Lhasa

se enteraban de mis maniobras, él y yo íbamos a tener problemas.

Y regresé a la capital china, eufórico y feliz. En Chengdu, un periodista de *Newsweek* me interrogó: recababa datos de todos los pasajeros procedentes de Lhasa. Nada más regresar al Hotel Jianguo vino a entrevistarme la corresponsal del semanario, Dorinda Elliott, una periodista legendaria. En Pelayo 28 estaban eufóricos: habían vendido —con razón— la exclusiva mundial de que tenían un periodista en Lhasa. Por prudencia, Joan se había limitado a dictarles mis mensajes sin facilitar ni su identidad ni la de su contacto. ¡Bastante hacía! Desde aquí, mil gracias, Joan.

Hoy, las imperfecciones de este oficio me hacen sonreír: lo paradójico es que para dar relieve a mis datos y amplitud a la exclusiva, la sección de Internacional recurría, como he dicho, a las agencias, cuyos despachos indirectos describían una ciudad en llamas cuando no lo estaba.

Pero todo termina sabiéndose. La embajada de China en España alertó de las crónicas y, claro, de que había infringido todas las normas. A los pocos días, una alta funcionaria china —con cara de pocos amigos— del aparato de información y relaciones exteriores me advirtió de que por esta vez no iban a expulsarme de China. Oé, oé, oé. Las relaciones con España eran buenas y debieron de pensar que sería peor el remedio que la enfermedad.

Estaba salvado por los pelos... También recuerdo el momento eufórico del retorno desde Lhasa al bar del Jianguo donde me encontré con unos conocidos de la empresa catalana Colomer, el matrimonio Ylla-Català y Xavier Barceló:

—*Noi, quin bon color! Sembla que vinguis de les Bermudes!* (¡Chico, qué buen color! Parece que vengas de las Bermudas.)

Siempre me ha gustado que la gente piense que los periodistas nos damos la vida padre... Mitos del oficio.

Ah, por cierto, al final el puesto de corresponsal en Hong Kong fue para mí. A ojos de la empresa estaba más que justificado.

4

LA NOCHE DE ASIA: DE LAS BARBERÍAS AL «HAGA USTED EL FAVOR DE CALLARSE»

Las redacciones han evolucionado y hoy, me temo, han dejado de ser un refugio de noctámbulos para convertirse en oficinas de profesionales madrugadores que incluso aspiran a la conciliación familiar, a cenar temprano y encima con los suyos. A llevar, en definitiva, una vida saludable y sostenible. Hemos ganado en muchos aspectos, pero hemos perdido el punto bohemio, acanallado y bebedor que distinguía a esta profesión y terminaba por reflejarse en el producto final, que ganaba amenidad.

Yo creo que la santidad no está hecha para los periodistas sino para los inspectores de Hacienda y los sacerdotes católicos. Sin embargo, hoy día hemos renunciado al privilegio que la sociedad nos reconocía de ser unos crápulas, un derecho conquistado gracias al pacto que generaciones de periodistas firmaron con la sociedad: no me ganaré la vida como un ingeniero de canales y puertos o un abogado del Estado, pero a cambio viviré y trabajaré como a todos ustedes, los lectores, les gustaría. «A lo loco, a lo loco se vive mejor», decía una canción de la posguerra española. Hoy es un sueño perdido.

En los años ochenta trasnochaba un promedio de cuatro o cinco noches por semana, y era raro el día en que no me encontraba algún periodista en la

barra del Boliche o el Gimlet, en las pistas del Up&Down y el Bikini, o persiguiendo divorciadas en el Seven Crowns, el Bocaccio, Trauma o Imperator (por citar los citables). ¿Qué nos llevaba a dejarnos en ello la salud, tal y como entendemos hoy la salud? En apariencia, dos razones: liarnos con alguna desconocida y charlar sobre el mundo. En realidad, algo más grande y de mayor recorrido. Al igual que los toreros y los pintores cubistas, los periodistas éramos periodistas las veinticuatro horas del día, y en ningún lugar está escrito que vivir de día sea más fructífero laboral e intelectualmente que trasnochar.

Santiago Tarín, buen compañero y mejor cronista de la vida de Barcelona, cubría Sucesos y Judicial en la década de los ochenta, en que vivió dos anécdotas impagables que definen el tono de la época. En un *meublé* barcelonés cercano al periódico, un policía y una mujer no tuvieron mejor ocurrencia que utilizar como juguete sexual la pistola del agente, que se disparó por accidente, lo que causó la muerte de la infortunada. Tarín se desplazó al local, recogió el testimonio del dueño y, cuando ya regresaba para la redacción, este le dijo: «Sobre todo, dígame a sus compañeros del diario que estamos abiertos con normalidad». No es políticamente correcto decirlo, pero sucedió, y nadie se extrañaba. Ocurrió algo parecido la noche en que desde un cuarto piso del Ensanche arrojaron una mesa de ruleta a la calle para deshacerse de la prueba del delito (se trataba de un *after hour* en el que además se practicaba el juego ilegal). «Con la de jefes suyos que vienen, no le dejarán publicar la noticia», se pavoneó el encargado. La noticia, por supuesto, fue publicada: golfos, tarambanas, puteros o ludópatas, quizás. Pero periodistas, siempre.

Aquel clima tan masculino —las compañeras no llegaban al 10 por ciento de la redacción— explica que en el equipo de cierre, cuyo horario iba de las ocho de la noche a las tres y media de la madrugada, vieses como algo normal sintonizar las legendarias películas pornográficas de Canal Plus de la medianoche de los viernes, tenerlas puestas como telón de fondo y comentarlas de forma jocosa. La costumbre era tolerada y conocida por toda la redacción. Una noche, a la salida del Gran Teatre del Liceu, un embajador nórdico expresó al subdirector del periódico, allí presente, su interés por

visitar la redacción después de la función, aprovechando que estaba cerca. Sabio, intuitivo y providencial, el admirado Jaime Arias tuvo suficientes reflejos para avanzarse unos metros a la comitiva del diplomático. Gran decisión: nada más entrar en la inmensa y semivacía redacción, pudo ver perfectamente lo que distraía a los ilustres periodistas, según relató *sottovoce* uno de los «salvados» por Arias aquella noche. Una película X, quién sabe si del país del distinguido embajador...

Comprenderán que, en ese ambiente, mis viajes por Asia estaban bajo sospecha, sobre todo si telefoneaba al diario a medianoche desde Saigón, Bangkok, Seúl o Manila. Ya podía llamar para corregir una crónica o actualizar el número de víctimas de alguna represión: ¡menudas juergas debes de estarte corriendo! Como si Barcelona fuese entonces una capital de provincias...

¿Que si me gustaba la noche asiática? No me gustaba: me apasionaba. Y, sin embargo, la prostitución no formaba parte de mis intereses; y mucho menos el cartón piedra a lo Cecil B. DeMille de la calle Patpong de Bangkok, muy deprimente porque pretendían hacer creer al guiri de turno que no se trataba de prostitución, hasta el punto de que algunos occidentales creían vivir un romance.

Las sociedades de Extremo Oriente son admiradas en Occidente por su laboriosidad. Acepto el argumento como animal de compañía. No es que los asiáticos creen que el trabajo dignifica, simplemente creen que el trabajo da dinero y el dinero, placeres y ventajas. De lo contrario, la región no tendría tanta vida nocturna. A diferencia de Europa, no recuerdo una sola ciudad de Extremo Oriente, grande o pequeña, donde uno tuviese que recogerse en el hotel antes de la medianoche por falta de alternativas. Eso no ocurría ni siquiera en Ulán Bator en invierno, un congelador con uno de los bares de hotel más delirantes: pequeño, irrespirable por el humo del tabaco, copado por técnicos yugoslavos —cosas del socialismo y sus peculiares relaciones comerciales—, con un cantamañanas proveedor clandestino de caviar ruso y donde la única bebida reconocible era el vermut Campari.

Si los asiáticos trabajan sin horarios, también trasnochan sin horarios. Con una diferencia tremenda: las megalópolis de ese continente son

intransitables en horas diurnas por el tráfico. De modo que descubrir la noche era un doble placer. Mi primer contacto serio con la noche asiática se produjo en Seúl, meses antes de los Juegos Olímpicos del 88, que transformaron un país cuartelero en un segundo Japón. El frío invernal me parecía terrorífico y cualquier garito, un palacio. Como sucedía en Filipinas, los contingentes militares de Estados Unidos habían creado barrios enteros dedicados a la prostitución, a las discotecas y al alcohol, en los que se hablaba inglés aceptablemente y donde los blancos no resultaban exóticos. Con toda sinceridad: me gustaba observar aquella atmósfera propia de la guerra fría más que convertirme en el clásico occidental casado que se pega un polvo rápido con una mujer exótica que finge obtener placer.

En 1988, la soldadesca periodística desembarcó en Seúl en vísperas de los Juegos Olímpicos. Los españoles somos tribales en el extranjero, y dados a cenas multitudinarias. Como yo ya conocía la capital surcoreana, me sentía moralmente obligado a hacer de guía y *conducator*, el título honorífico del dictador rumano Nicolae Ceausescu del que muchos nos cachondeábamos. La tropa quería algo exótico, así que uno, por ego de macho ibérico e ínfulas de corresponsal cosmopolita, no podía defraudarlos ni dejar de echar gasolina al fuego.

Me vino a la cabeza una leyenda urbana según la cual la mayoría de las barberías de Seúl ofrecían algún tipo de servicio sexual. Esa posibilidad era inimaginable entonces en España, donde estos establecimientos, con su distintivo blanco, azul y rojo, gozaban de una fama de serios, esculpida con la navaja por sus buenos profesionales. Pero en la capital surcoreana quién sabía... La idea de visitar en tropel una barbería como fin de fiesta fue ganando adeptos a medida que avanzaba la cena, bien regada con alcohol. El caso es que al filo de la medianoche y en un barrio ordinario de la ciudad salimos, bajo mi modesta guía, en búsqueda de una barbería, según creo recordar, siguiendo las indicaciones imprecisas del dueño del restaurante. Dimos con una que estaba, naturalmente, cerrada, aunque se veía luz en el interior. Nos abrió el propietario, somnoliento, y de no haber mediado el espíritu olímpico nos hubiese mandado a la mierda, no sé si olímpicamente o no.

El buen hombre debió de vernos cara de bárbaros sedientos de placer con wones en el bolsillo, porque nos hizo pasar, y con gestos nos pidió que esperásemos. Los minutos iban pasando y empecé a temer —y conmigo la tropa— que todo fuese un malentendido y que de un momento a otro iba a aparecer una pareja de policías, o tal vez una legión de profesionales masculinos del noble gremio del esculpido a navaja. Una retirada a tiempo se perfilaba como la opción más sensata, porque hacía tres cuartos de hora que el dueño nos había dejado allí plantados. Finalmente, se presentaron tres o cuatro mujeres a las que nadie preguntó si tenían el título de estilistas y con quienes convinimos masajes convencionales, breves, dada la hora. Es posible —la memoria, que es muy traicionera— que alguno de los masajes terminase con un final feliz. De toda la historia, me quedo con la lección del barbero: ¡qué forma de atender al cliente, qué ambición empresarial y qué desdén por los horarios laborales estrechos de miras!

Los garitos asiáticos eran fenomenales para tomar una copa y observar al personal, pero no tenían nada del erotismo refinado y perverso que reflejaba *Emmanuelle*, que recrea un mundo de sexo con aceites, masajes *boby body* y ungüentos que mis compañeros de redacción suponían a la orden del día en todas las ciudades de Extremo Oriente. Una cosa sí es verdad: Asia es un continente más machista que Europa y era relativamente frecuente la mujer florero.

Mi hotel preferido en Asia siempre fue el Manila Hotel, una joya arquitectónica próxima a Intramuros, el antiguo barrio español, de maderas y mármoles extraordinarios, pero de un gusto sobrio y cargado de historia. El controvertido general Douglas MacArthur, que recibió la medalla de honor del ejército de Estados Unidos por su papel en la defensa del Pacífico, residió en el establecimiento, todo un símbolo de la próspera Filipinas. Lástima que el país terminara arruinado bajo la dictadura conyugal de los Marcos. Imelda celebraba muchos de sus actos sociales en este hotel, que en los años ochenta fue dirigido por un andorrano, Miquel Cerqueda, al que debía favores prodigiosos, como la cesión de suites al precio de habitación estándar y muchas confidencias políticas. Y es que Manila es la capital asiática de los rumores, y sigue sin encontrar el rumbo político, como demuestran

salvadores electos del tipo de los presidentes Estrada o Duterte.

Pues bien, en el lujoso restaurante italiano del Manila Hotel, uno podía solicitar, como el que pide un vaso de agua, que alguna de las jóvenes camareras te encendiese con el debido sosiego un puro elegido de la española Tabacos de Filipinas. Se trataba de un ritual muy singular, pausado y erótico —aunque sin el fin de ir más allá—, que terminaba con una sonrisa y el cigarro debidamente calentado y encendido, dos condiciones *sine qua non* para que el puro arranque bien y su combustión pueda adaptarse al ritmo del fumador. ¿Existe una imagen más deprimente que ver un buen puro apagado y mal fumado por alguien que lo esgrime sin respeto y que lo ignora todo sobre la elaboración de tan artesanal producto?

En todos los países, la noche dice tanto o más que el día. La forma de relacionarse es otra, el reloj se olvida y emerge, entre copas, el carácter de muchas sociedades. Japón es un gran ejemplo de ello. Todo el protocolo, la formalidad y la educada distancia que los ciudadanos mantienen durante la jornada laboral es compensada al anochecer, cuando los bares se llenan y el asalariado bebe y se relaja. Nadie critica al ejecutivo que se tambalea y cae redondo en una calle de Tokio, ni al que paga la compañía de cualquier geisha de pacotilla.

Manila y Tokio, situadas en extremos opuestos, son dos grandes ciudades para noctámbulos. Soy un enamorado de la capital de Japón, pero no lo sería si de noche fuese una ciudad ordinaria. Cuando termina la jornada laboral, Tokio se convierte en una caja de sorpresas, casi todas agradables. Hay una calidad, un orden y una energía nocturna a la altura de la vida diurna, con la gran diferencia de que a los hombres, más visibles que las mujeres, les está permitido socialmente beber, aflojarse el nudo de la corbata y reírse abiertamente o replegarse en la melancolía sin que eso moleste a nadie. ¡Qué lejos queda entonces el encorsetamiento diurno!

No siempre el extranjero es bienvenido, más que por racismo porque los japoneses les atribuyen un carácter imprevisible. Los nipones llevan mal la improvisación. El diario *El País*, en su apogeo, tenía en Tokio, ciudad prohibitiva a finales del siglo XX, la sede de su corresponsalía asiática. Nosotros, con buen criterio y gracias a Lluís Foix y Joan Tapia, optamos por

Hong Kong, la mejor antena de China y con unas conexiones aéreas más ágiles y eficaces para cubrir todo el continente (además de ser algo menos cara). Una noche, durante el traspaso de poderes entre Ramon Vilaró, que había inaugurado la corresponsalía (su firma, desde Bruselas, figura en la portada del primer ejemplar de *El País*), y su sucesor, el ocurrente y socarrón Bosco Esteruelas, salimos a cenar los tres.

Abro paréntesis para mencionar que he tenido el privilegio y la suerte de haber competido poco y disfrutado mucho del periodismo con los colegas de *El País* en mis corresponsalías. Después de Vilaró y Esteruelas, llegó el navarro Juan Jesús Aznarez, otro de los grandes, con quien compartimos muchas aventuras y risas. Años más tarde, ya en Washington, coincidí con Antonio Caño —hoy director del rotativo— y con José Manuel Calvo; y en París fui colega y «rival» de otros grandes: Enric González y José Luis Barbería. De todos ellos tengo muy buen recuerdo, porque estimulaban la competencia sin perder el sentido elemental del compañerismo.

Cierro paréntesis y regreso a esa noche en Tokio: quisimos tomar una copa en el barrio donde habíamos cenado, fuera de las zonas turísticas, y nos adentramos en edificios donde anunciaban en inglés bares, cafeterías o whiskerías. Lo intentamos hasta en tres, pero no nos dejaban entrar con la excusa de que estaban reservados para socios. «*Members only.*» Vilaró demostró que conocía bien el paño, y en el cuarto bar —de los normales, no sean malpensados por una vez— preguntó cuánto costaba hacerse socio. El responsable del local, muy chulo él, soltó una cifra desorbitada, convencido de que el asunto quedaría zanjado por la vía del KO. Algo así como 3.000 euros por barba a día de hoy.

—Muy bien, cóbrese tres admisiones.

Vilaró acompañó su atrevimiento con la ceremoniosa entrega de una American Express oro, o platino o diamante, de esas que imponían, imagino que propiedad del diario, destinada a cubrir los cuantiosos gastos de los viajes prolongados por Asia. El farol dio resultado: nuestro interlocutor japonés, evidentemente desconcertado, balbuceó un poco antes de pronunciar una negativa: no podían admitirnos. Nos fuimos con la sensación de haber descubierto algo de la sociedad japonesa. Este es el tipo de vivencias que

contribuyen a comprender un país, y para nosotros, que teníamos que interpretarlo para el lector, resultaban muy valiosas.

A diferencia de Vietnam o Camboya, Tailandia tiene una noche salvaje, pero perfectamente tarifada y, a mi modo de ver, farsante. Precisamente en Bangkok era donde menos interés tenía por salir de noche. Eso no quita para que fuera una ciudad clave en mi etapa asiática, porque fue parada en mi viaje de luna de miel con María José, en el 88, antes de asumir la corresponsalía en Hong Kong. En la capital tailandesa viví la única borrachera delirante de mi vida.

Fue por culpa del Barça. Seguir como aficionado la temporada triunfal del FC Barcelona en 1992 desde Asia era complicado. En el mejor de los casos, conseguía seguir los partidos sintonizando Radio Exterior de España. Cuando algún conocido o amigo de algún amigo iba a visitar Hong Kong, siempre le pedía que trajese una cinta de vídeo con el último partido del Barça, porque en ninguna televisión por satélite o local emitían los encuentros —ni siquiera resúmenes— de la Liga. Trataba por todos los medios de no enterarme del resultado antes, y eso incluía avisar a los demás culés de la colonia —como Joan Dedeu y su esposa Igna, dos bellísimas personas, o Josep Bosch, el delegado de EFE, un *gentleman* británico— de que se abstuviesen de decirme quién había ganado. Así, con un deleite que hoy resulta prehistórico, a veces conseguía ver un partido jugado semanas antes, sin saber cómo terminaría. La excepción a la privación del fútbol era que las televisiones de Asia Oriental retransmitían en directo las finales de la Copa de Europa, una competición maldita para los de mi generación, marcada por las debacles de Berna en 1960 y de Sevilla ante el Steana de Bucarest en 1986.

No pueden imaginarse la ilusión de ver, ¡en directo!, la final de Wembley del 20 de mayo de 1992. Considerando el cambio horario, para nosotros, que vivíamos en Asia, se disputaba de madrugada, de modo que parecía no haber peligro de que se produjera una noticia a esas horas de la noche. Nunca imaginé que pudiera perderme ese partido. Pero...

Filipinas había celebrado sus primeras elecciones presidenciales libres el 11 de mayo. La candidata que quedó en segundo lugar, Miriam Defensor Santiago, se tomó a mal el resultado del escrutinio e inició una suerte de

revuelta popular por el archipiélago para invalidar la victoria del general Fidel Ramos.

Así las cosas, volamos, con Juan Jesús Aznarez y Ramón Pérez-Maura, del ABC, y Juan Restrepo, de TVE, hasta la histórica y muy noble ciudad de Iloílo, un feudo desde el que Defensor Santiago trató, sin éxito, de arrastrar a toda la nación, al modo de la revuelta contra Marcos de 1987. La empresa parecía épica, pero se desinfló. Así pues, nada parecía impedir el regreso sosegado a Hong Kong el lunes 17 de mayo. A tiempo para el partido.

¡Ay! Este oficio no era para gente de orden, amante de los horarios y las rutinas. Ahí me hubiese gustado ver a muchos. A últimas horas del 16 de mayo estalló en Bangkok una protesta estudiantil contra el primer ministro, el general Suchinda, que fue reprimida por el ejército con una violencia inusual para un país que, a diferencia de China, no podía permitirse el lujo de enemistarse con la comunidad internacional. Hubo baño de sangre, a una escala menor que en Pekín: cincuenta y tres muertos, según el recuento oficial, del que todo el mundo dudó en las primeras horas. Cambio de planes y vuelo a la capital tailandesa.

La ciudad se vació de turistas, y quienes pasamos allí la semana tuvimos la oportunidad de ver la otra cara del país: emergió en las mismas calles, sin ambages, el poder y el control del ejército sobre la vida política, económica y financiera. Nada más llegar me fui al lugar de los hechos, de paquete de un joven motorista antigubernamental. No había taxis y me llevó gratis. Cuando por la noche me reencontré con Aznarez se empezó a descojonar y me enseñó un diario local: el ejército acusaba de disturbios a bandas de motoristas jóvenes y amenazaba veladamente con dispararles a matar.

El martes 18 ya entró en vigor el estado de excepción. No peligraba, en principio, mi egoísta y occidental deseo de ver por televisión el Barça-Sampdoria. Esa noche nos aventuramos a dar una vuelta por Bangkok. Creo que pagamos a un conductor civil, supongo que mucha pasta. Las avenidas estaban vacías, a oscuras, y solo se veían camiones con paramilitares armados, que nos miraban con odio por ser extranjeros no turistas.

Miércoles 20 de mayo. Faltaba poco para la final. El drama iba *in crescendo*: esa tarde, el Gobierno tailandés proclamó el toque de queda en

Bangkok, de nueve de la noche a cuatro de la madrugada. Visto lo visto la noche anterior, desafiar la orden no valía la pena, hubiera sido tener problemas para nada porque la ciudad estaba paralizada. Nadie habrá visto un Bangkok más tétrico y fantasmagórico desde aquella semana de mayo del 92.

Escribí la crónica «de la página 3» —la apertura de Internacional— para la edición de *La Vanguardia* del 21 de mayo a sabiendas de que todo el interés informativo y la portada se dedicarían a la final de la Copa de Europa. A las once de la noche, hora tailandesa, ya tenían el texto en la redacción. Lo había conseguido: estaba solo frente al televisor, en una cómoda habitación del piso 12 del Hotel Dusit Thani (el de la novela *Los pájaros de Bangkok*, de Vázquez Montalbán), donde habían concentrado a los contados huéspedes por razones de seguridad. Por fin podía librarme sin pensar en nada más que el típico canguelo del sufrido culé.

Al cuarto de hora de partido, sin embargo, se interrumpe la retransmisión. Aparece en pantalla el respetado rey Bhumibol, en el trono desde 1946. Empieza a hablar sentado, teniendo frente a él, arrodillados, a los generales del ejército que se disputaban el poder ejecutivo. Vendría a ser como si el rey Felipe VI reprendiera en público a Mariano Rajoy y Puigdemont por haberse portado mal. Habéis sido muy malos, pero ahora vais a hacer las paces, niños. Esa era la estampa. El monarca estaba imponiendo el fin de la tensión, y anunciaba la liberación de centenares de estudiantes detenidos. Naturalmente, esa alocución de veinte minutos me obligó a redactar una nueva crónica a toda castaña. Buf. Qué nervios. ¡Me quedaba el consuelo de ver la segunda parte del partido!

Pero tampoco. El Canal 3 de Tailandia volvió a emitir íntegramente el discurso. Empezó entonces mi asalto al minibar. Ingerí los dos botellines de ron. Con suerte vería los últimos veinte minutos de Wembley. Pero después del discurso del rey, aparecieron en pantalla un grupo de monjes budistas cantando letanías, a las que repliqué con mis primeros improperios. Botellín tras botellín, me bebí todo el alcohol del minibar, algo que no he vuelto a hacer en mi vida y que les desaconsejo.

Una vez más, la BBC me salvó la vida, porque retransmitía el partido. Lo hacía con una dicción perfecta, pero con una contención enervante. Con los

nervios acumulados, el gol de Koeman me hizo gritar como un verdadero poseso. De fondo se podía oír a un locutor catalán, creo que el gran Joaquim Maria Puyal, a cuya voz yo superpuse mi liberador «gooooool». Y seguí con el himno del Barça, con gritos y cánticos que prolongué hasta el final del partido. Me monté yo solito una juerga hasta que sonó el teléfono: «Haga usted el favor de calmarse, un vecino se ha quejado». Recuerdo que traté de explicar al recepcionista la excepcionalidad del partido, pero su tono era de pocos amigos. A mis pies, Bangkok enlutada, sombría y silenciosa. Estoy plenamente convencido de que me tomaron por loco. Cuando me acosté, feliz, feliz, los monjes budistas seguían con sus cánticos.

5

CONTADLO AL MUNDO

En abril de 1989 me creía el rey del mambo. Vivía como un blanco en una colonia británica —Hong Kong—, viajaba por Asia sin reparar en gastos —nunca pedí champán, sin embargo, a cuenta del diario— y tenía interminable material para publicar gracias al interés de muchos lectores por la región, a pesar de serles muy desconocida.

Suerte que no me abandonó el santo, porque todo eso lo hubiese podido perder, como les ocurrió a centenares de chinos, aquel fin de semana del 3 y 4 de junio de 1989, cuando el Ejército de Liberación Popular chino acabó con dos meses y medio de protestas en demanda de reformas, apertura política y contra el nepotismo, y dio una lección de realismo cuyas consecuencias llegan hasta nuestros días y son imprescindibles para entender la China del siglo XXI.

Al cabo de los años aún me duele el recuerdo de todos los ciudadanos que, en mangas de camisa, ingenuos y confiados, trataron de oponerse al avance de los tanques. El bochorno que hacía esa noche iba a convertirse en un bochorno moral. «La historia se escribe con la sangre de los desgraciados», escribí en su día.

—Dice el director que deberías ir a Pekín; las manifestaciones van a más.

En medio de una cena civilizada de matrimonios españoles en Hong Kong un sábado por la noche, irrumpió una de esas llamadas benditas, hechas

por María Dolores Massana, responsable ese fin de semana de la sección de Internacional. De nuevo, lo imprevisible por encima de todo. Hacer la maleta sin billete de vuelta, abandonar la vida confortable de la colonia y subir al primer avión rumbo a la cita de una historia incierta. ¡Y qué historia aquella!

Desde que se hizo con el mando de China en 1978, tras los caóticos vaivenes de Mao (¡pensar que muchos progres en Europa ensalzaron la nefasta Revolución Cultural de los años sesenta!), Deng Xiaoping, el Pequeño Timonel, hacía grandes equilibrios para reformar una economía centralizada, estatal al cien por cien y tremendamente ineficaz. Mis primeras experiencias en Pekín me inducían a pensar que los chinos eran un pueblo de gandules, siempre con un displicente «no hay» en las tiendas, museos o restaurantes estatales.

Los comunistas más conservadores desconfiaban de la apertura emprendida por Deng Xiaoping y, entre bambalinas, abundaban las conspiraciones, las puñaladas y las purgas, de las que casi nadie se enteraba, dada la opacidad de Zhongnanhai, el agradable complejo de pabellones donde residía la élite del PC, aldaño a la Ciudad Prohibida. Aquella vecindad, apreciable desde una colina cercana, simbolizaba la inmutable forma de entender el poder de una civilización. Corte imperial o Partido, daba igual: el secretismo ante todo.

El 15 de abril de 1989 había fallecido el ex secretario general del PC de China Hu Yaobang, considerado reformista. Con el pretexto de su funeral, los universitarios y sus profesores empezaron a mostrar públicamente signos de malestar con el Partido Comunista. La gerontocracia, la corrupción, el nepotismo, el alza de los precios...

España tenía en Pekín a un gran embajador, Eugeni Bregolat, un caso único en la diplomacia porque fue el representante de España en tres períodos distintos. Su experiencia en la URSS, donde fue primer secretario de la embajada española en Moscú, a las órdenes de Juan Antonio Samaranch, le permitía dar una brillante lección a quienes aterrizaban en la legación de la capital china: Pekín y Moscú quieren desembarazarse gradualmente del comunismo y compiten entre sí por dar con la fórmula. Gorbachov había empezado por reformar las estructuras políticas, mientras que Deng Xiaoping

se «limitaba» a liberalizar la economía y, con la ayuda de eslóganes, refranes y cuentos chinos, a borrar décadas de socialismo para afirmar categóricamente que «ser rico es glorioso».

Siempre me ha gustado alojarme en el mismo hotel en todas las ciudades, y formar parte de «la tribu». En Pekín, ese hotel era el Jianguo, que ya he mencionado anteriormente. Situado en la gran avenida Jianguomenwai, simbolizaba la nueva China frente al otro clásico, el Hotel Pekín, icono del maoísmo, cavernoso, gigantesco y «estatal», lo que se traducía en malas comunicaciones, ausencia de canales por satélite y un personal antipático.

Los ciudadanos chinos convocados por la prensa acudían temerosos a las citas en el vestíbulo del Jianguo, donde no podían entrar sin cita previa. Tampoco se hubieran atrevido. Un resabio del maoísmo y de sus purgas antioccidentales. Además, en los contados hoteles para extranjeros, como el Jianguo, el Sheraton y el Holiday Inn —el único con discoteca—, había que pagar con la versión para extranjeros de la moneda local, cuyo cambio real quintuplicaba la moneda del pueblo. Una cena en el Jianguo equivalía al salario mensual de la mayor parte de mis invitados, un desajuste que tenía una ventaja para mí: suponía un agasajo irrechazable.

La tribu de Pekín cosecha del 89, modestia aparte, reunía a grandes periodistas, mitad aventureros mitad profesionales: cubrir Asia no era seguir la actualidad desde una céntrica oficina en Londres o Washington. A pesar de las dificultades con transportes y visados, todo el mundo aparecía más pronto que tarde en todas las crisis, que eran constantes, desde los intentos de golpe de Estado en Manila, los vaivenes de Indochina o las alertas en la península de Corea.

Las asiáticas no eran corresponsalías para gente de hábitos ordenados. La cuadrilla española era reducida y cachonda: Bosco Esteruelas (de *El País*), Ramon Santaaulària (de EFE, con base en Pekín), Josep Bosch (EFE, Tokio, y alma de una publicación ciclostilada «elitista» titulada *El Currante Asiático*, que ironizaba sobre nuestras andanzas en hoteles de lujo, supuestas amantes asiáticas y cosas por el estilo) y Juan Restrepo (de TVE, con base en Manila, decisión exótica). Todos nos llevábamos bien.

A fines de abril, la excitación era generalizada en la capital china. Los

campus universitarios, sobre todo el de la Universidad de Pekín, se atrevieron con *dazibaos* (octavillas, para entendernos) que, con la excusa de honrar al difunto Hu Yaobang, deslizaban críticas al sistema. Aquellos estudiantes eran también la generación mejor preparada de la historia de China, porque comían a diario, optaban a becas en otros países y a empleos en empresas sino-extranjeras sin soportar una carga ideológica castrante.

Cada día sucedía algo que suponía un desafío al poder, y cada día el poder mostraba una debilitante pasividad, o desavenencias en el seno del PC que se intuían de forma desdibujada. Periodistas y diplomáticos íbamos muy perdidos a la hora de marcar distancias con la realidad. Nos enamoramos de la historia: error.

El golpe de audacia llegó el 13 de mayo. Después de varias manifestaciones multitudinarias, los jóvenes se instalaron con tiendas de campaña en la mismísima plaza de Tiananmén, el símbolo de la República Popular, y allí comenzaron una huelga de hambre. Existen pocas cocinas fundamentales en el mundo y la china es una de ellas. O mejor dicho, las chinas, porque destacan varias cocinas «regionales» —desde la cantonesa, muy sofisticada, a la picante de la zona de Sichuán— que coexisten con una cocina de tradición imperial fastuosa y una cocina popular que el más tonto del pueblo relacionará con las hambrunas. Los chinos han pasado mucha hambre, la llevaban interiorizada, y solo el hambre explica recetas prodigiosas, hechas a partir de tendones, medusas o crestas de gallo. El hambre ha hecho más por la cocina que todos los chefs juntos. Que unos jóvenes idealistas renunciaran a comer suscitó una ola de simpatía popular extraordinaria. Acampar en Tiananmén, frente al retrato gigantesco de Mao, bajo el balcón donde proclamó la República Popular, suponía un desafío mayúsculo. Ya teníamos escenario para la tragedia.

El drama avanzaba con una gradación perfecta: el idolatrado Mijaíl Gorbachov, de cincuenta y siete años, iniciaba el 15 de mayo una visita histórica de cuatro días a China para entrevistarse con Deng Xiaoping y poner fin a tres décadas de hostilidades por dirimir quién representaba el verdadero comunismo. Ahora los dos gigantes se peleaban por saber quién era el reformista más hábil en soltar lastre y tics comunistas.

Las autoridades chinas fueron generosas a la hora de acreditar a medios de comunicación para la ocasión, obligadas como estaban a competir con la excelencia de las relaciones públicas rusas. El anciano Deng Xiaoping, de ochenta y cuatro años, al que la juventud china daba la espalda en las calles, no resistía la comparación con Gorbachov, con ademanes de estrella del rock.

¡Cómo disfrutaron los rusos con la debilidad china! Con la plaza ocupada, todos los actos protocolarios tuvieron que cambiar de escenario, y el *entourage* de Gorbachov no disimulaba su indulgencia hacia sus anfitriones, que estaban recibiendo una humillación monumental. La guerra intestina en el seno del PC de China salía a relucir en todas las declaraciones obligadas.

Desde que la protesta estudiantil se concentró en Tiananmén, la rutina periodística consistía en acercarse a la vasta explanada, valorar las novedades, hablar con algunos de los miles de jóvenes o de los ciudadanos que se acercaban a darles apoyo, y almorzar con algún diplomático, sinólogo o con los colegas. En concreto teníamos una buena entente con la soldadesca italiana, formada por analistas brillantes y comensales amenos, siempre atentos a las novedades gastronómicas de Pekín.

Diariamente acudía a la oficina de la agencia France- Presse, donde podía leer teletipos, intercambiar informaciones y emplear sus ordenadores para escribir y transmitir mis crónicas a *La Vanguardia* vía París. Se trataba de un acuerdo amistoso entre las dos empresas informativas —aunque amparado por cierta legalidad, que yo invocaba en las contadas oficinas donde parecía molestar—. Otros días me encerraba en la habitación del Jianguo y enviaba los textos por fax. La diferencia horaria no suponía un problema, porque cuando era medianoche en Pekín era media tarde en Barcelona.

Me movía en una bici alquilada, pero puedo presumir de no haberme hecho ninguna foto montado en ella. Como tampoco me retraté en Tiananmén con las poses bobaliconas que hoy día se estilan. Eso —o pedir autógrafos a entrevistados famosos— nunca formó parte de mi estilo. Solo he roto la norma por Lou Reed y Paul Newman, por amor fraterno. No es necesario que los periodistas contribuyamos voluntariamente a que nos pierdan el respeto.

La plaza de Tiananmén apestaba a campamento mientras la población se

acercaba a traer alimentos, a animar a los jóvenes y a gozar de un clima de libertad insólito. Las asambleas nocturnas se sucedían, y los líderes de la protesta empezaron a adquirir estatus. Entrevisté a uno de ellos, Wang Dan, y pude darme cuenta de que estaba encantado de conocerse.

Finalmente, tras la marcha de Gorbachov, los líderes estudiantiles fueron convocados a dialogar con el primer ministro, Li Peng (un hueso al que Esteruelas y yo bautizamos como «el Carnicerito de Pekín»), ante las cámaras de la Televisión Central de China (CCTV). Algunos vestían los pijamas del hospital donde eran atendidos para tratarles los efectos de la huelga de hambre. Aun sin comprender el mandarín, se entendía perfectamente que la tensión en el diálogo era grande. El rostro de Li Peng, enfurecido, daba para un manual de psicología. Quedaba claro que si estaba tragando aquel sapo impuesto por unos insolentes era muy a su pesar. Pero fue un grave error insultar a Li Peng y ningunearle. «Con usted no tenemos nada que hablar», le dijo Wuer Kaixi, un joven atractivo y carismático de veintiún años, que no moriría en la plaza el 4 de junio gracias a que la CIA lo sacó del país a tiempo. Además, estaban faltando al respeto a los mayores, algo imperdonable en la sociedad china. Yo creo que Li Peng, con traje Mao —en desuso y símbolo de la ortodoxia comunista—, ardía en deseos de arrestarlos allí mismo y enviarles a una provincia remota a sembrar coles, como se había hecho siempre.

El 20 de mayo, el Gobierno chino dio un golpe de efecto inesperado. Horas después de que el secretario del PC, el reformista Zhao Ziyang, visitase la plaza e implorase a las decenas de miles de estudiantes acampados que se fueran a casa, se anunció la implantación de la ley marcial a través de Radio Pekín. Era la expresión de una fuerza nacida de la debilidad, porque Zhao ya era un cadáver político; su visita a la plaza había sido más la de un abuelo de voz quebrada que la de un líder. El texto de la ley marcial era escalofriante, e inducía a pensar que a las cero horas la multitud acampada en Tiananmén sería desalojada sin contemplaciones por las primeras columnas militares ya estacionadas en algunos accesos de Pekín. Parecía una medida «lógica» después de que los estudiantes, según se hacían más fuertes, ampliaran sus peticiones. En ese momento ya no se andaban con chiquitas: reclamaban

abiertamente *democracy*. Y en inglés.

Allí estábamos, en Tiananmén, mezclados a medianoche con una muchedumbre ilusionada y dispuesta a la inmolación. Solo por la fuerza militar era posible terminar con una protesta de esas dimensiones. Para quitarse el miedo, los discursos se sucedían. La noche avanzaba y cada hora que pasaba, con la gente sin moverse del sitio, generaba más empatía y solidaridad. Cuando amaneció, un día luminoso, los allí reunidos compartíamos la sensación de haber vuelto a nacer, y para celebrarlo toda la plaza entonó *La Internacional*, tan diferente de la que cada mes de marzo retumbaba en el vecino Gran Palacio del Pueblo con motivo de la solemne reunión anual del Parlamento, un sucedáneo de parlamento. De no haber estado casado me hubiese podido enamorar de cada una de aquellas jóvenes, a quienes la presencia de occidentales infundía tranquilidad: nuestra vida cotizaba más cara.

Cuando un Estado amenaza, o cumple la amenaza o pierde credibilidad. Pero el 21 de mayo tampoco hubo despliegue de tropas. La euforia popular aumentaba. También las especulaciones, infundadas, de que algunos mandos militares habían desobedecido órdenes de dirigirse a Tiananmén. Por desgracia, la policía china carecía de medios antidisturbios, de modo que para el desalojo a la fuerza solo se podía recurrir al ejército. A lo grande. Todos los diplomáticos, periodistas y analistas políticos cometimos un error involuntario: nuestras fuentes y contactos eran de solo uno de los dos bandos. El otro, el núcleo duro del poder, ni quería hablar con extranjeros ni nos veía con buenos ojos. El sesgo nos llevó a creer que Deng Xiaoping y el PC estaban en las últimas. ¡Qué ingenuos!

Las columnas militares, entre tanto, no solo no impresionaban sino que fueron «bloqueadas» por los ciudadanos en plan carnaval de la fraternidad. Los chinos subían a sus hijos a los vehículos blindados, regalaban tabaco o una raja de sandía a los soldados de rostros provincianos, y nos recordaban, genuinamente satisfechos, que el Ejército de Liberación Popular nunca había reprimido al pueblo. Eran uña y carne, vamos.

Y entramos en un *impasse* que amenazaba con darnos el agosto en Pekín. La plaza de Tiananmén cambió de fisonomía y la afluencia se redujo.

Desaparecieron los universitarios de primera hora y empezaron a llegar por tren muchos jóvenes de provincias con el comprensible afán de participar en aquella protesta histórica, cargada de ilusiones. La llegada del calor, seco y áspero, empeoró las condiciones higiénicas de la acampada. Periodísticamente hablando, la historia perdía fuelle y parecía condenada a un final discreto y opaco. Llegué a pensar que el Gobierno se limitaría a esperar a que los irreductibles se cansasen de vivir en Tiananmén y que al final bastaría con enviar unas brigadas de limpieza. Se respiraba calma, y no era tensa. En aquellos días, María José, mi esposa, se animó a viajar a Pekín.

La noche del viernes 2 de junio hubo un giro inesperado: nuevas unidades del ejército, mal equipadas y sin armamento, se dirigían a la plaza de Tiananmén en un despliegue que resucitó la oposición de los pekineses, algunos salidos de casa en pijama. Los ciudadanos ya no adoptaban exclusivamente modales fraternales, y algunos rodeaban intimidatorios a la soldadesca. Recuerdo que, a las cinco de la madrugada del viernes, casi al alba, se produjo la retirada insólita de una unidad militar cerca del Jianguo (donde escribía una crónica de urgencia): los soldados calzaban alpargatas, parecían desorientados y, con andar cabizbajo, eran ninguneados por algunos curiosos. Yo no entendía nada, pero tuve la corazonada de que aquello anticipaba una nueva fase, más tensa. Lo que nunca imaginé fue la magnitud de lo que iba a suceder en unas horas.

Todas las contradicciones de semanas iban a resolverse en las siguientes horas. Pekín ya no era una ciudad confiada y extrovertida. El tráfico era inexistente, por las calles se alternaban vehículos militares abandonados, tanques que llevaban ahí días y ya parecían autos a la espera de la grúa, y una población agitada y nerviosa que sorprendentemente aún se veía con ánimo de hacer frente a lo que se les viniera encima.

Tenía muy presente lo que me habían dicho algunos hombres de edad avanzada, cuyas opiniones nunca entraban en las crónicas: desconfiaban de que la fiesta de la democracia fuese una buena idea. Eran los únicos, pero es que ellos habían visto tantas convulsiones en el país que podían pronosticar el desenlace: la autoridad nunca puede perder.

A primera hora de la tarde del sábado 3 de junio, en un lateral de la plaza

de Tiananmén, los manifestantes increpaban a las tropas. Ya no parecían soldados llegados de una aldea. El rostro de los oficiales era inexpresivo pero determinado. De vuelta al hotel, para cenar algo y hablar con el periódico — en concreto con Pau Baquero, redactor jefe de Internacional—, pedaleaba en mi bicicleta de alquiler —la segunda, porque la primera me la habían robado en la plaza— con una gran tristeza. Aquello iba a terminar mal... En ese momento sentía incluso aprensión a convertirme en testigo de la historia.

Quedaban pocos huéspedes en el Hotel Jianguo, casi todos periodistas. Ustedes dirán que es una tontería, pero después de ducharme me cambié de ropa como si fuese a un acto social, y cené con María José en el restaurante francés del mismo hotel. Fue un reflejo de quien busca la civilización y los placeres de la vida, y se encomienda a ellos antes de dirigirse a las tinieblas. No creía que pudiera ocurrirme nada, pero sí estaba convencido de que nada agradable me esperaba en las calles. El comedor, con sus candelabros y su legendaria ensalada Justine's, estaba semivacío. Uno de los pocos comensales era el enviado especial de *La Stampa* de Turín, un hombre renacentista, prudente y elegante.

—Esta noche se van a cubrir de mierda. —Que emplease una palabra tan soez me chocó. Cuánta razón tenía.

Pedaleé en dirección a Tiananmén a eso de las diez de la noche, y en el primer gran cruce de la avenida Jianguomenwai, frente a los bloques de pisos reservados a residentes extranjeros, observé gente rodeando dos tanques. Me detuve en seco. Había dos cadáveres en el suelo, dos jóvenes. No tenían el rostro desfigurado; su muerte era reciente. A unos metros, sus respectivos cerebros. Resistí esa visión, claro, y fue para mí incluso un alivio: no era todo lo terrible que imaginaba. Los tanques los habían atropellado. Cuerpos y cerebros permanecieron al menos cuatro días en ese cruce.

Desde chaval había sentido aversión y fascinación por una frase que leía a menudo en diarios y novelas: «Le voló la tapa de los sesos». Como tantas cosas a lo largo de la vida, suponía que el día que viera eso me desmayaría. Pocas formas de morir me habían despertado tanta curiosidad a lo largo de mi vida. Quizás fuese una asociación inconsciente con la ruleta rusa, otro objeto de fascinación infantil, a la que seguramente había contribuido el cine:

¿recuerdan *El cazador* (1978), de Michael Cimino, con Robert de Niro?

El ambiente en Tiananmén era de «no pasarán», aunque lo cierto es que ya había menos jóvenes en la plaza, y estaban agrupados en el monumento a los Héroes de la Revolución, en el centro de la inmensa explanada. Sorprendía ver en las calles a padres de familia con hijos de pocos años. Los pekineses formaban barricadas y todo el mundo quería contarte algo. Yo iba solo porque mi traductor no quiso exponerse. Por otro lado, siempre he preferido trabajar a mi aire. Decidí avanzar por la avenida por la que venía huyendo gente que hablaba del avance de columnas blindadas.

Los primeros tanques avanzaban sin abrir fuego pero saltando con gran potencia y facilidad las improvisadas barricadas. Chispas y rugido. Podían con todo. La gente les arrojaba piedras. En la puerta del Hotel Minzhu, a dos kilómetros de Tiananmén, había confusión y se podían oír testimonios de las primeras muertes. De repente, por la avenida, los blindados disparaban a mansalva. Tratamos, cada uno a su aire, de encontrar refugio. Un poste eléctrico me pareció suficiente. Suerte que las tropas avanzaban solo por la avenida, a la que ya era imposible regresar. Ráfagas y más ráfagas, gritos, humo, el rugir de carros de combate.

Seguí la calle para retornar, por las arterias paralelas, hacia Tiananmén cuando di con un gran hospital donde empezaban a llegar heridos, muchos en brazos o en los populares carros para transportar alimentos. Vi a un joven barbilampiño muerto que no se me olvidará nunca. Su imagen era el prototipo de los que desde abril habían tomado la ciudad con ganas de cambiar el mundo. Sus ojos vidriosos parecían el trabajo de un taxidermista. La indignación a las puertas del centro crecía. Una mujer de unos treinta años se dirigió a mí. Los chinos no solían hacerlo nunca. Su inglés era perfecto. «Cuenten al mundo lo que han visto esta noche, cuenten lo que hace el Gobierno chino con sus hijos; aquí nunca lo sabremos.» Es en momentos como este cuando uno se da cuenta de que los periodistas no somos completamente inútiles.

La multitud estaba indignada y llegó a romper algunos cristales del centro hospitalario, mientras el goteo de heridos —la mayoría graves— y muertos no cesaba. Regresé a pie al hotel y solo pensaba en una cosa: llegar antes del

deadline, la hora de cierre, y escribir una crónica a la altura de los acontecimientos y del prestigio del diario. Las calles paralelas, muchas sin asfaltar, reflejaban aún una China pobre, muy humilde, de casas bajas con un patio compartido por varias familias. Algunas estaban tomando la fresca en la calle. Se me apareció la Virgen: un coche con dos colegas de la agencia italiana Ansa, que me dejaron cerca del Hotel Pekín, ya junto a la plaza y en el lado que conducía a mi hotel, unos kilómetros más allá.

Llegué al Hotel Pekín, atalaya privilegiada de Tiananmén, para observar desde las habitaciones de otros periodistas un espectáculo dantesco, con sonido de disparos, gritos y detonaciones. La plaza ya estaba tomada por el ejército, pero los enfrentamientos continuaban. Para ir de ese hotel hasta el mío tuve que cruzar el infierno, yendo de paquete en la bicicleta de un joven que comprendió mi problema: tenía que escribir a toda castaña —ya eran más de las tres de la madrugada—. Aquellos gestos de solidaridad abundaron. Nada más empezar la crónica recibí la llamada de mi traductor, Zhang: lloraba.

Creo que fue una crónica de urgencia digna, portada de *La Vanguardia*: «El ejército chino toma la plaza de Tiananmén y sofoca a sangre y fuego la revuelta estudiantil». Los títulos los ponían entonces los compañeros de la sección. El redactor jefe, Pau Baquero, fue comprensivo con la hora tardía de mi envío. Ya era de día.

Al mediodía del 4 de junio, Pekín seguía siendo un caos. Las tropas solamente controlaban el centro, alrededor de la plaza, y en sus desplazamientos respondían con más tiros a la hostilidad de los transeúntes. Había más gente en las calles de la imaginable. No me quedaba otra que volver a las inmediaciones de la plaza y recorrer la ciudad. La atmósfera de drama y la certeza de que a las autoridades ya les daba igual ocho muertos que ochenta me hicieron sentir miedo.

A diferencia del sábado, al salir del hotel el domingo a eso del mediodía sí tuve la impresión de que podía morir. Pudo más la vergüenza torera y nos echamos a la calle. Esta vez, sin embargo, formamos una cuadrilla y pedimos un taxi que, a precio de oro, nos llevó a Bosco Esteruelas, a un periodista italiano y a mí a recorrer la ciudad. Yo quise volver al hospital para calibrar

la magnitud de la matanza. A falta de un balance oficial, las cifras fluctuaban.

No podía dar crédito a lo que veía. El hospital estaba tranquilo y sin apenas chinos en el amplio patio de entrada. Se diría que era otro lugar. Yo juraba y juraba que allí había visto horas antes escenas desgarradoras, heridos, muertos, tensión... Cuando ya nos íbamos, un hombre nos hizo una señal. Sin mediar palabra, se fue en su bicicleta. Nos había indicado un pasillo exterior del hospital, en una especie de callejón. Un hombre estaba subido a la tapia. Algo había detrás. Nos encaramamos a ella: se veía una sala llena de cadáveres amontonados en el suelo. Había restos de sangre en todas las paredes.

La semana siguiente se dio la desbandada de todos los extranjeros. Todo eran rumores. Miedos. Desde Barcelona había más temor por nuestra integridad que en Pekín. Sucede siempre. Mi esposa se fue el miércoles, no tenía sentido que se quedara conmigo, sobre todo después de que el día anterior un convoy militar disparara contra la fachada de nuestro hotel mientras estábamos asomados. Un proyectil se incrustó a medio metro.

Yo permanecí dos semanas más en Pekín y sobreviví. No era mi hora. España y otros Estados de la UE organizaron vuelos especiales para sacar a sus ciudadanos de Pekín. No todo el mundo los aprovechó, sobre todo al saber que se podían pagar cuando fuese pero que no eran gratuitos. La agregada de Cultura, una barcelonesa llamada Inma González Puy, contrajo matrimonio en la embajada española para que su novio, un rockero chino, no fuese detenido. Escribí la historia. La familia de Inma se enteró por el periódico de que su hija tenía novio, de que este era chino, de que era rockero y que se acababa de casar con la niña. Inma no se enfadó conmigo, cosa rara porque la gente te da sorpresas en casos así.

La atmósfera de la ciudad, una vez fue tomada del todo por las tropas, era inquietante. Aún había tiroteos, y en el hotel nos obligaron a mudarnos a las habitaciones que daban atrás, pese a nuestras quejas. La medida fue adoptada una noche en que tirotearon de nuevo la fachada. Claramente, la prensa internacional estorbaba.

Esa noche bajé al vestíbulo tranquilamente. Allí me crucé con un trío de músicos filipinos que se iban lívidos. En toda Asia los músicos en los hoteles

eran filipinos, creo que por sus registros, su inglés y el dominio de canciones en español estilo *Bésame mucho*. El embajador Bregolat se preocupó, y mucho, por toda la colonia española. Bregolat no obedecía en absoluto a esa imagen frívola que muchos ciudadanos tienen de nuestros diplomáticos. Y que no es real.

A los pocos días almorcé con él, en plan los últimos de Filipinas. Le pregunté si habían tenido alguna petición de asilo. No había caído. Es un drama, como ya se vio con el asilo concedido, por despiste, en Guinea Ecuatorial al sargento Mikó, implicado en un complot contra el gran, el inimitable Teodoro Obiang. Al Estado español le costó Dios y ayuda conseguir garantías de que no acabarían con su vida. Bregolat, siempre pragmático y sabio, ordenó al momento que reforzasen los obstáculos para evitar que algún chino entrase en la embajada y pudiera pedir asilo. Con los años, uno entiende este tipo de reacciones.

Al regresar al periódico en julio, ya en vacaciones, entré a saludar a Lluís Foix, convencido de que me daría una medalla. Sin embargo, lo primero que hizo fue soltarme un rapapolvo: tenía encima de su escritorio la nota de gastos —los dos meses elevaron la cuenta a casi un millón de pesetas—. Guardo gratitud y respeto por Foix, pero no cabe duda de que siempre ha sabido mirar por la casa. Por otro lado, no está mal que a los periodistas nos bajen los humos en los momentos de gloria profesional. Vales lo que tu última crónica publicada.

6

ALGUNAS GUERRAS, AQUELLOS COMPAÑEROS MUERTOS

El viernes 3 de agosto de 1990 me iba de fin de semana a la playa de Calafell cuando me enteré por la radio de que Sadam Husein había invadido Kuwait. Me fastidiaba que los noticiones no se produjesen en Extremo Oriente, donde yo estaba de corresponsal. Quería ser Dios y escribir en todas partes. En especial sobre una guerra de verdad y no sobre la de Camboya, la única que «me tocaba». De hecho, esta fue solo un reparto territorial sin apenas intercambio de tiros entre los legendarios jemereros rojos y el Gobierno comunista prosoviético de Hun Sen, un dinosaurio todavía en el poder.

Cubrir una guerra era una gran aspiración para muchos de los periodistas de mi generación. Nunca serías alguien decente en la profesión sin haber emulado a los míticos reporteros de los conflictos bélicos de Vietnam, Oriente Medio o África. Sin haber vivido una guerra o dos, resultaba imposible jugar a ser Manu Leguineche. Él era el jefe de la tribu, un trotamundos admirado por sus viajes y sus crónicas de conflictos que pillaban muy lejos de un país como España, que desde el desastre colonial de 1898, su neutralidad en las dos guerras mundiales y el yugo del franquismo, vivía aislado.

Lo último que imaginaba, conduciendo bajo un sol de agosto hacia la arena de la Costa Dorada donde pensaba tumbarme era que pocos meses más

tarde terminaría de reportero en la guerra de Kuwait. Carambolas del destino. El conflicto marcó un antes y un después en la historia del periodismo. Tampoco imaginé que pudiesen morir en ella colegas españoles, y mucho menos algunos con quienes había compartido correrías al margen del trabajo. ¡Qué larga se fue haciendo esa lista!

En el segundo semestre de 1990, el presidente George H. W. Bush formó una coalición internacional bajo los auspicios de la ONU para desalojar a los iraquíes del Estado soberano de Kuwait. Sadam consideraba Kuwait una provincia iraquí, una idea no exenta de fundamento, pero reclamar el territorio parecía poco realista. Por otro lado, se sentía humillado por los Al-Sabah, la dinastía kuwaití, porque daban largas al pago de su cuota por la guerra que Irak había declarado a Irán en 1980, esa sangría humana y militar apoyada por Occidente y las monarquías árabes para destruir la revolución islámica de Irán, percibida como una amenaza desestabilizadora.

Para sobrevivir en Oriente Medio hay que estar dotado para el cinismo. Los amigos de hoy pueden ser los enemigos de mañana, sin más. En la zona impera cierta crueldad, tan bien explotada por todos los poderes occidentales y, lógicamente, también por Israel.

En los Juegos Olímpicos de Seúl de 1988 quise reflejar el ambiente de la selección de fútbol de Irak, que competía recién terminada una guerra, saldada con 400.000 compatriotas muertos frente a las 600.000 bajas de Irán. Los unos y los otros, carne de cañón. Fui bien acogido, hasta el punto de que el jefe de seguridad del equipo —cuya mirada imponía como pocas— me permitió viajar en el autobús camino del partido contra Brasil, pese a las protestas de los voluntarios coreanos. El hombre había estado destinado en la embajada de Irak en Madrid y por lo visto guardaba buen recuerdo de España... Dos años más tarde, en 1990, los iraquíes eran nuestros enemigos.

La Vanguardia preparó un gran despliegue de corresponsales y enviados especiales para la guerra, cuyo inicio estaba anunciado: el 16 de enero de 1991, cuando se terminaba el plazo fijado por Naciones Unidas para la retirada de las tropas de Husein. Yo había pasado la Navidad en Barcelona y regresaba a Hong Kong después de Reyes, convencido de que toda la atención y el espacio en la sección de Internacional estarían dedicados a la

guerra del Golfo y a la Operación Tormenta del Desierto. Inmerso en esa lógica, animé a mi madre a que viniera a visitar Hong Kong por primera vez.

No habían transcurrido ni setenta y dos horas desde mi aterrizaje cuando Pau Baquero, mi jefe, me telefoneó a Hong Kong con voz compungida, consciente de que su requerimiento podía considerarse una pequeña putada:

—Nos falta un enviado especial en Turquía; deberías ir para allá.

La primera fase de la guerra, con ataques aéreos, era inminente. Tal y como estaba previsto, la aviación estadounidense empezó a bombardear Bagdad en la noche del 16 de enero y, por primera vez en la historia, la noticia fue difundida en directo por una televisión, la cadena CNN, que inauguró de esta forma la noción de aldea global.

Hay una frase que aún resuena en mi memoria: «*The skies over Baghdad have been illuminated*» (los cielos de Bagdad se han iluminado). La pronunció el periodista Bernard Shaw desde la habitación del Hotel Al Rasheed. Al poco, Peter Arnett —trasunto de Mel Gibson en la ya citada película *El año que vivimos peligrosamente*— se añadió a la retransmisión. Las imágenes eran lo último en tecnología, pero estaban al servicio de una de las grandes trampas de la primera guerra del Golfo: todo parecía un videojuego, sin muertes en primer plano, sin sangre ni dolor. De hecho, fue una contienda bastante «aséptica». Lo sentí por mi madre, pero esa misma madrugada, hora de Hong Kong, yo ya tenía la maleta hecha... ¡Y con qué alegría!

En casos así, el periódico no racaneaba con el precio de los billetes, y creo recordar que un tramo del rocambolesco periplo Hong Kong-Ankara, tres vuelos, lo hice en primera clase, la primera y única vez en toda mi carrera. En contrapartida, me iba a cubrir una guerra sin interesarme siquiera sobre si tenía algún tipo de seguro de vida y sin dar la lata sobre la necesidad de comprar una máscara antigás, habida cuenta de que Irak ya había utilizado sin reparos armas químicas contra Irán en el tramo final de la conflagración.

Con mi presencia en Ankara, el diario tenía un periodista en todas las capitales de la región. La empresa estaba en un momento pujante y optimista, en la Barcelona preolímpica, y acababa de crear Antena 3, televisión y radio, en una coyuntura de gran competencia entre grupos de comunicación. Parecía

un milagro, pero el de los periodistas españoles era el contingente más numeroso en Bagdad, después del de Estados Unidos. El hambre atrasada de noticias de la sociedad española y la ambición de actuar como creíamos que actuaban los Estados de primera fila mundial explicaban que los medios gastaran ese dinero. Al fin y al cabo era la primera guerra en la que participaba España fuera de sus fronteras desde 1898 (exceptuando la del protectorado español en Marruecos y la no declarada de Sidi Ifni de 1957).

Mi estancia en Turquía fue de más a menos. El país tiene 331 kilómetros de frontera con Irak y esa vecindad dio origen a especulaciones sobre un posible segundo frente allí, algo descabellado visto con perspectiva, porque Washington nunca trató de derrocar a Sadam Husein, sino simplemente de expulsar a sus tropas de Kuwait y dejar claro que los campos de petróleo de la península Arábiga, sobre todo los saudíes, eran sagrados.

Ankara era una capital provinciana y gris entonces, nada que ver con Estambul. El centro de prensa que habilitaron era modesto y con muchos funcionarios. No tengo nada en contra de los funcionarios, el único problema es que, cuando los juntas, tratan de justificar su trabajo y te matan con trámites burocráticos. Por credenciales no quedaba. Naturalmente, todos los periodistas occidentales queríamos acercarnos a la frontera con Irak, a esperar la llegada de los primeros refugiados, o a alguna de las bases aéreas de las que despegaban a diario vuelos de la coalición internacional para bombardear Irak.

Los turcos comprendieron que o nos ayudaban en ambos objetivos o íbamos a empezar a escribir desde Ankara crónicas con mala leche sobre asuntos como la corrupción, la influencia militar en todos los ámbitos y el desajuste entre la retórica imperial turca y su papel en la guerra. Optaron, claro, por facilitarnos el desplazamiento y perder de vista nuestras jetas en la sala de prensa, cada vez más despoblada a la vista de su inutilidad.

Pudimos viajar a la frontera con Irak agrupados con otros colegas, entre ellos un equipo de la televisión danesa que por si fueran poco las cámaras y sus equipos técnicos llevaban máscaras antigás y unos vistosos monos de plástico blancos, creo que antirradiativos. Los europeos del norte son muy precavidos, pero lo cierto es que el viaje a Hakkari, a 70 kilómetros de Irak y

90 de Irán, solo tenía dos riesgos, más reales que el hipotético armamento químico de Sadam: el pésimo estado de la carretera, medio helada, y la conducción otomana.

El periódico envió a Pedro Madueño, gran fotógrafo y buen compañero de viaje, y nos quedó un buen reportaje sobre los refugiados —la mayoría desertores del ejército— desde lo que describí como «un nido de contrabandistas». Era cierto, y además creaba la atmósfera adecuada: un reportaje sin atmósfera es un fracaso. Otra crónica lucida fue la visita a la base aérea de Malatya, bajo el mando de la OTAN, donde alemanes e italianos, cada uno en su parcela, tenían sus cazas.

Lo más gracioso es que unos y otros respondían a todos los clichés. Llegó la hora del almuerzo y me las apañé para estar con los italianos. Un dato que incluí en mi crónica —los detalles reveladores nunca sobran— es que, mientras que los alemanes se limitaban a importar el 20 por ciento de los alimentos, el escuadrón *azzurro* importaba el 100 por ciento; recuerdo tomar un café expreso perfecto junto a modelos de aviones de guerra millonarios.

Realizado también el preceptivo viaje a Diyarbakir —un feudo kurdo—, decidí cambiar de aires e irme a tomar el pulso a Estambul. La frustración de estar tan lejos de Kuwait, donde se gestaba la acción terrestre, empezaba a hacer mella en mí, después de que la embajada de Arabia Saudí en Ankara me rechazase la tramitación de un visado. El reino saudí había puesto facilidades a la prensa, pero con la limitación de un periodista por medio informativo, y cada embajada tramitaba los de su país, de modo que en Ankara rebotaron mi petición a Madrid.

Al periódico le interesaba más una segunda firma en la frontera saudí con Kuwait que tenerme a mí dando vueltas por Turquía. En febrero de 1991, Estambul estaba sin apenas turistas. Recuerdo una noche divertida con el agregado cultural, Moratinos, hermano del futuro ministro de Exteriores, y el director de cine Juanma Bajo Ulloa, y una noche de farra con un madrileño que vivía en Salónica y se emborrachó con una gracia poco frecuente.

La invasión terrestre era inminente, y yo temía ser repatriado por el diario, porque estaba más que claro que Turquía aspiraba a una parte del botín pero sin intervenir directamente en la guerra. Además, Estados Unidos

aprovechó para «pedir» al presidente turco que hiciese concesiones a la población kurda, a fin de granjearse la simpatía o, en un momento dado, el apoyo de los kurdos iraquíes contra el régimen de Sadam Husein. Me sentía frustrado por la posibilidad de que me hicieran volar a España, por tentador que fuese regresar unos días a Barcelona antes de volver a Hong Kong.

En un arranque —por probar no perdía nada—, me planté en el consulado de Arabia Saudí en Estambul con la esperanza de poder viajar al país saudí si mi treta colaba. La prensa había anunciado la reanudación, con cuentagotas, de los vuelos comerciales entre Turquía y la ciudad costera saudí de Yeda, algo lejos del escenario bélico. Echaban de menos a la mano de obra extranjera...

—Vengo a recoger mi visado. El embajador saudí en Ankara, al que traté, me dijo que ustedes me lo darían sin problemas llegado el caso.

El funcionario me escuchó y supuso que no me podía echar con cajas destempladas. Trasladaría mi petición al cónsul. Hablando de atmósferas: he visto ambientes laborales algo más trepidantes. Vuelva mañana, claro.

Sin hacerme ilusiones, regresé al modesto consulado saudí. La ofensiva terrestre había empezado el 24 de febrero, y estábamos a 26. El vuelo a Yeda partía en unas pocas horas. Me atendió el mismo funcionario:

—Sí, el cónsul ya estaba enterado de su gestión en nuestra embajada y le envía sus respetos. Tiene concedido el visado.

¡Qué inmensa alegría! Siempre he supuesto que el cónsul debía de andar distraído con sus cosas, y no estaba lo que se dice al pie del cañón en su despacho en la oficina, por lo que quizás temió una bronca de su superior en Ankara. Paralelamente, la embajada saudí en Madrid había rechazado de plano las peticiones de todos los medios españoles —*La Vanguardia* incluida— para enviar a más periodistas a la zona.

Descendí en Yeda rodeado de trabajadores turcos. El desprecio con que les revisaban sus pasaportes era ofensivo. Que un occidental apareciera en aquella cola hizo cambiar de expresión al funcionario del control aduanero. Siempre me ha parecido que la discriminación social, tan repudiable, se da mucho más que la racial. Tanto daba: había pisado Arabia Saudí. Vuelo a Riad, coche de alquiler y rumbo a Dhahran, la ciudad saudí más próxima a

Kuwait, donde toda la prensa tenía el campamento base en las semanas previas a la ofensiva terrestre: 427 kilómetros cruzando Arabia Saudí por una carretera sin tráfico, con un paisaje desértico que no conseguía deshinchar mi euforia y las ganas por llegar lo antes posible a la «guerra de verdad».

Irak se rindió el 28 de febrero después de semanas de retórica —Sadam Husein hablaba de «la madre de todas las victorias»— y de una resistencia débil y cínica, porque sus mejores unidades de la célebre Guardia Republicana no entraron en combate. He aquí la desgracia del periodismo: todo se comprende mejor con el tiempo.

Es un ejemplo de ello la campaña de noticias falsas que se pusieron en circulación, que en su momento no supimos detectar. Que entonces aún no se hablara de *fake news* no significa que no existieran. Se colaron varios goles a los medios de comunicación de todo el mundo: un cormorán pringado de crudo e incapaz de volar que pretendía denunciar un desastre ecológico causado por Irak, cuando en realidad la imagen correspondía al vertido de petróleo del *Exxon Valdez*, ocurrido en Alaska en 1989; la presunta retirada por parte de los iraquíes de las modernas incubadoras para bebés de todos los hospitales de Kuwait, que según todos los médicos que habían permanecido en el emirato era un bulo infundado. Ambas cosas se hicieron pasar por noticia.

El Pentágono había tomado muy buena nota de las lecciones de Vietnam, donde la prensa tuvo libertad de movimientos y desenmascaró la información oficial. La gran coartada para que los americanos librarán su guerra fueron esas imágenes propias de los cotidianos videojuegos donde, desde las alturas, aparecían destrucciones donde era difícil intuir a seres humanos reales que morían. Todo puro espectáculo televisivo con el concurso de la tecnología más sofisticada.

De Dhahran a la ciudad de Kuwait había 435 kilómetros y una frontera fantasma. El trayecto resultó fascinante por los restos fantasmagóricos que aparecían por el camino: camiones de todo tipo, turismos, algún tanque y lo que mejor recuerdo: un yate varado en la arena. La dimensión wagneriana del paisaje eran los setecientos pozos de petróleo en llamas, que en algunos tramos del viaje nos sumergían en una nube negra tan espesa que no se podía

ver más allá de diez metros.

El grueso de los periodistas ya estaban instalados en el Hotel International de Kuwait, de la cadena Hilton. «Instalados» es un decir: no había ningún empleado, y la tropa había forzado las puertas de las habitaciones y tomado posesión, cada uno a su aire, de un aposento. No había ni electricidad ni agua, lo menos que se podía pedir para tener esa sensación de excepcionalidad. Yo me hice con lo que algunos considerarían una «junior suite» del piso doce, de los veinte que tenía el hotel, que se llenaba a medida que iban llegando más periodistas, que se veían obligados a ocupar los pisos superiores. No funcionaba el ascensor.

Con total despreocupación, me había presentado allí sin reservas de alimentos, y todo lo que pude comer en el anhelado primer día en «el teatro bélico» fue una lata de sardinas. La solidaridad del equipo de TV3 —que tenían víveres y un hornillo— me permitió comer algo los días siguientes. Mi «junior suite» terminó siendo el escenario de cenas improvisadas, todo a base de latas y algo de pasta, en un clima amistoso que uno recuerda con mucho cariño. A todo esto, mi vecina de habitación era una de las corresponsales de *Newsweek* en Asia, una colega muy atractiva que, por otra parte, nunca me pidió un poco de sal o azúcar.

Tampoco ayudaban el enorme cansancio y la falta de higiene, porque solo salía algo de agua un máximo de dos horas al día —y no todos los días—, de modo que había que llenar la gran bañera y emplearla para todo sin reponerla por temor al incierto suministro. Eso de que en las guerras se folla mucho es otro tópico de esos que nos gusta no desmentir...

Fue la excepción un colega francés de televisión, cuya identidad no revelaré, que se propuso acostarse con una casada en Dhahran. El director del hotel le habló de las repercusiones que semejante aventura podía tener y que no excluían algún severo castigo corporal para la adúltera, que era saudí. Pero él desafió todas las advertencias, era un donjuán de éxito, y al final sucedió lo que tenía que suceder. Aprovechó los contactos visuales en el bufet, que para la población era el único método para comer porque todos los restaurantes estaban cerrados.

Lo fantástico de aquellas semanas en la ciudad de Kuwait recién liberada

era la anarquía total. Uno no podía saber si comería caliente o no, si podría lavarse la cara, si repondría combustible —solo había algunas gasolineras abiertas, con colas muy largas— o tardaría horas en poder transmitir la crónica a Barcelona. Todo esto supuso que el dinero dejaba de ser importante. Lo que había era gratuito —gasolina, alimentos, alojamiento—, pero no estaba garantizado. Era una curiosa y plena sensación de libertad, en un paisaje lunático, plagado de signos de destrucción. Reconstruir lo ocurrido durante la ocupación iraquí era una lucha contrarreloj porque, tras la victoria aliada, el interés disminuía. Y lo más dramático: uno iba descubriendo que los iraquíes —los malos de la película, estigmatizados durante semanas, comparados con bestias— habían sido más humanos de lo que creíamos.

No vi ni un solo cadáver, pero jamás he vivido una atmósfera tan impregnada de muerte como en la autopista que iba de la capital kuwaití a la frontera con Irak. Era la estampa de la desbandada final del invasor, que trataba de ganar Irak y salvar el pellejo. Las últimas horas de todas las guerras son fascinantes. Gracias a un médico palestino del principal hospital, que había estudiado medicina en España, tuve un retrato fiel de esos momentos finales.

La fotografía era precisa: quedaron los desgraciados, muertos de miedo. «Recuerdo que sudaban, y era una noche fría; estaban muy alterados —dijo el médico— y cargaban con un botín de guerra modesto.» Ese convoy de varios centenares de vehículos fue atacado por la aviación de Estados Unidos de forma muy sencilla y letal: bombardearon con material abrasivo la vanguardia de la caravana, bloquearon la circulación y fueron dando vueltas para exterminar a todos los fugitivos.

Los vehículos diseminados por el desierto —que trataron de salir de la carretera para escapar al ataque— demostraban que no se salvó ni el apuntador. No fue la acción más hermosa en la historia de la aviación de Estados Unidos. Rebuscar entre los vehículos calcinados y ver el tipo de objetos que se llevaban —electrodomésticos, juguetes, muebles— confirmaba que fueron unos desgraciados, gente abandonada por Sadam Husein a su suerte, y abrasada a unos minutos de la frontera. Me impactaron unos guantes de boxeo... Nadie pudo captar imágenes de un solo cadáver.

Alguien se propuso borrar de nuestros televisores la imagen de cadáveres y lo consiguió.

Al cabo de unos días, el 15 de marzo (la crónica del diario tiene fecha del 16), traté de llegar a la ciudad iraquí de Um Kasar, la antesala de Basora, la segunda ciudad de Irak, porque circulaba la noticia de que allí la población chií se estaba tomando la revancha contra los «malvados» suníes del dictador Sadam Husein. Era una pequeña aventura porque se trataba de salir, si nos lo permitían, de la zona bajo control aliado y seguir carretera adelante esperando hallar algún puesto del derrotado ejército iraquí. Iba con dos compañeros más, uno de ellos Pablo Herrera, de *El Periódico*.

En el último control occidental, un soldado vino a decirnos: ustedes sabrán, *good luck!* El coche que llevábamos, por cierto, era como la casa de un traperero, con la parte posterior llena de diarios y documentos acumulados tras tantos días. Llegamos a un puesto iraquí con el miedo en el cuerpo. Por suerte, su reacción fue bastante tranquila.

Aquí empezó un episodio digno de las guerras de Gila. El cabo al mando chapurreaba el italiano y comprendió nuestro propósito de llegar a Um Kasar. Las órdenes que él tenía eran precisamente impedirlo por todos los medios. Pero como nosotros éramos los vencedores y ellos los vencidos me dijo que nos acompañaría hasta el siguiente puesto de mando para ver si allí nos daban luz verde. Exigió, eso sí, que los dos compañeros se bajasen del turismo y esperaran allí nuestro regreso; en cambio, pidió a un soldado, que no hablaba ni media palabra de inglés, que fuese en el asiento posterior. Nos fuimos los tres y, al llegar al puesto, bajó y me dijo que aguardara.

El soldado iraquí del asiento posterior empezó a entretenerse mirando el material impreso desparramado. De repente, con parsimonia y una sonrisa inquietante, me tendió una revista. Glups. Era un ejemplar de *Soldier*, una publicación estadounidense muy leída por los mercenarios de medio mundo. Hubiese preferido, y él también, algún número atrasado de *Playboy*. Se estaba creando una atmósfera entre hostil y desconfiada. El cabo «italiano» tardaba mucho. Al poco rato, alzó otro hallazgo: un póster con loas en árabe al emir de Kuwait —Jaber Al-Sabah—, de esos que te acabas llevando de recuerdo a casa.

Ya solo faltaba que apareciera entre los papeles una foto de Sadam Husein con cuernos de mofa... Finalmente, deslizó unas palabras que entendí conciliadoras, del estilo paciente en el dentista: usted y yo no vamos a hacernos daño, ¿verdad? Tras veinte minutos que fueron eternos, el cabo apareció, al fin, excusándose: no podíamos seguir adelante y regresamos al puesto donde estaban mis dos compañeros. La verdad es que no me importó mucho...

Tampoco la siguiente incursión en territorio iraquí fue placentera. En una aldea, creo que se llamaba Sawaf, asistí a la estrepitosa llegada, de improviso, de tres camiones con soldados de Estados Unidos que, a la velocidad del rayo, empezaron a lanzar barras y barras de pan y salieron pitando. Los iraquíes se abalanzaban sobre las hogazas, con empujones, desesperación y ese instinto de supervivencia que casa mal con el altruismo. Hice fotos.

Se me acercó un hombre de mediana edad que se había abstenido de abalanzarse. Otra mirada inquietante, la suya. Se me acercó para preguntar de dónde era. Que yo hiciera fotos le debió de parecer, con razón, otra humillación. «¡De España!» Lo dije con la alegría del que se proclama suizo en un mundo en llamas. Toda la culpa la iban a cargar los estadounidenses y no un españolito. Fue una coalición bélica de más de cuarenta Estados. El aldeano estaba muy bien informado: «¿De España? ¡Ah! Rota. Desde allí despegan los aviones que nos han bombardeado, ¿verdad?». De nuevo, ser un vencedor me salvaba de la ira del vencido. Una metáfora de la vida, de nuestras vidas pacíficas.

BYE-BYE, HONG KONG

Existen años que son determinantes en la vida de las personas. El de 1993 lo fue para mí, en todos los sentidos. Mi esposa, María José, estaba embarazada, y el precio de la vivienda en Hong Kong, con alzas anuales del 20 por ciento, aconsejaba volver a Barcelona. Eso, si no quería dar la lata al periódico pidiendo un aumento de sueldo, y lo tenía mal, porque en Barcelona creían que Hong Kong era una ciudad bastante barata, cosa del todo falsa salvo para según qué turistas. Por otro lado, después de seis años en Asia, me apetecía obtener tal vez otra corresponsalía. El tándem Tapia-Foix entendió la situación, y quedamos en que iba a cambiar de aires después del verano. Eran palabras mayores: Londres. El puesto de corresponsal iba a quedar vacante porque lo dejaba Roger Giménez, un periodista de raza que había sido responsable de la Agencia EFE en Cataluña.

El nacimiento de nuestro hijo estaba previsto para finales de junio. Avisé en Pelayo 28 de que teníamos dos opciones: regresar a Barcelona con unas semanas de antelación —por el riesgo de viajar en avión muy cerca de la fecha del parto—, o bien tener al niño en Hong Kong, eso siempre y cuando se pudiera arreglar el papeleo con la mutua de la empresa. Nos decidimos por lo segundo, que garantizaba la cobertura informativa. En esos tiempos no dejar sin cubrir una corresponsalía se consideraba un deber sagrado. «*Those were the good days!*»

El alumbramiento fue mi última odisea asiática. Vivíamos en Lantau, la isla donde años más tarde se construiría el aeropuerto. Estábamos a media hora en ferri de Hong Kong, la sede del distrito financiero y la Administración, así como de los hospitales, pero la conexión funcionaba las veinticuatro horas del día, de modo que no había que sufrir. Salvo por el hecho de que la fecha en que mi mujer salía de cuentas coincidía con la época de los tifones. El sábado 26 de junio a las tres y media de la tarde el parte meteorológico preveía un tifón de intensidad 1 (de una escala de 1 a 10). No pasa nada, me dije. A veces se desvían. Pero sí pasó. Como en parte por trabajo trasnochaba mucho, a las tres de la madrugada me enteré con intranquilidad de que la alerta ahora era de grado 3. Solo las rachas de viento y la lluvia ya daban pavor.

Por la mañana, los más veteranos de la colonia española nos alarmaron: alerta 8. Ni que decir tiene que el transporte marítimo quedaba interrumpido de forma indefinida en toda la bahía. Quedarse en Lantau, sin ningún hospital, implicaba el riesgo de dar a luz en casa... El servicio de emergencias nos garantizó que uno de los grandes helicópteros de la RAF aterrizaría en la urbanización de Discovery Bay, según la ruta prevista en estos casos para evacuar las islas «menores» de la colonia. Nos fuimos enseguida para el helipuerto, temerosos de que el viento impidiese las maniobras de aterrizaje o despegue.

Por suerte, la operación militar resultó rutinaria. Llegamos sanos y salvos a la isla de Hong Kong, donde fuimos en taxi al Hospital Adventista. ¡Aquello era una colonia digna de admiración! Qué quieren que les diga... Joaquín, un regalo divino, nació al día siguiente, 28 de junio de 1993, asistido por un ginecólogo portugués, el doctor Da Souza, cuyo aspecto obedecía al arquetipo colonial: era un sexagenario impassible, de esa vieja escuela médica que abunda cada vez menos, partidaria del sentido común y el trato humano. Recuerdo, por ejemplo, que no le prohibió fumar a mi esposa, convencido de que la ansiedad era peor que unas pocas caladas.

Pagué la factura del hospital tranquilo porque tenía la garantía de que la mutua de *La Vanguardia* me la reembolsaría. Pero la burocracia se complicó y el pago quedó en suspenso. La empresa tuvo entonces el gesto de abonarme

la factura prescindiendo de la mutua, por respetar la palabra dada. Soy agradecido, y el día en que termine mi relación laboral con el periódico todavía recordaré este gesto, y otros. Creo haber correspondido.

Daba pena dejar Hong Kong y Extremo Oriente, con su vitalidad desbordada, camino ya todo el continente asiático de una democratización que ponía en entredicho la creencia de que el confucianismo y la democracia eran malos compañeros de viaje. Por supuesto, dicha creencia sí vale para China, que aún sigue bajo el trauma de Tiananmén. Puede que la estabilidad social y el desarrollo económico exijan un liderazgo político indiscutible. Y, sin embargo, estoy seguro de que los centenares de muertos de la plaza pekinesa algún día no muy lejano serán rehabilitados y su sacrificio, traducido en alguna estatua coral, erigida posiblemente en el mismísimo lugar de los hechos.

En el avión de vuelta a Barcelona me dio por pensar en una de las últimas delicias que me había brindado Hong Kong: la invitación a un almuerzo privado de sir David Wilson, el decimoséptimo gobernador de la colonia. Me convocó a su residencia oficial, un edificio que había quedado empujado por los rascacielos circundantes. La atmósfera del palacio del gobernador era la imaginable, aunque sin estridencias. Sir David Wilson ha sido el último de los aristócratas y diplomáticos que había gobernado, junto con los militares, aquella auténtica joya de la corona, curiosamente despreciada por Londres, que no veía bien la apuesta por Hong Kong como base comercial y militar de futuro que se hizo con China tras las guerras del opio. Sir David Wilson, hoy miembro de la Cámara de los Lores, era un sinólogo y diplomático escocés poco dado a controversias. Un anfitrión muy agradable y de modales algo anacrónicos en aquel territorio dominado por las finanzas y el capitalismo ultraliberal. Esa noche, los comensales éramos, aparte del matrimonio Wilson, Josep Bosch —el delegado de EFE— y un servidor. En una mesa redonda más pequeña de lo imaginable, de una familiaridad poco habitual en este tipo de invitaciones, nos sirvieron un menú austero. Ya se intuía el final de la presencia imperial británica en Asia y el deseo de llegar a 1997, la fecha fijada para devolver Hong Kong a China, con dignidad y pragmatismo. Algo hicieron bien los colonizadores cuando aún

hoy las calles y los edificios de Hong Kong conservan los nombres británicos, monarcas incluidos. Pero el día en que me marché de allí todavía no podía saberlo.

8

EN LA COMITIVA DEL *AIR FORCE* *ONE*

En el verano de 1993, en plenas vacaciones en Barcelona, recibí una llamada telefónica de Lluís Foix. Fue corta y expeditiva: en lugar de la corresponsalía de Londres, la de Washington DC. Yo no tenía nada que consultar con nadie porque se trataba de un privilegio. No sentí vértigo, aunque debería haberlo sentido, porque no sabía lo que me esperaba en Estados Unidos: mucho trabajo abnegado y, en mi caso, la primera de las tres D del periodista, la de divorciado (sigo sin alcanzar las D de dipsómano y depresivo).

Como era habitual entonces —hoy ya no lo es tanto—, el periódico anunció en domingo, y con cierta solemnidad, los cambios en las corresponsalías, en el faldón de una página encabezada por las novedades en la cúpula de la redacción. Fue el 14 de noviembre de 1993. No les vendo la moto, pero en esa época *La Vanguardia* reunía una alineación de grandes profesionales, sin excepción, cada uno con sus peculiaridades.

Estaban Josep Carles Rius, el subdirector, que hacía lucir a sus reporteros en la fantástica «Revista», un reportaje de tres páginas que abría el suplemento salmón, hoy desaparecido; Carles Esteban, de la vieja escuela, que titulaba con brillantez y decidía con resolución; Juan José Caballero, *Juanjo*, de la cantera del *Tele/eXprés*, un vespertino cañero del que salieron maestros, y que hacía gala de un altruismo poco frecuente, porque editaba

con orgullo y acierto pese a lo anónimo de la tarea; Enric Juliana, al frente de Sociedad, excorresponsal en Roma, donde disfrutó e hizo disfrutar al lector, hoy con mando en la Villa y Corte. Y por supuesto también estaban Patrici Tixis, de Economía, sensato y buen conocedor del *milieu* empresarial catalán, que actualmente preside el Gremio de Editores de Cataluña y es capo en Planeta, y Màrius Carol, especialista en la Casa Real, algo a la medida de su vocación cosmopolita. Su gracia para vestir frac con naturalidad y su acertado criterio para explicar la monarquía sin papanatismos no eran aptitudes tan frecuentes en los años noventa.

En ese año, los cambios en las corresponsalías fueron notables. En cierto modo se podía hablar de recambio generacional, porque hubo dos jubilaciones, de dos de los grandes: Valentín Popescu, que dejaba Bonn, y Pedro S. Queirolo, destacado en París. En contrapartida, debutaba Rafael Jorba, un señor de Igualada que supo elevar el alma francófila del periódico, que ya entonces estaba muy encumbrada gracias al director, Joan Tapia, y al añorado Jaime Arias, el último caballero del periodismo catalán, que tras su muerte, ocurrida en 2013, dejó un trono intelectual y humano aún vacante. Sustituía a Popescu Eusebio Val, un ejemplo del periodismo riguroso, diáfano y sin tonterías, cuyas cualidades le han llevado lejos, porque de Alemania pasó a Washington y Roma antes de ocupar su actual destino en París.

En teoría, Washington DC ha sido la capital del mundo, aunque se trata de una ciudad de apariencia tranquila, sin atascos, de casas bajas y unos centros de poder que disimulan lo que esconden. Ni la Casa Blanca ni los edificios del FBI, la CIA o el Departamento de Estado —puede que el Capitolio sí— poseen la majestuosidad que tal vez cabría esperar de su capacidad legendaria para dirigir el mundo. Terminada la guerra fría con la disolución de la Unión Soviética y con una China aún emergente, el Gobierno del planeta residía en esta agradable capital, donde enseguida descubrí que las cosas tampoco son lo que parecen.

Recién llegado a mi nuevo destino, tan pronto como el lunes 6 de diciembre de 1993, el presidente español, Felipe González, visitó Washington DC. Habían pasado solo diez meses de la toma de posesión de su anfitrión, el

presidente Bill Clinton. Aunque el viaje lo iba a cubrir Alberto Míguez, corresponsal diplomático, todo un personaje, culto y enigmático —se le relacionaba con la CIA—, a mí la visita me iba a permitir pisar, por primera vez, la Casa Blanca y el célebre despacho oval, el lugar de la *photocall* con los saludos de rigor entre los dos dirigentes. A la hora convenida me presenté en la entrada para los medios en el 1600 de la avenida de Pennsylvania, ya que estaba inscrito en la delegación española como periodista. Pero surgió algún problema y, tras esperar un cuarto de hora, fui dirigido a otro acceso. Se repitió la espera. Debo reconocer que la misma situación en Manila, Bangkok o Tokio me habría molestado lo suficiente como para impacientarme. En Washington, babeaba. Lamentable pero cierto.

—*Follow me, mister Luna. The first lady will come soon...*

Había entendido la frase, pero sin terminar de procesarla. ¿Qué pintaba la primera dama? Hillary Clinton, por cierto, estaba bajo un fuego washingtoniano del que nunca se recuperaría. Creía en sí misma, lo cual es muy bueno en esta vida, pero también se había tomado las cosas como si el subtexto de la campaña electoral de su marido rezara: «Vote uno y llévese dos». Actuaba como un segundo presidente, lo que permitía presuponer que se creía tanto o más preparada que el presidente electo. Washington DC no es Little Rock, Arkansas, cuyo gobierno estatal presidía Bill Clinton antes de ganar contra pronóstico la elección presidencial. Y la capital federal —un hervidero de intereses legítimos y no tan legítimos— se disponía a castigar a la *parvenue*, cosa que haría con tanta intensidad y artillería que su imagen quedaría afectada para los restos. Uno de los pronósticos que he acertado en mi carrera fue que Hillary nunca ganaría la presidencia debido al sólido rechazo que despertaba su personalidad. Y fue durante los dos primeros años de la presidencia Clinton que se ganó a pulso su imagen de personaje frío y calculador.

Cuando por fin entré, con otras personas, en el complejo de la Casa Blanca, empecé a entender el error. Fue un tipo de fallo de seguridad que hoy consideraríamos inimaginable y que ayuda a explicar el 11-S; por eso tengo mis dudas sobre las teorías de la conspiración. Ya entrábamos en la sala donde estaba previsto el encuentro con Hillary Clinton cuando el funcionario

confirmó mis sospechas:

—Pronto llegará la primera dama para mostrarles la decoración navideña y el abeto...

—Disculpe, yo vengo a cubrir la visita del presidente de España.

El funcionario puso cara de «se va a enterar», no yo, sino algún subordinado que le había hecho quedar mal. Supuse que me dejaron entrar dando por hecho que alguien no me había acreditado debidamente, y que ese alguien prefirió colarme a que se descubriera la omisión. Acabé con los míos y pude sentir la emoción de pisar el despacho oval, aunque la posterior conferencia de prensa tuvo lugar en la Blair House, un edificio que aloja a los jefes de Estado «amigos», situado al otro lado de la calle.

La Vanguardia tenía un modesto despacho en el National Press Building, una institución de la capital que estaba perdiendo su razón de ser. Cuando ya existían internet y los ordenadores personales, la oficina, de apenas dos metros cuadrados y sin ni una triste ventana, era un dispendio prescindible y ya muy poco empleado por mi predecesor, Rafael Ramos, por entonces destinado a Londres, donde aún reina y describe como pocos la sociedad británica. No tuve empacho en recomendar su cierre, y la idea fue bien recibida. La diferencia horaria me impedía a menudo cubrir en directo las conferencias de prensa en la Casa Blanca, a pesar de estar tan cerca. Terminaba por seguirlas por televisión para poder ser puntual en el envío de las crónicas, que eran varias todos los días. Hay que tener en cuenta que entonces el periódico no tenía corresponsal en Nueva York, lo que me habría ahorrado trabajo.

Lo que peor me supo de abandonar la ciudad fue dejar de ir al Old Ebbitt Grill, un salón con solera, abierto nada menos que desde 1856. Maderas de caoba, artilugios históricos, cabezas de animales disecadas y una cocina clásica, cuya *New England clam chowder* —una crema de patatas, almejas y tiras de beicon— me chiflaba. Entre esas paredes se rodó en ese mismo año, 1993, una escena de *En la línea de fuego*, un duelo interpretativo entre Clint Eastwood —el bueno— y John Malkovich —el malvado—. Almorzar en la barra preferida del presidente Teddy Roosevelt, el sepulturero de los restos del imperio español, tenía su punto. Quedaba uno muy bien con las amigas de

visita en Washington reservando una mesa en el Old Ebbitt. Y no te dejabas el sueldo.

A diferencia de lo que ocurría en Asia, la corresponsalía de Washington no daba ni un solo día de tregua, en el menú había siempre un par de crónicas diarias, de lunes a domingo. Eso dejaba poco margen para la elaboración de reportajes, el género que más disfruto. Las corresponsalías resultan caras para un diario, y es lógico que sea el mismo corresponsal quien escriba todo lo que se publica de aquel país. Y Estados Unidos daba para mucho, desde Deportes a Economía.

Recuerdo con cierto horror la obligación de escribir sobre la Reserva Federal y los tipos de interés —aquello se parecía a hacer el amor con desgana—, pero Hollywood y las noticias de sociedad lo compensaban. En este apartado me tocó cubrir «una tragedia americana», la detención y juicio de una estrella del deporte, O. J. Simpson, absuelto del asesinato de su esposa en contra de las convicciones íntimas de casi todos los que seguimos su mediático juicio. Buen país para abogados.

De todas las experiencias americanas, ninguna tan singular como viajar en la comitiva presidencial en dos de las giras internacionales de Bill Clinton. Solo *El País* viajaba habitualmente en la comitiva, hecho que exigía, sobre todo, un pastón. «*Il prezzo?*», como le suelta Tosca al barón Scarpia, cuyas intenciones lujuriosas ya intuye el espectador. Pues aquí, parecido: un pastón.

Como en todos los viajes importantes, tenía que estimar el coste a fin de recabar la aprobación de mi periódico. De que viajar en la comitiva presidencial era interesante, fructífero y prestigioso para *La Vanguardia* no cabía duda, pero lo complicado era avanzar un presupuesto preciso. ¿Por qué? El contribuyente de Estados Unidos es un tipo bastante exigente, que no ve por qué razón tiene que subvencionar ni con un centavo a los periodistas. Porque una cosa es tener que cumplir con el deber de informar y otra el privilegio de viajar como reyes por el mundo detrás del presidente de Estados Unidos.

Acostumbrado a la barra libre que se estilaba en los viajes de Jordi Pujol —en los ochenta había cubierto varios por Europa—, así como en los del presidente español, el rigor estadounidense me hizo ver la bondad de los

principios de la sociedad de ese país. Viva el liberalismo, tan desprestigiado en España: el Estado solo te da aquello que te ha quitado antes.

La Casa Blanca asumía el coste de los vuelos, pero se desentendía del pago de los costes variables de los hoteles. Reservaba uno, de lujo *of course*, a precios favorables, donde solía instalar una sala de prensa, lo que te obligaba a pernoctar allí porque todo iba cronometrado al minuto. Sucedió algo parecido con los costes variables como el de las salas de prensa que tenían teléfonos para llamar «gratis». Muy entre comillas, porque había que esperar la factura final, que se dividía entre los acreditados, de modo que semanas después de hecho el viaje recibías facturas pendientes, algunas por importes ridículos, a causa de la exigencia legal de que ni un solo dólar del contribuyente sufragase las llamadas —que todos hacíamos— a una novia en Milwaukee.

Recuerdo que trasladé a la dirección, con esperanza pero sin convicción, la conveniencia de cubrir la gira europea de Clinton en diciembre del 95, que tenía el gancho de que incluía, a modo de parada final, una estancia en España, aunque solo fuese de dieciocho horas. El redactor jefe, Pau Baquero, se había tomado unos días libres, y fue Xavier Mas de Xaxàs quien, con habilidad y gran compañerismo, se encargó de conseguir la autorización del director. ¡Para mi sorpresa y alegría!

Yo no viajé a bordo del *Air Force One*, un privilegio reservado a un *pool* de menos de diez medios de comunicación, casi todos estadounidenses, sino en un avión destinado en exclusiva para el resto de la prensa, que salía casi siempre minutos antes o minutos después del avión presidencial, una fortaleza volante que tiene el inconveniente de estar pintada de blanquiazul (¡un cariñoso saludo a los socios y simpatizantes del RCD Espanyol de Barcelona!).

Salimos un martes rumbo a Londres y regresamos el domingo desde Madrid, tras haber volado a Dublín, Belfast, a la base militar estadounidense de Baumholder (Alemania) y a la capital de España. En todos los vuelos me asignaron los asientos centrales, lo que permitía echarse sin problema; por otro lado, aún hacían la vista gorda sobre fumar a bordo, y uno llegaba a todos los destinos sin pasar ni una sola aduana ni control de pasaportes. Es

una sensación de poderío que nunca olvidaré... Un funcionario nos pedía los pasaportes y se encargaba de todo. Aquello era jugar en primera división mundial.

El primer viaje fue cómodo, me permitió apreciar, sobre todo en Belfast, la gran simpatía que sentía Europa por Bill Clinton, lo que no ocurría entre el veleidoso electorado estadounidense, que en noviembre del 94 otorgaría a los republicanos el control de las dos cámaras del Capitolio, algo que no sucedía desde 1954.

En cambio, mi segunda y última gira fue más dura, con episodios surrealistas. Se trataba de una vuelta al mundo en siete días: Corea del Sur, Japón, Rusia (San Petersburgo y Moscú), de domingo a domingo. Me suponía volver «a casa», con el aliciente de que la parada coreana era en la isla de Cheju, que para los surcoreanos del siglo XX era lo que Mallorca había sido para los españoles de los años sesenta: el destino más asequible para sus lunas de miel. Habiendo estado en Corea del Norte, me faltaba Cheju para visualizar completa la geografía de la península más sui géneris del mundo, así como para apreciar el admirable progreso, tanto económico como democrático, de Corea del Sur, que ya poco debía de parecerse al país que yo había conocido en 1987.

La estancia en Moscú —reunión del G-7 con Rusia y posterior cumbre entre Bill Clinton y Borís Yeltsin— también era nostálgica, porque el hotel elegido por el presidente y su comitiva fue el Radisson, junto a la estación de Kíyevsky, donde en 1992 me había alojado unas semanas, durante el período de refuerzo de la corresponsalía de Moscú. Tiene algo la capital rusa de melancólica y opaca que la hace única, sobre todo con el frío. De nuevo, viajes sin controles de equipaje ni aduaneros. Así, cualquiera da vueltas al mundo en menos de siete días.

Comuniqué con antelación a *La Vanguardia* que el domingo no regresaría a Washington desde Moscú, sino que me desviaría a Barcelona para ver a mi hijo, que tras el divorcio vivía con María José en nuestra ciudad. Suponía incluso abaratar costes. El sábado, nervioso por las crónicas, me dirigí a la oficina bancaria abierta en el hotel para la comitiva estadounidense, que copaba el establecimiento. Quería sacar unos rublos con mi tarjeta de crédito

del Signet Bank de Estados Unidos. Como la gestión parecía lenta, dije que volvería en un rato a una empleada con un inglés impecable. Tenía uno de esos rostros dulces y pálidos de muchas jóvenes rusas.

Cuando regresé a la oficina, el rostro petrificado de la empleada me anunció la tragedia antes de que abriera la boca. La operación había sido denegada. Me extrañó. Soy de esa generación que se siente muy ofendida por estas cosas, tan arraigado tenemos el lema consolador «pobres pero honrados». Después de protestar por ese atropello, porque tenía saldo suficiente, vino lo bueno.

—No le puedo devolver la tarjeta, la he destruido.

Podría haberle hablado del gol de Marcelino a Yashin, a la URSS, en la final de la Eurocopa del Santiago Bernabéu de 1964. O de los ridículos zapatazos que Jrushchov lucía en la ONU. O incluso recordarle lo mal que se comía en Moscú. No lo hice, pero creo que tampoco fui muy discreto al protestar por lo mío. Tuvo que intervenir uno de los traductores oficiales, que me confirmó que la empleada —que no sabía dónde esconderse— había recibido órdenes del Signet Bank de destruir físicamente la tarjeta. Cuando pude hablar el lunes con el banco, una empleada estadounidense se quedó tan ancha al darme la explicación:

—Como usted nunca viaja a Rusia y tenemos muchos fraudes, la entidad ha optado por anular su tarjeta para prevenir un posible delito.

Manda huevos. Lo que peor me supo fue haber incomodado, sin que lo mereciera, a la joven rusa desde un cierto complejo de superioridad occidental muy de aquellos años. Puede que el reverso de la medalla, un posible sentimiento de inferioridad de los rusos, explique la fuerza y la popularidad de Vladímir Putin, el polo opuesto de Borís Yeltsin, que con alguna copa de más protagonizó en Washington la conferencia de prensa más divertida de la historia de las relaciones entre Estados Unidos y Rusia.

Mi estancia rusa tuvo otro sobresalto. A primera hora de la tarde del domingo, en Moscú, recién salida la comitiva presidencial de regreso a Washington, yo me preparaba para un baño. Ya había escrito las crónicas, cosa que provoca una sensación de felicidad, temporal pero intensa. Estaba en pelotas, a punto de sumergirme en la bañera, cuando sonaron tres golpes

secos en la puerta de la habitación. Supuse que traían chocolatinas o que era el servicio de habitaciones, de modo que a gritos les dije que se fueran. Los golpes en la puerta se repitieron con tal contundencia que abrí con cara de mala uva y una toalla como única prenda. Tres agentes secretos estadounidenses, fieles al cliché, altos como armarios y vestidos de negro, me conminaron a salir sin explicaciones, y mientras yo esperaba en el pasillo, tan indecorosamente, dos de ellos practicaron un registro minucioso de mi habitación.

Curioso hotel, el Radisson. Volví a tener noticias suyas en noviembre de ese mismo año. Su director, un estadounidense apellidado Tatum, de treinta y nueve años, fue asesinado a tiros frente a la alledaña estación de metro, el día 4. Bonita forma de resolver una disputa sobre la propiedad. Cosas que uno recuerda de aquellos viajes.

EL NEGOCIO DEL ESPECTÁCULO

Estados Unidos es el paraíso terrenal para los periodistas, porque las personas con quienes te interesa hablar creen que el acceso a la información es un derecho, lo cual no significa que te vayan a contestar; incluso puede que te manden a la mierda, pero al menos se dignan a dar una respuesta, aunque sea negativa. No pierden el tiempo ni te lo hacen perder.

La primera lección al respecto fue gentileza de la Academia de Ciencias Cinematográficas de Hollywood. Cuando *Belle Époque*, de Fernando Trueba, fue nominada a mejor película de lengua no inglesa, en la sexagésimo sexta edición de los Óscar (1994), envié una carta para solicitar la acreditación en la ceremonia, convencido de que todo serían facilidades. He extraviado la respuesta escrita, pero su tono era inequívoco: hay miles de medios que desean acreditarse y poco espacio, de modo que usted y su medio —que no cubre sistemáticamente los Óscar *in situ*— deberán seguir la gala por televisión, y procure no dar la lata, porque las normas son muy claras. Es decir, ni siquiera me dejaban estar en un rincón de la sala de prensa, de aforo también limitado.

Aun así, en marzo del 94 viajé a Los Ángeles, en la primera de unas cuantas coberturas para la sección de Espectáculos, que entonces dirigía Esteban Linés o «los viejos rockeros nunca mueren», porque Esteban es nuestro crítico musical de cabecera, nuestro David Bowie particular. El

equipo de *Belle Époque*, con Fernando Trueba y su esposa Cristina al mando, estaba instalado en el Hotel Bel Age de Beverly Hills, sin lujos pero con la coquetería que a veces da lo añejo. Estaban todos los actores menos Fernando Fernán Gómez, una ausencia que hoy lamento más que entonces, porque ha sido con los años que he comprendido a este y otros personajes con tanta personalidad.

Decir ahora que transmitían «espíritu ganador» sería una chorrada, porque ni ellos ni los periodistas allí desplazados —apenas seis o siete— teníamos más optimismo que el habitual en un español, tan desconfiado. Lo que sí tenían era juventud e ilusión, muy propias del espíritu de la transición democrática, que es lo mejor que han hecho los españoles en siglos.

Jorge Sanz, Gabino Diego, Maribel Verdú, Penélope Cruz, Miriam Díaz Aroca, Ariadna Gil, la más veterana Mary Carmen Ramírez... La historia del cine está plagada de odios africanos en los rodajes, pero ellos parecían, de verdad, gente muy bien avenida. Dos días antes de la ceremonia, en una comida informal de bufet, tuvo lugar una réplica sísmica importante, de 5,3 grados en la escala de Richter, que nos pilló haciendo cola con el plato en la mano a Maribel Verdú y a mí. Como en todos los terremotos, solo te da tiempo para pensar: «¿Y si aquí acaba todo?». Pero ni ese incidente fue capaz de estropear la comida, culminada, todo muy hispano, con la interpretación de *La bien pagá* de un familiar de Trueba —espero que la memoria no me falle—, una canción que dice mucho sobre quiénes somos y adónde vamos.

La fiesta posterior a la ceremonia fue, de nuevo, en el hotel, muy en familia, muy de verdad. Me sale el observador pasivo en situaciones así, y creo que fui el único —timidez obliga— que no pidió hacerse una foto con la estatuilla, en un clima de confraternización «positiva», al que se sumó Victoria Abril, que andaba por Los Ángeles y dijo aquello tan femenino de que había venido sin maquillaje, de puro contento. Estaba radiante, pero yo juraría que maquillada sí iba. En fin, que el compadreo perjudica más que ayuda a los periodistas. Al final del jolgorio, recuerdo en una silla, sola y en silencio, a Ariadna Gil, una estampa melancólica de la que solo guardo la foto en mi memoria. Fernando Trueba mantuvo el porte manoleta —de Manuel Rodríguez *Manolete*— tras haber pronunciado en la gala una de las

frases más redondas de todos los discursos de agradecimiento escuchados en las ceremonias de los Óscar: «Me gustaría creer en Dios para darle las gracias, pero solo creo en Billy Wilder. Por lo tanto, gracias, mister Wilder». Sin ofender a los devotos de la religión, la mitomanía de Trueba elevaba su pasión por el cine a una esfera sagrada.

Un año más tarde, en marzo de 1995, me llegó una invitación muy atractiva: asistir durante tres días al rodaje de *Two much* en Coral Gables, el barrio de postín de Miami. El nuevo proyecto de Trueba y del productor Andrés Vicente Gómez era ambicioso, 12 millones de dólares de presupuesto, se rodaba en inglés y con un reparto de caché elevado: Antonio Banderas, Melanie Griffith y Daryl Hannah, con secundarios como Danny Aiello, Eli Wallach o Austin Pendleton. Este último había encarnado en *Primera plana*, de Billy Wilder, al preso que va a ser ejecutado: guiño mitómano marca de la casa.

¡Qué cruz, dirigir una película! Esa fue la conclusión a la que llegué al cabo de los tres días de rodaje. Tienes a un ser humano al que todo el mundo le consulta, le pide, le cuenta cosas, a veces mientras al mismo tiempo está tratando de convertir en cine aquello que solo existe en su cabeza (en este caso, la suya y también la de David Trueba, coautor del guión, ídolo de muchas de mis novias y amantes). No imaginaba que las tomas se repitieran tantas veces, la minuciosidad de cada detalle, y ese caos permanente que, oh milagro, termina entreteniendo a los espectadores durante noventa minutos. Tampoco voy a engañar al lector: asistir a un rodaje es perder la inocencia que te lleva a amar el cine.

El segundo día de rodaje, un viernes, tuvo que anularse debido a una indisposición de Melanie Griffith. El runrún del equipo confirmaba —quizás yo quería verlo así para confirmar no ya los prejuicios sino las leyendas que adornan a las grandes actrices— que se comportaba como una diva. Ese día, Antonio Banderas me concedió una entrevista para el *Magazine*, el suplemento dominical, en su *roulotte*, donde aprovechaba la hora del almuerzo, que tenía lugar en una gran carpa al aire libre, totalmente interclasista, para tomar clases de inglés. Me resultaban admirables su tenacidad y su ambición, sin las cuales un actor español nunca hubiese salido

de Málaga o, a lo sumo, solo habría llegado a Madrid. Desde *Los reyes del mambo*, un film de 1992, Banderas había subido muchos peldaños en Estados Unidos. Era otro símbolo de la España de la Transición que terminaba con el complejo del aislamiento y de inferioridad.

La entrevista fue cordial, muy natural. De las fotos se hizo cargo Salvador Sansuán, que para hacerlas viajó aposta desde Barcelona. Son muy buenas. Pero yo no soy Lluís Amigué, ni Víctor Amela o Ima Sanchís, los autores de «La contra», una de las secciones más exitosas de *La Vanguardia*, cuya invención, en enero de 1998, fue debida a Margarita Rivière y Joan Tapia. Yo soy un pésimo entrevistador. Cuando la charla con Banderas llegaba a su fin, formulé la tópica pregunta sobre lo mucho que su esposa (Ana Leza) le había ayudado en su «aventura americana». El actor me pareció sincero en su agradecimiento hacia ella. Hubo un clic, que todo divorciado conoce por experiencia: quizás no he hecho las cosas como debería y ahora sufro una persona a la que quiero. Pero el amor no es eterno...

Cuando le pregunté por el cacareado divismo de la Griffith, salió al quite: «Es que ha estado malita». La relación entre los dos actores ya había empezado. Y no me extraña: en el rodaje del día siguiente, la aparición en aquella mansión, bajo un sol de plomo (30 grados), de Melanie Griffith vestida de blanco camino del altar (en la ficción) fue deslumbrante. Una verdadera estrella de cine. ¡Qué luz! Supuse que las divas siempre son criticadas en los rodajes, hagan lo que hagan. Con el tiempo me he vuelto un gran defensor de las divas. Daryl Hannah, con quien sí se podía charlar tranquilamente, era otra cosa: terrenal.

Pocas semanas más tarde trascendía la relación de Banderas con Griffith. En un gesto impecable, el actor accedió a recibir a los periodistas en un descanso del rodaje de *Asesinos*. La acción transcurre en Seattle, una gran ciudad americana, la más bostoniana después de Boston; lástima del frío. Fue otro rodaje que te echaba por los suelos la magia del cine: los actores trepaban por un decorado, supuestamente en San Juan de Puerto Rico. Stallone era el otro protagonista de la secuencia, y mientras, Julianne Moore deambulaba por el plató —otra belleza con la luz encendida.

Por primera vez, y con una profesionalidad no exenta de humanidad,

Banderas habló con claridad de su nueva relación. «Lo mío con Melanie no es un romance», titulamos al día siguiente la noticia, en forma de entrevista. El tiempo confirmó la frase. Personajes así te seducen. Y entiendes por qué los medios de comunicación los han tratado con tanto respeto: se lo han ganado. Banderas me pareció un actor consciente del precio de la fama, que toreaba con clase y profesionalidad.

Aunque, para entrevistado para la sección de Espectáculos en la etapa estadounidense, Lou Reed. Un ídolo venerado de mi adolescencia, a pesar del fiasco de su actuación en el Palacio de los Deportes de Barcelona el 19 de marzo de 1975, el primer gran concierto de mi vida, con diecisiete años. Yo quería ser un poco rockero y no quedarme con el fútbol, de modo que, subyugado por el *Walk on the wild side*, fui con mi primo Miquel, siempre muy puesto en la vanguardia musical. Reed había actuado la noche anterior en su debut en Barcelona, y tardó una hora larga en salir. El pabellón estaba medio vacío, y juraría que no cantó más de cuarenta y cinco minutos, todo lo cual, a precio de oro, me llevó a pensar que el entusiasmo por los conciertos de los años setenta exigía cierto masoquismo.

Habían pasado veintiún años, y la cita era en su oficina en el Soho de Nueva York. La excusa, un nuevo álbum, *Set the twilight reeling*, el veintitantos de su carrera. Un mano a mano. Glups. En otra ocasión, a Esteban Linés le había plantado el cantante a la tercera pregunta porque no le gustaba el cariz de la entrevista o vaya usted a saber por qué. Los recortes que leí de entrevistas estadounidenses apuntaban en la misma línea: un ogro. A veces es mejor, y hablo en serio, afrontar una entrevista sin información previa. Me empapé del disco por temor a que el gran Reed me soltara algún improperio por mi incompetencia musical. Supongo que con lucidez y mucha mala leche. No debía de ser el único aterrado, porque nada más abrirme la puerta, una de sus secretarias dijo, casi eufórica:

—Estupendo que sea puntual, hoy está de buen humor...

Lo del buen humor era un decir, pero por una vez me mantuve firme cuando él respondía a mis preguntas con más preguntas que las cuestionaban. El tono fue incluso civilizado, aunque te hacía sentir siempre al filo del abismo. Osé plantearle si se consideraba arrogante. Y di un triple salto mortal

al inquirir sobre el tiempo que había perdido en su vida «escuchando a tontos del culo», como decía en una de las canciones del nuevo álbum.

Me dije: va a decir «sí, como usted». Pero no, y al final fue incluso tierno al recordar a su buen amigo barcelonés, el editor Mario Muchnik, y sus cenas en el restaurante Tramonti. Salí aliviado. No era adorable pero sí adorado. En 1997, en un abarrotado Odéon de París, aguanté sin rechistar como todos un infumable espectáculo de poesía. Creo que fue un hombre que había sufrido, y sentí su muerte de una forma especial. Como también lamenté, pero eso era más fácil, la de Paul Newman, *soooo charming*, al que había entrevistado en un hotel de Nueva York con motivo del estreno de *Las cosas de la vida* (1994).

Antes de empezar desplegó un truco infalible: preguntar la opinión del entrevistador de turno sobre un asunto político de actualidad (la oleada conservadora que había tomado las dos cámaras del Capitolio). Que en España nos disgustase le pareció digno de un hurra con los dos puños. No creo que en verdad le importase mucho ni mi opinión ni la de España al respecto —cosa que entiendo—, pero te hacía sentir alguien cuando los periodistas somos, por definición, nadie.

10

POR UNA GUERRA QUE NO PIERDE ESPAÑA...

Mi única guerra cubierta de principio a fin, con acceso real a los contendientes y al campo de batalla fue la «guerra del fletán», de 1995, solo superada en la historia contemporánea de España por la reconquista de la isla Perejil. Tuve además, aunque esté mal decirlo, el honor de representar al Reino en la televisión pública de Canadá en pleno fragor de la batalla. Lástima que no me valió ni la encomienda de Isabel la Católica ni la Cruz de Alfonso X, distinciones que en cambio sí posee mi querido Tomás Alcoverro, corresponsal de *La Vanguardia* en el Líbano.

La guerra del fletán entre España y Canadá tuvo los ingredientes de una opereta con un trasfondo comercial tras el decorado, y la gran ventaja de que todos sabíamos que no iba a provocar muertos ni heridos. Para comenzar, el fletán era un pez del que nadie sabía nada, o prefería no saber: ¿cuántos de los lenguados que hemos pagado en España por lenguados eran fletán negro, es decir, el llamado «lenguado limón»?

Como en las guerras en sentido estricto, la primera gran víctima de este conflicto económico fue la verdad. Terminó tan bien, tan civilizada y decimonónicamente, que en mi última crónica sobre él en *La Vanguardia* no conté la verdad. Tres décadas después, voy a hacerlo en este capítulo.

En marzo de 1995 estaba yo en Nueva York cubriendo alguna asamblea

soporífera de Naciones Unidas cuando Pau Baquero me envió pitando a Saint John's, en Terranova. En Nueva York había intimado con dos preciosidades catalanas en viaje turístico, pero la idea de ir a Terranova era aún más excitante. Sí: nada le gusta más a un periodista que dejarlo todo para cubrir una noticia en algún lugar exótico, sobre todo si lo has idealizado en la infancia. Era mi caso con Terranova...

Todo había empezado con el abordaje en plan comando, el 9 de marzo, de tres lanchas canadienses al pesquero español *Estai*... ¡cuando navegaba en aguas internacionales! El buque había sido conducido al puerto de Saint John's, en el que entró a las tres de la tarde. Una hora no elegida al azar, sino buscando coincidir con la franja de máxima audiencia televisiva. Porque allí estaban todos los medios para dejar constancia de todo. El capitán del pesquero, Enrique Dávila, fue detenido bajo los focos, mientras que los veinticuatro marineros de la tripulación, aún con el susto del asalto, quedaban confinados en un céntrico hotel, el Newfoundlands, con la instrucción de no hacer declaraciones. Eso les tranquilizó: además de lobos marinos, muy bregados en los caladeros de medio mundo, eran gallegos.

Los periodistas españoles desembarcamos a lo grande en el hotel, junto a una representación diplomática de España en Canadá, encabezada por el embajador, don José Luis Pardos. El alto funcionario era un hombre diligente y afable, al que recuerdo con abrigos de diplomático de paño, largos y clásicos, comprados en algún destino previo, o directamente en Londres. Como mandaba una especie de código no escrito, los trajes, y sobre todo los abrigos y gabanes de todos los embajadores de España del siglo XX, tenían que parecer hechos en Londres, aunque fueran de alguna sastrería de Madrid cercana a la plaza Mayor.

No hacía falta ser el más sagaz de los periodistas para darse cuenta de que ese material informativo era óptimo para montar una guerra. Había dos bandos y cada uno tenía un argumento diáfano: Canadá sostenía que el *Estai* utilizaba redes de pesca ilegales, costumbre al parecer no infrecuente entre nuestra flota de altura. Y España se defendía acusando a Canadá porque el asalto había tenido lugar en aguas internacionales, algo injustificable por más que la jurisdicción de esas aguas fuera de Canadá.

Ese complejo de inferioridad tan español al jugar fuera de casa impregnaba nuestras crónicas de un posmoderno sentimiento numantino y reivindicativo. Pero los canadienses tampoco eran ajenos al virus nacionalista sobre el que mis andanzas por el mundo me han vuelto muy escéptico.

Desde mi llegada a Terranova, el 11 de marzo, el conflicto iba en aumento porque Canadá retenía al pesquero y el Gobierno de España trataba de dejar claro que no nos iban a tomar por el pito del sereno, sobre todo porque por primera vez en la historia teníamos un primo Zumosol: la Unión Europea. Y esta nos daba la razón. Imagino que los buenos oficios de Javier Solana, ministro de Asuntos Exteriores, estaban detrás de gestos como la suspensión de todo contacto de los embajadores de los Quince con el Gobierno de Ottawa. Solo faltaba que España enviara algún buque de guerra, nada, alguna fragata o un destructor, para poder tener una suerte de guerra de las Malvinas a la española. De momento, Madrid decía haber enviado una patrullera el 10 de marzo, y no descartaba ordenar que una fragata fondeada en Cádiz se dirigiese a Canadá. No era mucho, pero ya daba para hablar de guerra y seguir unos días más en Saint John's. Los buques españoles nunca llegaron, claro.

Una noche fui invitado por la televisión local a una tertulia con tres invitados más. Yo a lo mío: el derecho marítimo, las aguas jurisdiccionales y luego un argumento al estilo de «yo no le digo que con el tiempo usted y yo no vayamos a tener algo» (como le suelta Imperio Argentina a Goebbels en *La niña de tus ojos*, de Fernando Trueba, ambientada en el Berlín de 1938, cuando el gerifalte nazi, en el apogeo de su poder, trata de beneficiarse a la española y esta se le escabulle). Había en el plató un tertuliano muy serio y sesudo, con cara de cabreado, que vino a decir que éramos unos piratas de la pesca. Por suerte para mí, una concejala ecologista se metió más con el sesudo que conmigo; según ella, Canadá no estaba para dar lecciones de ecologismo a nadie.

También me llamaron al programa de televisión de máxima audiencia matinal, el *Hot Seat*, de la CBC, y yo erre que erre: el apresamiento había ocurrido fuera de las 200 millas de soberanía canadiense... Recibí una tarjeta de felicitación muy cariñosa del embajador Pardos, de esas que hacen mucha

ilusión a las madres o a una novia primeriza.

El paso de los días suavizó la desconfianza en las miradas de la tripulación confinada. Aquellos marineros resultaban fascinantes, aunque hablasen poco. De hecho, su laconismo era indispensable para esa fascinación: los lobos de mar son animales silenciosos. Conocer gente así justifica entregarse a esta profesión como si fuese más importante que la vida, que sería un segundo empleo. Y todos con la misma letanía: la mar es muy dura, la vida de marinero no se la deseo a nadie, pero en Galicia no hay alternativa laboral. Y, sin embargo, creo que estaban hechos para la mar aunque lo negasen como se niega un pecado, y más los marineros con familia. Habían zarpado de Vigo el 27 de octubre de 1994 y no habían tocado tierra hasta el 5 de febrero y aún por un infortunio: un marinero había fallecido de un infarto y se dirigieron a la isla francesa de San Pedro y Miquelón —recuerdo sellos de mi afición infantil por la filatelia—, donde celebraron un funeral católico antes de expedir el cadáver a Galicia por vía aérea. Alguno aprovechó para irse de putas. Lo contaban todo con una naturalidad que daba sentido a la existencia. Por contraste con los tuits banales y los vídeos que cuelga la gente de hechos que les parecen extraordinarios —una trifulca de borrachuzos, un accidente de bicicleta, un baño en el *spa* de un hotel de cuatro estrellas—, la serenidad de los tripulantes del *Estai* me resulta digna de recordar.

Bruselas, Madrid y Ottawa hicieron las paces. El día en que el capitán y la tripulación del *Estai* recuperaron el buque y obtuvieron el permiso para zarpar del puerto de Saint John's, había restos de nieve en las laderas de esa ensenada natural, tan fotogénica. Hay que reconocer a Canadá que permitiera al pesquero levar anclas con solemnidad, coincidiendo con la hora de máxima audiencia, a eso de las siete de la tarde, ya anocheciendo. Todas las televisiones pudieron darlo en directo. El embajador español desfiló a lo largo del muelle, encabezando la comitiva, para escenificar la paz. Centenares de canadienses presenciaban la escena en silencio. Ese respeto fue impresionante, quizás debido a que también ellos, como los gallegos, vivían de la mar. Fue una especie de abrazo invisible de la clase trabajadora.

Los marineros volvieron al barco con la ilusión de unos chiquillos felices.

Uno de ellos se brindó a mostrarme aquella mansión ambulante, de la que recuerdo sus maderas, el comedor —donde los domingos seguían el fútbol a través de Radio Exterior de España— y la bodega donde el pescado fresco era congelado en grandes cámaras —y donde habían conservado el cuerpo del difunto hasta ganar tierra—. Poco veían el sol en esas travesías ordinarias de entre tres y seis meses.

Cuando se acercaba la hora de que las visitas les dejásemos tranquilos, le hice la pregunta que todos llevábamos dentro.

—Las redes eran ilegales, ¿no? —Intuía perfectamente la respuesta.

—Pues claro... Mira el truco.

Agarró unas redes y me mostró —con orgullo de viejo pistolero— cómo se puede reducir el espacio entre nudos de manera que los peces más pequeños queden atrapados.

—Esto no lo escribas, ¿eh?...

El *off the record* es sagrado, pero no voy a hacerme el santo. Y, además, como sucede en todos los conflictos, la verdad sobre sus causas había quedado en segundo plano.

Para España, país perdedor, con tantas guerras y desastres en los siglos recientes, la guerra del fletán tuvo algo de balsámica: por una vez, habíamos conservado los barcos y la honra.

¿PRESENCIAR UNA EJECUCIÓN?

He cubierto tres campañas presidenciales en Estados Unidos. La primera, la reelección de Bill Clinton frente al senador y vieja gloria Bob Dole, en 1996, resultó insípida. La segunda, la victoria «judicial» de George W. Bush frente al favorito, Al Gore, en el 2000, resultó delirante. Y la tercera, Barack Obama contra el bostoniano Mitt Romney, pulcra. No existen otras elecciones en el mundo tan vividas como propias y, al tiempo, tan mal interpretadas. Dudo que en los bares de España —ese patrimonio nacional— alguien opine sobre otras elecciones extranjeras que no sean las de Estados Unidos, y dudo también que en los medios de comunicación españoles exista un «malo» tan habitual como el candidato republicano de turno.

Antes de internet, tener que escribir la crónica de una noche electoral de Estados Unidos provocaba sudores fríos en un periodista de prensa porque a menudo los diarios europeos cerraban la edición sin poder proclamar al vencedor, pero con la pretensión, entre ludópata y razonable, de avanzar el resultado. Hoy en día ya no hay que sufrir por eso, porque la prensa digital cubre la información prácticamente en tiempo real.

En contrapartida, la sociedad se traga todo lo que le echan en internet, donde se mete la pata a menudo. Pero como se puede rectificar en minutos, nadie ajusta cuentas ni se indigna por una información falsa. No me extraña que se hable tanto de la posverdad, eufemismo de engaño. Con el papel

impreso, estas cosas no ocurrían o, si ocurrían, perseguían de por vida la reputación del periodista autor de la torpeza, al que nunca le faltaban «amigos» para recordarle —con una maldad muy del gremio— que pronosticó que Brasil ganaría de calle la final del Mundial de Francia 98, o que el muro de Berlín nunca se desmoronaría en horas, o que el presidente Bashar al-Ásad tenía los días contados. No seré yo quien critique estos errores ni recuerde la lista, abundante, de pifias de mis compañeros de las que he sido testigo. Para fiscal ya están las hemerotecas.

En la noche electoral norteamericana de 1996 no cundió el pánico porque en hora y media de escrutinio Bill Clinton fue proclamado ganador. Así pues, no tuvimos problema con los horarios ni con el contenido de las crónicas: como nuestra astucia y sagacidad ya había sugerido a los lectores, el ganador era... ¡Bill Clinton! He dicho «tuvimos» porque yo estaba con Xavier Mas de Xaxàs; en las elecciones presidenciales de Estados Unidos no es infrecuente recibir el apoyo de un compañero de la redacción. Xavier fue, por cierto, mi sucesor en Washington.

Me queda un recuerdo con «mensaje» de aquella lucha desigual entre un presidente joven y con el viento de la economía a su favor —la economía sentencia las elecciones en Estados Unidos— y un senador de setenta y dos años al que las primarias de su partido ya le habían hecho la vida imposible. La carrera por la Casa Blanca exige la más implacable campaña electoral de la tierra. Y una gran fortaleza democrática, aunque a día de hoy el presidente de ese país sea Donald Trump.

El escenario de mi recuerdo es una inmensa llanura cubierta de nieve en Laconia, en pleno mes de febrero. Hablo en serio. Laconia es una ciudad de 15.000 habitantes, del estado de New Hampshire, en el noreste de Estados Unidos. Comenzaban las primarias republicanas y el favorito a la nominación, Bob Dole, tenía que demostrar una buena forma física para contrarrestar su imagen crepuscular, que era su punto débil. Dole sufría una minusvalía en el brazo derecho debido a una herida recibida en combate durante la Segunda Guerra Mundial. Bill Clinton, en cambio, se había escaqueado de ir a Vietnam. Dole no podía atarse los zapatos o cortar un chuletón, y sus treinta y cinco años en el Senado, 12.000 votaciones y una

hoja de servicios públicos más que aceptable —fue, por ejemplo, uno de los impulsores de la festividad dedicada a Martin Luther King— parecían más hándicaps que puntos fuertes. No quiso o no le convino explotar su experiencia, acaso porque transmitía veteranía frente a sus rivales republicanos. Se presentaba como un hombre que empezaba de cero, y eso lo humanizaba ante sus votantes, que no le encontraban demasiado risueño.

Pero volvamos a Laconia. «El termómetro roza los 10 grados bajo cero, los dieciocho perros huskies enganchados a un trineo ladran inquietos y un enérgico hombre de setenta y dos años bromea: “Seguro que los conducía a la Casa Blanca”. Agita una bandera verde y los perros salen zumbando, tienen por delante 20 millas de carrera sobre la nieve. La meta del hombre (Bob Dole) queda también muy lejos: la Casa Blanca.» Así empecé la crónica del 18 de febrero de 1996 para *La Vanguardia*.

Aquel frío, aquel campeonato mundial de trineos tirados por perros huskies, aquella infinita lista de actos electorales con los que había que cumplir para ganar... Hacer campaña en New Hampshire en febrero es la demostración de que no hay mayor exigencia electoral en el mundo que la de Estados Unidos. Pero de poco le sirvió a Dole el trago de Laconia, con sus bromas, sus saludos, sus sonrisas: quedó segundo en las primarias republicanas de New Hampshire —la primera de todas—, por detrás de un conocido comentarista conservador de la CNN, Pat Buchanan. Un Eduardo Inda, para entendernos y, de paso, para recordar la distancia que aún separa a España de Estados Unidos.

Sin embargo, Dole fue nominado candidato a la presidencia en la convención de San Diego, mi ciudad favorita de la costa del Pacífico: hedonista, con Tijuana a un tiro de piedra y con la silueta intacta del Hotel Coronado, uno de los escenarios de *Con faldas y a lo loco*. Por supuesto, Bill Clinton le derrotó holgadamente.

En la campaña del 2000, Xavier Mas de Xaxàs y yo intercambiamos los papeles. Él marcaba el tono y las pautas como corresponsal; a mí me tocó, como enviado especial de refuerzo, apoyarle haciendo un seguimiento del *outsider*: George W. Bush. Nadie daba un euro por él en España, donde poco más o menos se le trataba de analfabeto.

Ese desprecio elitista tan europeo, muy acentuado en nuestro país, siempre me ha parecido injusto. Que Estados Unidos sea la primera potencia económica, militar y diplomática del mundo, la democracia más consolidada junto con Gran Bretaña... todo eso les parece una cuestión de chiripa a los españoles, que nos permitimos despreciar a ese país con soberbia. El candidato Bush no era ciertamente un intelectual, pero encarnaba valores conservadores frente a un vicepresidente washingtoniano y arrogante, Al Gore, cuyo jefe, Bill Clinton, le había dejado maltrecho con el escándalo Lewinsky.

Me centré en recorrer Texas, el estado de Bush, para tratar de transmitir a los lectores las razones por las que un presunto imbécil podía ser elegido presidente de Estados Unidos, en contra del criterio de media Europa. Por mis años en París, tenía fresco el antiamericanismo francés, al que no es ajeno —en mi opinión— el hecho de que fueran los soldados de Estados Unidos quienes hubieran liberado a Francia del yugo alemán en 1945, tras el desembarco de Normandía.

Se cuenta un episodio que ilustra la psicología de la relación entre franceses y americanos. Cuando el general De Gaulle, un estadista como la copa de un pino, en 1966 anunció casi por sorpresa que Francia abandonaba la estructura militar de la OTAN, el secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, fue recibido en el palacio del Elíseo para pactar los términos de la retirada de las tropas estadounidenses presentes en suelo francés. Cumpliendo una orden del presidente Lyndon B. Johnson —rudo y malhablado pero directo como pocos—, al final de la entrevista, Rusk hizo a De Gaulle una pregunta envenenada, que fue mal acogida, claro, por el presidente francés: «Señor presidente, ¿también debemos evacuar a los 60.000 soldados estadounidenses enterrados en Francia?». Creo que es una de esas anécdotas que valen más que mil lecciones de historia.

Un asunto relevante que podía modificar la opinión europea de que Al Gore barrería a George W. Bush era el de la pena capital. Muy al principio de mi carrera dejé de tener miedo a ser tachado de conservador: las cosas son como son, y el periodista está obligado a perseguir la objetividad, desde la cual su trabajo tiene sentido. Al hablar de las elecciones, muchos opinadores

que solo conocen Estados Unidos de oídas o de un viaje corto a Nueva York se limitaban a soltar cuatro tópicos, entre los que destacaba que Bush, gobernador de Texas, era una suerte de matarife, ávido por firmar cuantas más penas de muerte mejor.

Cuando me dedico a informar —y es lo que he hecho en *La Vanguardia*, salvo en estos últimos cuatro años de columnas y editoriales—, opino poco, y cuando lo hago es apoyándome en los hechos. Por eso me parecía imprescindible situar al lector y aclarar que la pena de muerte era irrelevante en la campaña. No votamos los europeos, votan los ciudadanos de Estados Unidos, y sin tener en cuenta este dato tan elemental no se podía entender que George Bush tuviese posibilidades de llegar a la Casa Blanca.

La pena de muerte es un asunto que nunca deja indiferente al lector de un diario (ni al espectador de un cine o una sala de teatro). Yo tenía muy claro que quería escribir un reportaje sobre la prisión texana de Huntsville, la primera de Estados Unidos en número de ejecuciones. La eterna canción: uno aterriza en una tierra extraña, trata de comprenderla, captar su pulso, y entre tanto viaja kilómetros y kilómetros, sonsaca a gente de la calle y a «expertos» para terminar enviando a diario, por narices, una o dos crónicas escritas contrarreloj.

No tuve tiempo de concertar entrevistas, sencillamente conduje en un coche de alquiler hasta Huntsville, convencido de que alguien me atendería en el penal. Hacer un reportaje sobre él era de cajón. Mientras que en Houston existe una potente industria sanitaria que cura, investiga y salva vidas de todo el mundo, a solo 120 kilómetros al norte se erigía una prisión especializada en quitar vidas de manera frecuente y reglamentaria, espantosamente reglamentaria.

A media mañana me presenté en Huntsville, una población confortable de 35.000 habitantes, con viejecitas conduciendo un Cadillac o un Oldsmobile, moteles de carretera muy limpios y su pequeño museo sobre delincuentes legendarios con ametralladoras a lo Bonnie y Clyde, que contiene entre otras reliquias una de las últimas sillas eléctricas y una celda a escala real, «*feel what it looks like inside*».

El penal de Huntsville tiene solera. Creado en 1844, ese 1 de noviembre

en que lo visité albergaba a nada menos que 453 condenados a muerte (entre los cuales solo había siete mujeres). En aras de la verdad, lo que yo me proponía era dejar claro que Texas es uno de los estados que menos margen de maniobra permiten a su gobernador a la hora de indultar a condenados a la pena capital, porque es uno de los más escépticos respecto a la autoridad federal, que es percibida como una intromisión innecesaria en su forma de vivir. Así pues, es casi imposible que un detractor de la pena de muerte sea elegido gobernador en Texas. Pero es que Bush en este sentido no era más «inhumano» que Bill Clinton, exgobernador de Arkansas, donde también firmó unas cuantas penas capitales. La diferencia es que en Arkansas se cometen menos delitos, hay menos población y menos entusiasmo popular por el patíbulo.

En el presidio, me atendió un funcionario del Departamento de Comunicación, muy profesional. Quizás en su juventud había sido periodista, aunque lo dudo. Para mí, hablar con él suponía una oportunidad de oro para contrastar todos los tópicos sobre una ejecución en Estados Unidos: las apelaciones, los indultos de última hora, las últimas cenas... De repente, y sin darle importancia, el portavoz del penal me dijo:

—Esta noche tenemos una ejecución...

La información me heló la sangre. Era una noticia excelente para mi reportaje. No nos engañemos, sentí una desazón precisamente por eso: en cuestión de horas la muerte de un ser humano se convertiría en materia prima informativa de primera. Creo que anduve flotando todo el día. El funcionario regresó con un completo dossier sobre el protocolo de la ejecución: Jeffrey Dillingham, veintisiete años, blanco, condenado a muerte en 1992 —a los diecinueve años— por el asesinato de una mujer a la que degolló tras ser maniatada y golpeada, junto a su marido, que salvó la vida de milagro. Una hija de la pareja había ofrecido a Dillingham un millón de dólares por el encargo.

—Asisten cinco periodistas a la ejecución...

Durante unos minutos sentí vértigo, y no es literatura. ¿Estaba invitándome a acreditarme y asistir, a las seis de la tarde, a la ejecución? Me mostró la sala dispuesta para el cóctel letal, los asientos reservados para los

medios de comunicación, los familiares de las víctimas, los testigos... ¿Y si me ofrece un asiento? Sé lo que hubiese hecho, y era lo último que deseaba: presenciar la muerte de Jeffrey Dillingham. Sabía que esa hubiese sido mi obligación. Punto final. No hay otra.

Pero el ofrecimiento no llegó nunca. Las cinco plazas estaban asignadas a medios de comunicación de Estados Unidos que contraen el compromiso de dar todos los datos a los medios que no han podido asistir debido a la limitación de plazas. La asepsia era descorazonadora, y allí no había lugar para los sentimentalismos. Pregunté al funcionario si era cierto que al condenado a muerte se le puede negar fumarse un pitillo antes de la ejecución, como había leído, sin dar crédito.

—Es cierto, no puede fumar, va contra el reglamento de la prisión.

Todo seguía su curso, y esa normalidad resultaba indigerible. Antes de volver a la prisión para seguir desde el exterior aquel protocolo funesto, comenté desasosegado esa prohibición absurda a la recepcionista del motel donde me alojaba, joven y atractiva, convencido de que compartiría mi pesar, a diferencia de las empleadas del museo de la población, partidarias, deduje, de la pena capital que tanta fama daba a Huntsville.

—¿Hay una ejecución hoy? No lo sabía, hay tantas... —exclamó, y siguió con su rutina.

Lloviznaba en mi camino hacia el penal. Allí, un puñado de activistas contra la pena de muerte esperaba, con quince velas encendidas, lo inevitable. Formaban otro corrillo los amigos y familiares de la víctima que no habían podido acceder a la sala. Coronaba la fachada de ladrillo rojizo un reloj, que marcaba el paso de los minutos. Yo no perdía la esperanza de que llegara un indulto *in extremis*, como en las películas.

De repente, ¡sorpresa! La competencia: Albert Guasch, corresponsal de *El Periódico* en Nueva York. A él tampoco le debió hacer gracia verme a mí. Fue un sentimiento pasajero: Albert era un tipo majísimo y un excelente periodista. Coincidir allí era una buena señal.

Finalmente, los testigos abandonaron el penal. Asunto cerrado. El Departamento de Comunicación nos facilitó un pormenorizado informe de la ejecución. La cena decepcionaba, pero se ajustaba al presupuesto, porque no

es cierto que haya barra libre: una *cheeseburger*, *large French fries*, lasaña con dos rodajas de pan de ajo, 4 onzas de nachos, 3 pastelitos de canela, 5 huevos revueltos y ocho pintas de leche con cacao. La inyección letal costó al erario público 86,08 dólares. Guardo todos los documentos, macabro recuerdo. Lo único reconfortante fue la declaración final de Dillingham, en la que pedía perdón al marido, rogaba clemencia a Dios y daba las gracias a sus padres por todo: «No podría haber pedido dos padres mejores que los que he tenido».

Pensé en Salvador Puig Antich. Y en Albert Camus, cuyo padre regresó enfermo de una ejecución pública en Argel, la del asesino de unos niños. No he olvidado la jornada, ni esa forma tan transparente y bien organizada de matar a un ser humano. Nadie es perfecto, y Estados Unidos tampoco.

12

PARIS LA NUIT

La distancia entre Washington y Barcelona —donde vivía mi hijo de pocos años— se hacía insoportable, y por primera vez —la única— pesaba más mi situación personal que la profesional. No podía seguir en Estados Unidos, y el director, Joan Tapia, fue resolutivamente comprensivo. Gestos así no se olvidan. Además, Rafael Jorba, corresponsal en París, daba por cumplida su etapa, que había sido brillante. En minutos, Tapia resolvió el puzle: yo me iría a París tras la elecciones presidenciales de 1996, Mas de Xaxàs ocuparía Washington y Jorba regresaría como subdirector a Barcelona.

En París recuperé el entusiasmo por el trabajo de corresponsal, pero lo más memorable fue la relación de amor con la ciudad gracias a la vida de barrio —París es una suma de ellos—, al descubrimiento del valor de la tolerancia, al prestigio de la letra impresa y a tomarse las cosas sentado en una terraza, con un café y minutos para observar esto que llamamos la existencia.

La búsqueda de mi piso-oficina empezó lastimosamente. Lo quería, claro, aunque fuese pequeño, en la Rive Gauche, el margen izquierdo del Sena, sinónimo de literatura, Hemingway, filmotecas y bohemia, o lo que queda de ella. Muy tópico pero efectivo. A diferencia de otros corresponsales, yo recibía un sueldo fijo y no era la empresa la que pagaba directamente la vivienda, cosa que me obligaba a ser más modesto en mis aspiraciones: nada

de vivir en mansiones, eso era un privilegio del pasado del que yo ya no he disfrutado...

Después de visitar unos cuchitriles espantosos, vi un anuncio por palabras en *Le Figaro* —¡qué gran diario!, conservador sin remordimientos, ameno y muy bien escrito— que hablaba de una buhardilla en el 19 del Quai de Montebello, frente a Notre Dame. Fue amor a primera vista, y qué vista: al Sena y la catedral. Como soy reacio a usar cortinas, desde la cama veía iluminadas las torres y sus gárgolas, tan enigmáticas. El piso constaba de dos habitaciones —una para el despacho— y un amplio comedor. La cocina daba a las viejas dependencias de la Facultad de Medicina de la cercana Sorbona, un anfiteatro donde los estudiantes de siglos atrás observaban disecciones y otras lecciones de anatomía.

Digamos que trasnoché mucho. Para mi perdición, tenía a cinco minutos una *brasserie* abierta las veinticuatro horas del día, Le Départ Saint Michel, y a pie de casa dos antros con una personalidad irresistible. En primer lugar, el cabaret Aux Trois Mailletz, al que mi amigo Lluís Agustí, director a la sazón de la biblioteca del Instituto Cervantes, denominaba «Ramallets» en honor al mítico portero del Europa y del Barça. El Aux Trois Mailletz está en la adoquinada rue Galande, junto a la iglesia de Saint-Julien-Le-Pauvre, una de las más antiguas de París, y es un Up&Down bohemio poco conocido por los turistas: un bar con piano —el tipo de lugar en el que nunca tocarían *Love Story*— y un sótano al que se accede por una estrechísima escalera que en Barcelona habría sido clausurada por alguna brigada de inspección y que llevaba a una sala del siglo XIII, la cava de música. En vivo, claro. El patrón, monsieur Jacques, medio italiano, trataba de meter en cintura al caos, porque algunas noches la clientela era de armas tomar y los artistas que tocaban sucesivamente hasta las cinco o las seis de la mañana siete días a la semana no siempre eran puntuales, a pesar de que el jefe, con acertado criterio, pagaba de manera religiosa... al final de las actuaciones.

El cabaret musical donde me dejé los ahorros para el plan de pensiones era imprevisible, y tenía un magnífico elenco de músicos habituales, como el brasileño Toninho do Carmo, y un fijo del grupo de Georges Moustaki en sus giras. La orquestina se adaptaba a la sucesión de cantantes o bailarinas,

porque en todas las veladas había alguna odalisca árabe que se contorsionaba sobre las largas mesas, lo que obligaba a camareras y clientes a apartar las bebidas a toda castaña. Los propietarios de los restaurantes griegos de la vecina rue de la Huchette solían acercarse a eso de las dos de la madrugada a tomar algo, y eran los perfectos comparsas de las bailarinas, entre las que destacó una temporada una artista rumana que hacía de flamenca española con notable autoridad, pese a su melena más bien rubia.

No había noche sin rancheras, y más de una vez, a falta de otros clientes hispanohablantes, me tocaba a mí berrear «¡el rey!» cuando Yolanda Preciado, la artista, acercaba el micro al primer latino que veía al tocar la canción homónima. También abundaban la canción lusitana —allí empezó Maria Teresa, que tocó en el Palau en 2016, qué voz hermosa—, grupos senegaleses que tocaban todos los palos, y *chansonniers* franceses que siempre concedían alguna de Johnny Hallyday, el *Emmenez moi* de Aznavour o el *Milord* de Edith Piaf, canciones ideales para euforias colectivas.

Muy a última hora, desembarcaba en el escenario un grupo chileno, comandado por Jaime, melena rizada, que aportaba un toque *gauchiste* con el *Hasta siempre, comandante*. No la cantaba nunca antes de las cuatro. Al fin y al cabo, como en todos los grandes antros, en Aux Trois Mailletz la hora de cierre dependía del número de clientes, entre los que figuraban algunos policías de la cercana Prefectura.

La grandeza de la noche de París es que tiene coartada intelectual. Tantas horas y tantos francos dilapidados en el cabaret eran justificables porque supuestamente yo sacaba un provecho profesional. Una forma de engañarse como otra cualquiera. Aquellos arcos abovedados del siglo XIII habían acogido a artistas como Léo Ferré, Nina Simone y Louis Armstrong (en los cincuenta dominaba el jazz en el barrio, y el gran Louis algunas noches había cantado en el Aux Trois Mailletz por amor al arte). Las mesas alargadas, en plan comedor popular, favorecían la relación entre público y artistas.

La planta baja del local tenía otra dinámica, más anarquista, porque se sentaban al piano artistas anónimos o de la casa, en un ambiente bullicioso e impredecible, aunque siempre había un señor vietnamita jugando al ajedrez en algún rincón.

Una noche gané una ronda a Lluís Agustí y a mi hermano, Alfons Luna, periodista de la agencia France-Presse, al apostar que antes de media hora una estadounidense de mediana edad se subiría la blusa y le enseñaría las tetas a su acompañante, un francés más joven, y, de paso, a nosotros.

Otra noche, comentamos lo fantástico que era el acceso al cabaret sin discriminaciones por el aspecto. Habíamos visto de espaldas a un par de clientes con pinta de pordioseros, uno de los cuales resultó ser el actor Tim Roth. Le acompañaba un amigo que, un rato más tarde, se despidió de él cabreado, tras soltar una frase genial: «¡Eres incapaz de interpretar a Shakespeare!». No era infrecuente coincidir con famosos por el barrio.

Nunca olvidaré el día que vi a Charlotte Rampling almorzando en Le Balzar con sus nietos, tan elegante, tan distinta a la actriz de *Portero de noche*... Ni las veces que coincidí con Jean-Paul Belmondo (como yo, no se perdía ninguna velada de boxeo en París). La última fue en la Brasserie Lipp del bulevar Saint-Germain. No le importunó ni un solo cliente: en eso consiste la elegancia francesa.

Esta *brasserie*, por cierto, forma parte de la historia del siglo XX por un hecho fascinante: frente a sus puertas fue visto por última vez el opositor marroquí Ben Barka, un líder político muy popular en su tiempo, tanto como el Che Guevara. Unos desconocidos que se hicieron pasar por policías franceses le metieron en un auto frente a Lipp, y nunca más se supo. Su desaparición en pleno París el 29 de octubre de 1965 provocó un monumental enfado del presidente de la República, el general De Gaulle. Nunca sabremos hasta dónde llegó la complicidad de los servicios secretos franceses, pero seguro que fue mucha. El *affaire* aún está envuelto en una nube de secretos, guardados en Rabat o en las cloacas del Estado francés.

Disfruté mucho entrevistando en París a los hijos del general Oufkir, el principal sospechoso de la «desaparición» de Ben Barka. El general fue acusado, en agosto de 1972, de conspirar para intentar derribar el avión en el que viajaba Hassan II, un Boeing 727 que iba de París a Marruecos con una parada de varias horas en Barcelona. El rey, que forjó gracias al fallido atentado la leyenda de su *baraka* (buena fortuna), no se contentó con que Oufkir apareciese «suicidado» horas después de lo ocurrido. Los hijos del

general, Malika y Raouf, pasaron junto a su madre y el resto de los hermanos nada menos que veinte años reclusos en una prisión tenebrosa del desierto del Sáhara.

El segundo antro cercano a mi casa que visitaba regularmente era el club liberal L'Escapade, en una calle de la isla de Saint-Louis. Era tan liberal que de hecho era *échangiste*, es decir, dedicado al intercambio de pareja. ¡Qué fauna, Dios mío! Si monsieur Jacques reinaba en el Aux Trois Mailletz, en la pecaminosa L'Escapade el patrón era Costa, un tipo simpatiquísimo, con cara aniñada y una dilatada carrera a sus espaldas como actor de películas porno. Su garito también se alojaba en un sótano medieval, en la calle Le Regrattier, en plena isla de Saint-Louis, tan de postal. Aquello del *échangisme* me despertaba la curiosidad. Los hombres solos también eran admitidos, siempre y cuando supieran comportarse, porque en Francia —a diferencia de España—, una vez te franquean las puertas, no hay limitaciones de movimientos.

Allí descubrí ese sentido de la tolerancia y el libertinaje francés del que solo tenía conocimiento por los libros. La mayoría de las parejas que acudían eran sólidas, a menudo matrimonios burgueses, en los que los hombres querían dar placer a las mujeres, algo ciertamente antimachista y con su dosis de complicidad de la buena. Todo se desarrollaba pausadamente, sin urgencias, y muchas de las estampas que guardo en mi mente forman una galería erótica imborrable. Me llamaban mucho la atención una pareja de gemelos que compartían la esposa de uno de ellos, y los americanos que se desmadraban por el deseo de experimentar el París idealizado por sus escritores, y la ingenuidad de todos los primerizos.

La primera noche que fui, pedí educadamente si le apetecía bailar a una mujer cuyo marido iba y venía, y me respondió que no, de modo que cuando al cabo de un rato él me preguntó si quería acostarme con su esposa, desnuda en una cama frente a mí, no daba crédito, y salí poco menos que corriendo. A veces aparecían personajes de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), y algunas noches en lugar de acción se formaban tertulias en la barra sobre política o cine.

Una noche, Costa, que me había tomado confianza, me dijo que no dejase de ir al día siguiente. Era el cumpleaños de la esposa de un cliente habitual y

había contactado con un legionario, uno auténtico, para darle una sorpresa y cumplir una vieja fantasía de la *madame*. Y es que han sido muchos los actores que han prestado su cuerpo varonil para idealizar en el cine la figura de estos militares, empezando por Gary Cooper en *Beau Geste*. Acudí a la cita como el que va a un estadio a ver un gran partido.

Ahí estaba Costa, ahí estaba la pareja —ella, muy atractiva y vestida para la ocasión—, ahí estaba yo, pero el legionario sin aparecer. La espera fue larga, y al marido le costaba disimular que tenía preparada una sorpresa a la homenajead.

—¡Ha llegado el legionario!

Era un poco bajito, es cierto, pero iba con su uniforme reglamentario, capa y gorra incluidas. Casi le dedicamos una ovación. El hombre cumplió con su obligación y dejó bien alto el honor del singular cuerpo expedicionario, aunque sin alharacas. De regreso a casa, ¿quieren creer que pensaba sobre el castigo disciplinario que hubiesen podido imponerle por tan inapropiado uso del uniforme?

Solo recuerdo un episodio lamentable de ese club: un empresario valenciano que enseñaba el sitio a los pardillos de sus amigos pardillos tuvo la fortuna de estar con una dama que, llegado el momento, le pidió simplemente que se pusiera un preservativo. El muy burro se negó, y aún insistía. Sentí vergüenza de ser español, la verdad.

Todo fue maravilloso en París. Recuerdo la noche del viernes 23 de julio de 1999, a las puertas de un fin de semana veraniego. Quedé con Alfons —a la sazón corresponsal del *Avui* en París, antes de entrar en France-Press— para tomar un panaché con una cerveza con gaseosa y jugar al millón en un bar de barrio. Jugar al millón en París me parecía muy existencialista o de película de la Nouvelle Vague.

Después pasamos por casa y conocimos la noticia del fallecimiento del rey Hassan II. Apenas unos días antes lo había visto en la tribuna del desfile del 14 de julio de los Campos Elíseos, otro espectáculo único. Yo tenía por entonces un romance con una notaria de Agadir que, en cuanto le comunicó la noticia, dijo: «Yo, de momento, me quedo y no vuelvo a mi país». Patriotismo mediterráneo.

A eso de las diez de la noche, me ofrecí a mi sección a volar enseguida a Casablanca para cubrir el funeral, fijado para el domingo. Se me daban bien las crónicas de funerales grandiosos, y tenía experiencia, como me gusta repetir: el emperador Hirohito, Rajiv Gandhi, Richard Nixon, Deng Xiaoping... Patricia Tubella, jefa de sección de Internacional y muy combativa, trató de conseguir el plácet de la dirección para mi desplazamiento. Nadie le respondía nada, y parecía que el asunto podía dejarse para el día siguiente, pese a lo importante que es llegar lo antes posible. Finalmente, Patricia Tubella arrancó el «adelante» y a las diez de la mañana yo ya estaba en Casablanca. Y el domingo, entre la multitud que despedía con cierta teatralidad al poderoso monarca, Hassan II, en su última salida de su palacio en Rabat.

Parafraseando a Lemmy, de Motörhead: «Los años de París (1996-2000) fueron cojonudos. No me acuerdo de nada, pero nunca los olvidaré».

13

TONTO EL QUE LO LEA Y SE LO CREA

Mi caída del caballo camino de Damasco sobre la relación entre periodistas y políticos fue tan ridícula que merece ser contada. Y sucedió nada menos que en el palacio de El Pardo. Me curé de golpe de un vicio muy humano y muy del gremio: creernos alguien.

El 5 de diciembre de 1990 publiqué un reportaje sobre los parajes reales de la película *El puente sobre el río Kwai*, que me llevó a visitar el cementerio militar de la Commonwealth en Kanchanaburi, Tailandia. Me impresionó tanto que se me quedó grabado. La de David Lean es una de esas películas de mi infancia que determinó mi pasión por las guerras del siglo XX, los viajes y contar historias. Se me caía la baba haciendo el reportaje, contrastando la cinta con la realidad, hasta que visité ese cementerio, situado a 130 kilómetros de Bangkok, primorosamente cuidado y propiedad de la Comisión de Cementerios de Guerra de la Commonwealth.

En un atardecer espléndido, visité en solitario el recinto donde reposan nueve mil soldados británicos, australianos y holandeses, alineados en filas de tumbas a ras de suelo, cada una con su correspondiente placa, que no pasaba de los tres palmos. Tenía la fuerza de la sencillez: el emblema del regimiento, el nombre, la edad y una corta frase escrita por los familiares. No hay idioma más conciso que el inglés. Toda la épica de la película —

ganadora de siete premios Óscar y con un velado trasfondo antimilitarista— se esfumaba al leer aquellas placas. «En la querida memoria de mi adorado marido. Sigue sonriendo hasta que nos encontremos de nuevo. Margaret.» La mayoría de los soldados tenían entre veinte y treinta años. Ya entonces pensé: ¿Quién mantendrá el velo de la épica para justificar tan prematuras muertes, cuando en realidad la mayoría cayeron por la malaria, el hambre y las enfermedades tropicales mientras construían un ferrocarril para los japoneses entre Bangkok y Rangún?

Debería haber tenido ese recuerdo de mi etapa asiática más a mano cuando intenté hacerme notar nada menos que ante el presidente de la República Francesa Jacques Chirac, con ocasión de su visita de Estado a España en 1999, la segunda en el siglo XX de un presidente galo. Supongo que trataba de impresionar así a mis colegas francesas. Mi metedura de pata tuvo lugar durante el distendido saludo del presidente Chirac a la tropa de periodistas en el palacio de El Pardo, donde se alojaba. ¡El Pardo! Qué poco nos dice ahora y cuánto supuso aquella residencia con su atmósfera sobria, desde la que un general había determinado nuestras vidas hasta el día de su fallecimiento, abrumado por los cuidados médicos de su yerno. Me pareció un parador de turismo y no de los acogedores.

Los políticos nos saludan, fingen que nos escuchan y, con suerte, comparten bromas. Pero, sobre todo, nos utilizan para hacer llegar sus mensajes. A eso se reduce la relación entre el poder y la prensa, aunque muchos compañeros no lo crean. Un compañero italiano de la redacción, Piergiorgio Sandri, un excelente profesional de la sección de Economía, tiene una máxima genial para tratar con las suegras: «Máximo respeto, máxima distancia». Es la que rige en este caso.

Como es habitual antes de un viaje de Estado, el Elíseo invitó a hacer una entrevista conjunta al presidente Jacques Chirac a cuatro grandes diarios españoles con corresponsalía en París, entre ellos *La Vanguardia*, el decano de los periódicos españoles en la capital francesa y en la mayoría de los grandes centros de poder. Chirac era un neogaullista de trato muy cordial, un hombre hedonista y mujeriego, al que yo profesaba simpatía por su imperfecta humanidad. Había causado un estropicio entre sus filas dos años

atrás, en 1997, cuando disolvió la Asamblea Nacional, anticipó elecciones y la derecha perdió la mitad de sus escaños. Un fracaso total que le obligó a cohabitar cinco años con el Partido Socialista del primer ministro Lionel Jospin. Sin embargo, en 2002 saldría de esta situación milagrosamente, gracias a los errores estratégicos de Jospin. El gran partidario de la «izquierda plural» quedó fuera de la segunda vuelta en las elecciones presidenciales, vencido por Jean-Marie Le Pen. Naturalmente, Jacques Chirac saldría victorioso en la segunda vuelta gracias a los electores de la izquierda, que le votarían resignados y con pinzas en la nariz.

Pero yo tenía otro motivo más personal e íntimo para simpatizar con Chirac. En uno de esos clubs libertinos de París que me gustaba frecuentar cuando era corresponsal en la ciudad, una noche coincidí en la barra con una mujer elegante que también iba a pedir una copa. Como tomaba cerveza, se me ocurrió comentar que era «¡la bebida del señor presidente!». La mujer resultó ser una entusiasta del presidente, así que se me ocurrió presumir de haberle saludado en una de las dos recepciones anuales del Elíseo para los chicos de la prensa. Funcionó. Debo reconocer que fue una relación discontinua muy placentera, un traje a medida que me permitió indagar, y mucho, en esa sexualidad tan libre y desacomplejada que se estila en París.

A la hora señalada, los compañeros de *El País* (José Luis Barbería, un periodista íntegro que venía de afrontar la delegación del diario en el País Vasco), *El Mundo* (el encantador argentino Roberto Montoya), *ABC* (el sabio Juan Pedro Quiñonero) y *La Vanguardia* (el abajo firmante) estábamos en el despacho presidencial para la entrevista, sin cuestionario previo. En medio de la solemnidad republicana y del viejo oropel del palacio llegó Jacques Chirac, cuya cordialidad creó un contraste muy favorable al entendimiento. Durante más de una hora hablamos de todo, y yo hasta llegué a preguntarle, al final, si le inquietaba el catalanismo expansionista en Perpiñán. La pregunta le sonó a arameo, y tras consultar con la mirada a su consejera de comunicación, casi se descojona en mis narices.

Hacia el final de la entrevista, el presidente Chirac nos preguntó de modo superficial sobre los personajes que tenía previsto mencionar en su discurso en las Cortes la semana siguiente. Se trataba mayoritariamente de españoles

exiliados en Francia. Entre ellos citó a Jorge Semprún. Como al pronunciarlo a la francesa (George Samprang) el nombre casi resultaba irreconocible, le comentamos que nos parecía más adecuado que intentara acercarse más a la fonética castellana cuando hablara ante el Parlamento de España. Jacques Chirac fingió que tomaba nota de nuestro consejo.

A la semana siguiente viajé a Madrid junto con los enviados especiales de los medios franceses. Yo era el único extranjero. Tras el muy pomposo inicio de su estancia, en los jardines del palacio de El Pardo Jacques Chirac nos quiso saludar y comentar *off the record* sus primeras impresiones. La charla fue muy distendida, pero nada más empezar yo me llevé un chasco. En España no se estila, pero en otros países, en las ruedas de prensa sobre todo, se suele dar el nombre y el del medio al que el periodista representa, antes de formular la pregunta. Cuando llegó mi turno, quise gastarle una broma a Chirac y dije:

—George Samprang, *La Vanguardia* de Barcelona.

Estaba convencido de que el presidente recordaría la charla de la semana anterior. No aspiraba a la Legión de Honor, pero sí a un guiño de Chirac. Pero el resultado fue el mismo que si hubiese dicho Francisco Franco, Pedro Almodóvar o Estanislao Basora (el gran extremo del Barça de las Cinco Copas). Nunca había pasado tanta vergüenza ante mis compañeros de profesión, que no entendieron para nada de qué iba yo.

Al cabo de un rato, intenté no pensar más en el asunto, pero durante su discurso Jacques Chirac pronunció George Samprang. Parecía un castigo...

Lo escribo por si no ha quedado lo bastante claro: los políticos no escuchan a los representantes de la prensa. Solo he conocido una excepción a esa norma: Juan Antonio Samaranch. Me atrevo a decir que es el único hombre poderoso que de verdad escuchaba la opinión de los periodistas y le concedía valor. No puede decirse que le fuera mal ni que perdiese el tiempo. Samaranch no era ninguna lumbrera, al decir de muchos testimonios, pero tenía una gran virtud: sabía rodearse de buenos colaboradores y escucharles. Cuando fue destinado como embajador de España en Moscú, el primero en la Unión Soviética tras el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, lo primero que hacía cada mañana era telefonar a los tres corresponsales

españoles para informarse bien. Samaranch sabía que los periodistas se meten en sitios y camas a los que sus consejeros diplomáticos en la legación, por su estatus, no tenían acceso. Me enteré de este hábito gracias a mi amistad con su secretaria en Moscú, Mari Chelo Casado, a quien traté en Pekín, donde fue la secretaria del embajador Bregolat.

Cosa rara, todos los subordinados de Samaranch —desde la misma Mari Chelo al gran Andreu Mercé Varela, colaborador de primera hora y la persona que le animó a conquistar el COI desde la Barcelona de los años cincuenta, cuando iban, sin pregonarlo, a la Modelo a ayudar a tal o cual boxeador descarriado— hablaban bien de él, seguramente el español que más poder ha ostentado en el siglo XX. Por compararlo con alguien, Javier Solana no lo decidía todo en la OTAN, mientras que Samaranch en el olimpismo, sí. Uno de los consejos que daba en *petit comité* era este: «Cuando tengas una fila de autoridades que saludar, sobre todo no dejes de hacerlo al que está en el último lugar porque el día que mande, se acordará».

Ya había cubierto dos Juegos Olímpicos (Seúl y Barcelona) cuando, ocupando la corresponsalía en Washington, viajé a Atlanta en mayo de 1996 para la inauguración del estadio olímpico. Casualmente, Juan Antonio Samaranch también estaba en la ciudad, y solicité verle. En menos de tres horas, fui citado a su suite. Desconfiaba de aquellos Juegos, y estaba interesado de verdad en contrastar pareceres. Yo coincidía mucho en su diagnóstico: Atlanta organizaría unos Juegos regulares porque la movilidad para deportistas y prensa es esencial y ya se detectaba una alarmante incapacidad para entender un concepto, el de transporte público, tan ajeno a la cultura popular de Estados Unidos.

Dejando aparte su trato con los periodistas, Samaranch vivía inmerso en la cultura del obsequio y las influencias. Hay unos cuantos periodistas algo mayores que obtuvieron viviendas de protección oficial gracias a la mediación del entonces presidente de la Diputación de Barcelona. Ese día en Atlanta ya me iba de su suite cuando se empeñó en regalarme un bolígrafo y un reloj de pulsera tipo Swatch. Eran tics de otros tiempos que ya han desaparecido.

NOCHE DE PERROS CON DEBUT DE MESSI EN EL CAMPO DEL GRAMENET

Ya tenía pactado con el periódico el retorno a Barcelona en el verano de 2000 cuando el propietario, Javier Godó, decidió relevar a Joan Tapia y nombrar director a José Antich. Eso fue en marzo, una semana después de la aplastante mayoría absoluta de José María Aznar y el PP en las elecciones generales. Me supo mal por Tapia, pero es ley de vida y ley de mercado. Además, yo no aspiraba a ningún cargo porque lo que me hacía disfrutar era escribir y, ya puestos a pedir, escribir reportajes.

Yo conocía a Antich de sus viajes por el mundo siguiendo al presidente Pujol, como los que hizo a Washington y París estando yo de corresponsal en ambas ciudades. Recuerdo el de Washington especialmente por el desparpajo de Jordi Pujol con el inglés en su discurso durante los postres de una cena en la embajada de España.

También por una de aquellas polémicas típicas: la Generalitat, tan rumbosa siempre en materia de proyección exterior, había publicado anuncios a toda página en los grandes periódicos de Estados Unidos, con un mapa de Europa en el que solo aparecía silueteada Cataluña, sin mención a su ubicación dentro de España. El mensaje no podía ser más claro. Hubo revuelo, y la comitiva de la Generalitat dio una cifra bajísima sobre el coste

de la campaña. Antich me preguntó si yo podía enterarme del coste real, cosa que hice: multiplicaba casi por diez el total declarado por el Govern. No publicamos nada. Entonces no se le daba importancia a este alegre despilfarro a costa del erario público.

Aproveché Semana Santa para presentarme en el despacho del flamante nuevo director, que estaba llamando uno por uno a todos los periodistas para conocer sus aspiraciones. Antich era muy resolutivo, una virtud por la que pagaba un precio, porque la cultura de la redacción no incluía las brusquedades en el trato. Entré en el despacho consciente de que el tiempo es oro y recordando el viejo cartel de don Horacio. La conversación fue brevísima:

—¿Y a ti qué te gustaría?

—¡Escribir!

—¡Todos me pedís lo mismo!

Salí algo confuso. Quizás si hubiese pedido un cargo habría sido mejor comprendido. Por suerte, Enric Juliana me «adoptó» y defendió la conveniencia de que trabajase adscrito pero con libertad de acción a la sección Vivir, bajo la jefatura de Eugenio Madueño, otro de los reporteros de la escuela de *Tele/eXprés* y miembro de un equipo glorioso en el que destacaban Martí Gómez, el ídolo de muchos de nosotros, y Bru Rovira, el adorable Bru, genial unos días (lo que explica que en 2002 le galardonasen justamente con el premio Ortega y Gasset), y *missing* otros.

Poco a poco, «el nuevo régimen» quiso imponer disciplina y orden en la vieja redacción y, sin comerlo ni beberlo, como otros «periodistas de la casa» te ibas sintiendo un profesional bajo sospecha. Había algo del año cero de Camboya: muchos de los nuevos mandos procedían de *El Observador*, un lamentable intento de Convergència de hundir a *La Vanguardia* con dinero público, y que ni siquiera salía en catalán. Nosotros, los de entonces, también éramos un poco señoritos y algunos menospreciaron la personalidad periodística de Antich. Fue un gran error porque terminó siendo el segundo director más longevo en la historia del diario (entre 2000 y 2013).

Yo creía ser de utilidad escribiendo de todo. Desde una serie sobre la inmigración en Vic hasta reportajes sobre el hundimiento del *Prestige* y el

chapapote desde Galicia, pasando por el Mundial de Fútbol de Corea-Japón 2002 o las tensas elecciones autonómicas en el País Vasco de mayo de 2001.

Escribir fácil, como esa gozada de Mundial: tres semanas en el archipiélago viendo grandes partidos, final incluida, y la revancha de Beckham ante Argentina, que salió derrotada en la primera fase, con un sentimiento que el ojo no ve pero que duele lo mismo.

O escribir difícil, como en esa atmósfera de censura y terror del País Vasco. Me impresionó mucho. El mundo independentista vasco me pareció dictatorial y opresor, cargado de arrogancia, como suele ocurrir en los nacionalismos exacerbados. El diario *Gara*, órgano informativo *abertzale*, tuvo el detalle de confeccionar una lista de los periodistas *españoles* que supuestamente tratábamos a los vascos como a *sioux* y en la que tuve el honor de figurar. Otro periodista cuyo nombre también se mencionaba en la lista era Gregorio Ordóñez, uno de mis compañeros de promoción. Que luego fue asesinado por la espalda en un bar de Donostia, «gesta» a cargo de algún «patriota».

La cobertura de esas elecciones incluyó un rápido desplazamiento a Zaragoza con motivo del asesinato del concejal del PP Manuel Giménez Abad, tiroteado por la espalda, *as usual*, cuando se dirigía con su hijo de diecisiete años a ver un partido en La Romareda. Pobre chaval, cargar toda su vida con semejante recuerdo. Y en el viaje de regreso por carretera tras las elecciones, la guinda: un paquete bomba cercenó varios dedos del periodista Gorka Landaburu, uno de los que había visto pulular horas antes en el Hotel Ercilla, cuartel general de la prensa desplazada a Bilbao.

Y se me olvidaba: me ofrecí y fui enviado a la segunda guerra del Golfo. A mi vuelta, en 2002, se terminó mi etapa de bombero de lujo. El verso libre no estaba muy bien visto, y el director me dio a elegir entre una jefatura de sección —sin especificar cuál— o entrar en Deportes, lo que significaba poder escribir. Al fin y al cabo ya había cubierto tres mundiales de fútbol (Estados Unidos, Francia y Corea-Japón) y cuatro Juegos Olímpicos (Seúl, Barcelona, Atlanta y Atenas).

Además, tenía aprecio por todos los compañeros de sección, sobre todo los de mis primeros tiempos en *La Vanguardia*: Juan Antonio Casanova

(JAC, perico, furibundo anticulé y compañero entrañable con el que hacíamos coña a grito pelado en la redacción), Xavier García Luque (decano de los periodistas del Tour, extraordinario cronista de ciclismo), Xavier Ventura (un *gentleman*, alérgico al fútbol y a su letra pequeña, hecho a la medida del olimpismo), Alfred Bellostas (todoterreno eficaz, coñón y buen compañero), el desaparecido Enric Bañeres (maestro de la crónica de los partidos de fútbol, a quien debo un valioso consejo: escribe lo contrario de los demás en los artículos de opinión), Albert Turró (flemático exjugador de rugby, lo que imagino explica su generosidad a la hora de repartir juego) y Dagoberto Escorcia (especialista en tenis, un romántico del fútbol), a los que se añadieron Ketty Calatayud, Albert Gimeno, Felip Vivanco, Juan Bautista Martínez (uno de los profesionales más trabajadores que he conocido) y Antoni López Tovar.

¡Ah!, y el entrañable Josep M. Orta, asignado a cubrir el Espanyol después de una larga trayectoria en el periodismo político. Hasta que le cambiaron de sección era uno de los pocos periodistas con línea directa con Aznar y Mariano Rajoy, con el que compartía afición por el ciclismo. Orta fumaba más que yo, que ya es decir, y trataba a todos con un cariñoso «xato»...

Quizás demasiados gallos para un solo corral en aquella sección de Deportes. Yo no quería sudar la camiseta, y se impuso un estilo luchador al que no supe adaptarme. Cosas que suceden. Quería dominar el arte de las buenas crónicas deportivas, escritas en condiciones adversas, siempre contrarreloj. Me quedé a medias. La orden en todos los partidos nocturnos era cerrar el texto tan pronto como el árbitro silbase el final. Un gol de última hora lo cambiaba todo. La profesión nunca ha sido justa con los periodistas deportivos, porque tienen unas virtudes inusuales y no especulan: el resultado es determinante. Tuve momentos ilusionantes, como cubrir en Melbourne la final de la Copa Davis entre España y Australia en el año 2003, la del himno de Riego. Daba gusto tratar con tenistas. Era todo lo contrario del insufrible mundo del fútbol, plagado de cortapisas y desconsideraciones.

Pocas veces he sufrido más con una historia que cuando pacté «una entrevista larga» con Héctor Cúper, el entrenador del Inter de Milán, una

semana antes de su enfrentamiento con el FC Barcelona en Liga de Campeones, en febrero de 2003. Ningún ministro o presidente de Gobierno me ha hecho pasarlas tan canutas como Cúper en la dichosa entrevista. No exagero. Tras cursar petición por escrito al Inter de Milán y recibir aceptación, compramos el billete de avión: de domingo por la mañana (para ver el partido del Inter en San Siro) a miércoles por la noche. Me preocupaba, claro, fijar la cita para ver qué otros reportajes podía escribir.

—Pásate por la sala de prensa tras el partido del domingo. Ningún problema.

El jefe de comunicación interista daba todas las garantías *a priori*, pero terminó con mis nervios. En la sala de prensa en San Siro dijo que al día siguiente, lunes, descansaban, pero que ya me comunicaría la hora y el lugar de la entrevista. Pero el lunes, nada de nada. El martes, tras numerosas llamadas, señaló de forma deliberadamente confusa que podría entrevistar a Cúper a las once de la mañana del miércoles en Appiano Gentile, el centro de entrenamiento del mítico equipo milanés.

Cuando llegué a las instalaciones, la entrevista «larga» pactada con tantos días de antelación se limitó a una breve conferencia de prensa junto a otros medios españoles, en su mayoría deportivos. ¡Me subía por las paredes! Eso no podía quedar así. A mí me podían torear, pero a un diario prestigioso como *La Vanguardia*, ni en broma. Intercedió Cristina Cubero, de *El Mundo Deportivo*, más curtida en el mundo del fútbol, y entre ella y mi cara de mala leche, fui citado a eso de las seis de la tarde, dos horas antes de la salida del vuelo de regreso y con un límite de treinta minutos para la entrevista (que fueron tres cuartos de hora). No perdí el vuelo a Barcelona de milagro. ¡Qué poco respeto nos dispensan a los periodistas en el tinglado del fútbol! Uno es culpable hasta que demuestra lo contrario.

Hubo un día determinante hacia el final de mi etapa en Deportes. Me di cuenta de que estar allí ni beneficiaba a la sección ni a mí mismo. ¿Por qué solo me asignaban declaraciones de vestuario o la crónica de un Terrassa-Elche? Vaivenes de la vida profesional. El «hasta aquí hemos llegado» interior se produjo en una eliminatoria de la Copa del Rey entre el Gramenet y el FC Barcelona disputada a partido único en el feudo del primero en la

lluviosa noche del 27 de octubre de 2004, con un horario infame por lo tardío, las 21.45 horas. Juan Bautista Martínez tenía que escribir la crónica principal y yo un despiece «de color». Saludamos al padre de Messi: su hijo debutaba como titular en partido oficial del primer equipo. Tenía mucha razón el hombre cuando comentó que era un partido donde había poco que ganar...

Fue una noche de perros para todos. Elegí una anécdota para reflejar la atmósfera de los campos modestos, «esos campos de Dios», como decían los viejos aficionados cuando su equipo visitaba ciudades o barrios menores. Desde el primer al último minuto de la primera parte, un aficionado local, todo un personaje, se colocó justo detrás del banquillo del Barça, ocupado por Frank Rijkaard —pocos podrán decir que hayan compartido cigarrillos rubios con él en una dependencia anexa al vestuario del Camp Nou— y los suplentes, y se dedicó sin parar un segundo a hacer chocar un par de platillos.

Me pareció un digno motivo para mi texto. Incluso Rijkaard se rio, pero al rato, exasperado por aquella tormenta de sonido y furia, le suplicó una tregua, que no le fue concedida. Yo presuponía que el Barça terminaría ganando a un 2.^a B pese al desganado juego en el que ni siquiera Messi destacó. Envié la crónica antes del final del partido, que llegó a la prórroga.

Pero saltó la sorpresa, porque la Grama se impuso 1-0 cuando el reloj pasaba ya de la medianoche y en la sección querían sí o sí que trufase las declaraciones pospartido. De modo que al filo de la una de la madrugada, en la reducida sala de prensa del campo, enmendaba el texto, que a mi juicio perdía cualquier atisbo de originalidad. Churro, mediamanga, mangotero. Esperé a Juan para regresar a Barcelona, empapados y con los ordenadores a cuestas. Arreciaba la lluvia, ya no quedaba nadie en el campo municipal y tuvimos que ir andando hasta una gasolinera para pedir un taxi. La una y media, sin un alma alrededor, muerto de hambre y sin una esposa cariñosa como la de Juan que por teléfono le dijo que le tenía preparada una sopa caliente. Ahí terminó mi etapa como periodista deportivo *full time*.

HURGAR EN EL DOLOR AJENO

El 11 de septiembre de 2001 me reincorporaba al diario tras las vacaciones. Toda la placidez de la Diada nacional de una Cataluña en aquel entonces sin ambiciones independentistas dio un súbito vuelco con las imágenes que llegaban en directo desde Nueva York. Pelayo 28 era un zafarrancho de combate: nos habían declarado la guerra, pero no sabíamos ni quién, ni contra qué, ni hasta cuándo. En pocas horas, una redacción que se había levantado con la parsimonia de un día festivo tenía que confeccionar un diario a la altura de los acontecimientos. Con los años, uno ha aprendido que, pase lo que pase, suceda a la hora que suceda, un gran diario siempre es puntual y acude con su mejor cara a la cita con el lector. Esa certidumbre atempera los nervios, relativiza el engorro de tener que cambiar de planes. Ese día, la agitación que había en la redacción desembocaría a las doce de la noche en un ejemplar impreso capaz de resistir el juicio de la hemeroteca.

El director, José Antich, me dio una orden clara: sal para Nueva York lo antes posible. El encargo era un premio a la experiencia y al mismo tiempo un ultimátum sin opciones: ningún otro periodista español de la competencia podía llegar a Manhattan antes que yo. Por suerte, además de nuestro corresponsal en Washington, el solvente Xavier Mas de Xaxàs, teníamos a Sergio Heredia de paso en Chicago —estaba de vacaciones—, lo cual garantizaba para nuestro periódico crónicas y reportajes *in situ* de calidad, a

la altura de la tradición de un diario que siempre ha tenido una firma propia allá donde ha sucedido algo importante en el planeta. Resumiendo, y parafraseando a Oscar Wilde a propósito de la buena vida: el periodismo de calidad es caro, pero lo otro no es periodismo.

Todos los vuelos previstos habían quedado anulados, y era imposible satisfacer la exigencia del director. Hasta el jueves 13 de septiembre no vi el final del túnel: el viernes, a hora incierta y con probables problemas de espacio, saldría el primer vuelo de Madrid hacia Estados Unidos. Una portavoz de American Airlines me dio la pista definitiva:

—Yo de ti estaría mañana a primera hora en Barajas. Procuraré que tengas plaza, pero todo está en el aire.

A primera hora del viernes estaba en Barajas en la cola de un vuelo sin destino definido a la costa este de Estados Unidos, una cola formada por ciudadanos estadounidenses, periodistas españoles y un relevante abogado español llamado José Luis San Pío. Su hija, de veintisiete años, de nacionalidad española, trabajaba en el piso 92 de las Torres Gemelas. A esas alturas de la tragedia, nadie confiaba en que hubiese sobrevivido, pero tampoco nadie podía darla por muerta con seguridad. Hurgar en el dolor ajeno o no hacerlo es un dilema enorme que al periodista no deja de plantearsele nunca, y que toca abordar con mucho tacto.

Tras tres noches casi en vela con sus días de nervios, estaba en el sitio exigido por el director: un asiento en el primer vuelo que despegó de España hacia Estados Unidos, uno más entre un pasaje compungido, porque todos y cada uno de nosotros tenía una historia propia en relación con la tragedia. Eso contribuyó a crear un vínculo de fraternidad entre pasajeros y tripulación, que se palpaba, como si fuésemos amigos de toda la vida. Hasta pocos minutos antes de despegar no supimos que el destino sería la ciudad de Cincinnati, a 914 kilómetros de la Gran Manzana. No era lo ideal. Tampoco sufrí excesivamente: «Dios proveerá» es mi lema para estos casos.

Al llegar al aeropuerto de Cincinnati, no quedaba otra que esperar, probablemente horas o incluso días, para conseguir plaza en los vuelos a los aeropuertos cercanos a Nueva York que ya operaban parcialmente. Paciencia y mucha, de modo que me fui a la sala de fumadores. Aún era un espacio

«humano», es decir, tenía mesas, amplitud y aire acondicionado, a diferencia de los cuchitriles de ahora, proyectados no para que los viciosos puedan fumar sino para que se sientan mal, se ahoguen en su propio humo y queden expuestos a las miradas despreciativas de los demás. No había ni una mesa libre y, por azar, vi a José Luis San Pío en una de ellas, solitario y fumando en pipa. Parecerá poco ortodoxo en un periodista, pero estuve a punto de no sentarme a su lado por que no creyese que era una astucia para entrevistarle sin miramientos.

Reaccionó con amabilidad a la tímida petición de permiso, y me invitó a compartir mesa. Yo sabía vagamente que se trataba de una hija de su primer matrimonio. Además de fumadores, los dos éramos divorciados. El vínculo con los hijos es más complicado. Según la composición de lugar que me había hecho, basada en una entrevista en una televisión española pillada al vuelo horas antes de embarcar, la hija tenía más trato con su madre, pero ante la magnitud de los hechos, los dos habían decidido que fuera el padre quien asumiese el viaje a Nueva York y sus consiguientes trámites dramáticos en la ciudad, donde, palabras mayores, entre 1975 y 1986 había dirigido el bufete de los Garrigues Walker, una familia patricia clave en las relaciones entre España y Estados Unidos durante el franquismo y la Transición.

Hablamos de generalidades. Fui incapaz de ir al grano. Me daba igual. No me sentía con autoridad ni fuerzas para preguntarle a bocajarro, abusando de su compostura y educación: «¿Tiene alguna esperanza de que su hija haya sobrevivido?», a pesar de que en un instante José Luis San Pío podía levantarse y desaparecer de mi vista para siempre, dejándome en la duda de si había faltado a una obligación profesional.

Al cabo de un rato, un funcionario estadounidense se acercó para informar de que estaban haciendo todo lo posible para embarcarlo en un vuelo a algún aeropuerto cercano a Nueva York. Lógicamente, las compañías daban prioridad a los familiares de las víctimas. Fue entonces cuando, para mi sorpresa, comunicó con la firmeza suave de quienes saben mandar y han mandado:

—Mi amigo viaja conmigo. Tome nota de su identidad.

Fue un momento pasajero de alegría. Sin esa ayuda inestimable, hubiese

perdido algunas horas tratando de hallar un pasaje o, contrarreloj, de alquilar un coche y firmar mi primera crónica no en Nueva York sino en algún punto intermedio del recorrido. Fue el de San Pío un gesto de grandeza, muy de caballero español. Me lo tomé como un reconocimiento, no tanto a mi persona como al periodismo sosegado, el que siempre había distinguido a los corresponsales y enviados especiales de *La Vanguardia*.

Algo de eso había, porque en el siguiente vuelo, José Luis San Pío habló con cariño de Ángel Zúñiga, legendario corresponsal de *La Vanguardia* en Nueva York, fuente de una de las anécdotas más jugosas de la redacción: no hubo manera de localizarle cuando el presidente John Kennedy fue asesinado. Se trataba de uno de esos chismes contados *sottovoce* en la sección de Internacional por los más veteranos de la casa. La excusa de Zúñiga, al cabo de muchas horas, fue que estaba encamado con un efebo (era homosexual, y sus crónicas mundanas de la vida social de Nueva York y del cine de Hollywood eran muy leídas y le valieron una gran celebridad entre los lectores). Se trataba de un periodista *bon vivant* y glamuroso en aquella España tan poco viajada del tramo casi final del franquismo. Yo solo le vi una vez en mi vida, ya retirado: en la tribuna del viejo estadio de Sarrià, luciendo un espléndido abrigo exclusivo digno de un *gentleman*.

Al cabo de un rato de espera, nos condujeron al siguiente avión, con destino a Filadelfia, con la promesa de que allí un coche nos trasladaría a Nueva York. Fue un golpe de fortuna decisivo en esa cobertura informativa. Durante el vuelo, mi salvador deslizó frases que ya sugerían su resignación, hasta el punto de que confesó lo que le gustaría que yo transmitiera a los lectores (yo le había pedido permiso para narrar el viaje que compartíamos): «Me gustaría que los españoles rezasen una oración no por mi hija sino por todos los que estaban allí». Y aun así, por incomprensible que parezca, no la dábamos por muerta en el resto de la conversación...

Tal y como había prometido el funcionario, un chófer, vietnamita, nos esperaba en Filadelfia con una limusina a punto para proseguir viaje por carretera, apenas dos horas de trayecto por la New Jersey Turnpike, una autopista muy familiar para mí porque era la que tomaba en los viajes en coche de Washington a Nueva York en mi etapa de corresponsal en la capital

estadounidense (entre 1993 y 1996). Ya eran las últimas horas del viernes, la madrugada del sábado en España: otra noche sin apenas dormir, pero con la adrenalina a tope.

Tras una hora de viaje, yo seguía sin hacerle la pregunta clave: «¿Cree que su hija puede estar viva, acaso herida en un hospital debido a la confusión? Al fin y al cabo, no figura en la lista provisional de muertos...». Pero algo en su extraordinaria compostura me impedía formulársela.

Lo recordaba de tantos viajes anteriores: Nueva York aparece de golpe a la vista, de forma deslumbrante, sobre todo de noche, porque uno aprecia la línea del cielo, poderosa y desafiante. ¿Acaso existe otra ciudad en el mundo que ofrezca un espectáculo tan vigoroso a los ojos del hombre?

¿Y qué vimos de golpe? Una columna de humo blanco que empequeñecía la silueta de Nueva York. Una columna de humo blanco nunca vista. Una columna de humo blanco que lo decía todo y humillaba el sentimiento de poderío de Nueva York. Fue el momento que daba respuesta a mis dudas y confirmaba lo inevitable. Emergieron el padre y su tragedia.

—Ya ves...

Solo dos palabras. Ni siquiera tres. Estuvimos a punto de llorar los dos. Y no hubiese sido una lágrima sino un llanto. Aún me emociono al escribir sobre ese momento dieciséis años más tarde. No me atreví —qué actitud tan ridículamente masculina— a darle un abrazo. En la columna blanca estaba la vida de su hija, embarazada de siete meses, de gemelos. Torpemente, el chófer rompió el silencio en tono gracioso.

—No más Torres Gemelas, ¿eh?

La siguiente media hora fue banal. Hablamos de si habría o no tráfico en el túnel Lincoln. En cuanto llegamos a Manhattan, muy cerca de Times Square, bajé de la limusina y nos deseamos mucha suerte. Acabábamos de compartir un largo viaje inolvidable, y la despedida fue breve, sin esas absurdas coletillas del tipo «a ver si nos vemos por Madrid y tomamos algo». En el fondo, es más digno el silencio que decir vaguedades que uno sabe a ciencia cierta que no se cumplirán.

El viaje en sí mismo era una buena historia. De esto se trata siempre. Sin haberlo buscado aposta, ese viaje me permitía salir airoso de esa primera

crónica urgente cuando apenas había podido pisar la calle y empaparme de los hechos. Me dieron media página, en la página 13. Lo tenía todo en la cabeza y quedé satisfecho con la crónica. El título, de una línea, rezaba así: «Una oración por Isabel». Hice mío el deseo tan cristiano del abogado.

Estaba reventado pero con prisa por recorrer Nueva York en busca de la siguiente historia, que no iba a ser tan pausada ni una secuencia tan perfecta. Horas más tarde, cuando la crónica ya estaba impresa, tuve un presagio: ¿seguro que se llamaba Isabel? No se lo había preguntado. Siempre hablamos de «la hija».

Con pesadumbre verifiqué que no se llamaba Isabel sino Silvia. Son errores que hunden, aunque tienen una ventaja: son una lección de modestia. Para no olvidar que este es un oficio en el que cometes muchos errores, el mejor antídoto contra la soberbia.

DE PELAYO 28 A DIAGONAL 477 PASANDO POR MANILA

El año 2004 fue relevante en la historia de *La Vanguardia*: adiós a la histórica sede de Pelayo, número 28, y traslado al edificio del 477 de la avenida Diagonal, junto a la plaza de Francesc Macià. Todo el mundo se libró al correspondiente ejercicio de nostalgia, del que yo participé relativamente: la vida sigue. La redacción de la calle Pelayo necesitaba una renovación, y los tiempos que se avecinaban hacían presagiar una reducción de plantilla, como ha sucedido en todas las grandes empresas que acumulan decenios de existencia. En resumen, que la redacción del centro histórico de la ciudad era demasiado espaciosa.

Por otro lado, la calle Pelayo había ido perdiendo carácter y se estaba convirtiendo en una arteria turística repleta de franquicias, donde, por ejemplo, era difícil tomar un buen café, que no era la especialidad del Heidelberg, el último reducto de autenticidad de la zona, donde tantas veces habíamos cenado un *hot dog* a medianoche, a la salida del periódico. Antes de dejar el local hubo una fiesta de despedida por todo lo alto, con Lluís Permanyer de cerebro, *el* cronista de Barcelona y uno de los periodistas más ilustrados de *La Vanguardia*, en competencia con Llàtzer Moix y Sergio Vila-Sanjuán, responsable del exitoso suplemento *Cultura/s*. Como dijo Arturo San Agustín, periodista y escritor, hablando de Permanyer y el crítico

de arte José Francisco Yvars, «los dos mejoran Barcelona».

Mi despedida particular de Pelayo 28 tiene que ver con la cabalgata de Reyes de ese 2004, meses antes del traslado, que se hizo efectivo en abril. Tenía familia en la calle siguiendo el cortejo, que muchos empleados de la casa observaban desde los balcones del edificio. Casi todos habíamos hecho lo mismo cuando nuestros hijos aún creían en los Reyes Magos.

Esa tarde, Jordi Juan, entonces subdirector, me puso la miel en la boca: ¿Cuánto costaría un vuelo a Manila? ¿Podrías ir lo antes posible? El precio era razonable. Y el motivo, apasionante, con todo el respeto por el dolor ajeno: el director general del Consorci de Turisme de la Generalitat entre 1993 y 1995, Joan Cogul, había muerto de un tiro en la cabeza en la capital filipina el 17 de diciembre, días antes de la citación que tenía en Barcelona para comparecer ante el juez que investigaba irregularidades económicas en su departamento. Era el llamado «caso Turisme». Se daba por hecho que el magistrado iba a retirarle el pasaporte dado lo avanzado de la instrucción.

El día de la comparecencia, la viuda se presentó ante el juez y depositó las cenizas de Joan Cogul, que había sido incinerado en Manila al día siguiente de su muerte, después de practicarle la autopsia. Aquella celeridad extrema y la dimensión política del caso —que perjudicaba a la UDC de Duran i Lleida— desconcertó al juez, por no decir que le «mosqueó». Las circunstancias de la muerte alimentaban toda suerte de especulaciones en los medios de comunicación: ¿suicidio o asesinato? Los más amantes del género novelesco incluso se preguntaban si las cenizas correspondían realmente a Joan Cogul o a otra persona...

Con buen olfato, Jordi Juan estimó que el mejor modo de informar y esclarecer los hechos era yendo a Manila y hacer periodismo. Yo conocía muy bien Manila, demasiado bien, y además siempre he estado, por voluntad propia, alejado de la política catalana y de sus políticos porque el día a día no me despierta curiosidad ni me excita y también por temor a ser abducido por la proximidad, las falsas amistades y las complicidades que yo —y con esto no critico a nadie— no habría sabido compaginar con mi forma de entender el periodismo. El mismo Día de Reyes volaba hacia mi adorada Manila, sin otro objetivo que recabar información y elaborarla.

Naturalmente, el objetivo no era especular sino informar sobre lo sucedido conforme a la que sería la verdad consensuada, la que más tarde llegaría al despacho del juez en Barcelona. Literatura, la justa.

Manila es una gran capital, sobre todo si tienes contactos. Necesitaba, ante todo, acceso a la policía que había investigado el caso, así que mi primera visita fue a la comisaría encargada del caso. No parecían muy dispuestos a darme toda la información por las buenas.

En paralelo, concerté una cita con uno de los periodistas más influyentes del país, Max Soliven, fundador y director del diario *Philippine Star*. Todas las mañanas, y no precisamente a primera hora, Max citaba a las visitas y amigos en algún hotel de lujo donde «despachaba» de un modo algo decimonónico, con cafés y mucho tiempo por delante. Era un periodista de raza, que se había opuesto al dictador Ferdinand Marcos.

Soliven era un gran amigo de Ninoy Aquino, que sería asesinado a su regreso del exilio, nada más bajar del avión en Manila. Fue el principio del fin de la dictadura conyugal de los Marcos en 1983. Sobre el hombre que hoy da nombre al aeropuerto de la capital filipina circulaba la leyenda de que era un agente de la CIA, algo muy plausible según Soliven. Lo cierto es que a este pocas cosas de Manila se le escapaban, parecía conocer a todo el mundo y cultivaba la solidaridad profesional con los enviados especiales que aterrizaban en Filipinas. Y es que los mujeriegos como él siempre me han parecido periodistas de fiar.

A las pocas horas de pedir a Soliven que me echara un cable, el jefe de la policía de Manila me dio todas las facilidades en mis sucesivas visitas a la comisaría y a otras dependencias oficiales. No había competencia de otros colegas y tuve el tiempo necesario para elaborar, creo, un buen reportaje, muy ceñido a la verdad: el informe policial, el análisis balístico, las fotografías en el lugar de los hechos —incluso del baño de la habitación matrimonial— y las conclusiones de los forenses.

Todo apuntaba a que se trató de un suicidio, aunque hubiese detalles menores capaces de mantener un margen de duda. En la actualidad, las especulaciones están más cotizadas que en 2004, y no quiero ni pensar en lo que hubiese tenido que hacer hoy: enviar tras cada paso una pequeña crónica

a la página web y algunos tuits que, a su vez, no hubiesen despejado las dudas y misterios del caso. Lo que digo muchas veces: periodismo de gatillo rápido y sin contexto, lo que el microondas es a la gastronomía.

Cometí un error humano importante, del que me he arrepentido con los años. No fue el de visitar la lujosa villa que ocupaba Cogul, en la urbanización de Dasmariñas, que estaba en alquiler, haciéndome pasar por un hombre de negocios, ni el de rescatar fotografías de la vida social del matrimonio, o el de ver las fotografías del atestado como quien repasa las postales de las últimas vacaciones. Mi error fue reproducir varios fragmentos de la carta de despedida del suicida a su familia.

La sensación de que la dirección del diario confiaba poco en mí y los avances en la investigación periodística que había logrado en poco tiempo me empujaron a pasar por encima de algunos principios éticos. No fui moralmente elegante; el fácil acceso a todo lo relativo al caso se me subió a la cabeza. Arrasé con toda la información y no puse ninguna distancia entre lo sucedido y lo publicado. El asunto estuvo a punto de llevarme a los tribunales; lo evité por los pelos, gracias a la cordial entrevista que mantuve con el abogado de la viuda, Juli Pardo, expresidente del RCD Espanyol.

Regresé a Barcelona convencido de que el suicidio de Joan Cogul nos hubiese podido llevar al fondo del caso Turisme, del que el difunto había sido beneficiario y víctima. El juez tardó meses en recibir los mismos documentos de los que yo había podido disponer. La Audiencia condenó a nueve de los implicados —entre ellos la viuda, le cayeron tres años y medio—, aunque finalmente el Tribunal Supremo rebajó las penas a menos de dos y nadie ingresó en prisión. Al regresar a Barcelona desde Manila, el asunto había quedado zanjado en lo que a mí se refería.

Después de eso seguí unos meses más en Deportes, hasta cubrir los Juegos Olímpicos de Atenas. Semanas después regresé a la casilla de salida, la sección de Internacional, como segundo jefe de sección después de Carles Esteban, el capo, y de Lluís Uría.

La redacción ya no estaba en Pelayo, pero lo que se había perdido no era eso, sino el espíritu de la redacción de Pelayo. Aunque es ley de vida, no dejó de ser traumática la marcha —bien por voluntad propia, bien porque se

prejubilaban— de algunos profesionales magníficos como Moncho González Cabezas, Merche Beltrán, Juanjo Caballero, Josep Carles Rius, Carlos Pérez de Rozas o el kennediano Juan María Hernández Puértolas, que sabe tanto del mundo económico del país como de su Real Zaragoza. En su fervor, animaba grandes tertulias futbolísticas, a las que se sumaba con pasión juvenil Xavier Batalla, excorresponsal en Londres y todo un sabio de las relaciones internacionales. Juan María aportaba al debate un tono nostálgico, porque idealizaba el fútbol del franquismo, hasta el punto de poder recitar de memoria el nombre de «los cinco magníficos», la legendaria delantera maña de los años sesenta. Poca broma. (Ojo, que yo también me la sé.)

Las bajas, no siempre cubiertas, y el afianzamiento de José Antich en su puesto de mando relajaron ciertas tensiones ambientales entre las nuevas incorporaciones y los «periodistas de la casa». Estos dejamos de ser vistos como unos gandules o ineptos. No había razón para que nos aparcaran. En mi caso me hizo ganar puntos el hecho de pasar a formar parte del consejo de redacción, un órgano cuyos miembros son elegidos por la redacción y cuyo objetivo es velar por las buenas prácticas y trasladar a la dirección sugerencias, quejas o reclamaciones no laborales.

No es fácil, todo sea dicho, mantener a raya el ego de todos los periodistas de una redacción, cosa que observé cuando asumí la dirección de la sección de Internacional en el año 2005. Sin haberlo buscado.

—Yo no sirvo para mandar.

—¿Y no crees que a mandar se aprende?

Más o menos así fue la conversación en el despacho del director cuando quiso que relevase a Carles Esteban (Lluís Uría, su segundo, un gran profesional y mejor compañero, se iba de corresponsal a París). Creo que los dos, Antich y yo, teníamos mucha razón. Fueron unos años exigentes los que pasé al frente de Internacional, porque todos los corresponsales —lo sabía por experiencia— creen que los temas que proponen se merecen más espacio del que les dan en Barcelona.

No era fácil lidiar con grandes figuras como Tomás Alcoverro, el último *rais* de Oriente Próximo, o Joaquim Ibarz, quizás el periodista más completo que he tenido la suerte de conocer, corresponsal en América Latina desde

principios de los ochenta hasta su doloroso fallecimiento, en marzo de 2011. Cada día suceden cosas en el mundo, no siempre previsibles, y el cumplimiento del horario era un matacrismos. Por fortuna, Elisenda Vallejo era la número dos, muy ordenada, además de leal y sensata en su criterio informativo.

Yo, en efecto, no sé mandar, abroncaba a destiempo —a veces con razón, eso sí— y tenía que hacer frente a un cambio importante que tardamos en comprender: ya no había dinero para viajes no estrictamente necesarios. Pese a todo fue un lujo dirigir un equipo de grandes corresponsales, una red que habla por sí misma del compromiso de *La Vanguardia* con la información de calidad, *urbi et orbi*.

¿Quieren nombres? Allá van: Rafael Ramos en Londres, Xavier Aldekoa en Sudáfrica; otros puntales europeos eran Uría, Eusebio Val y Beatriz Navarro, la sucesora de Fernando García en Bruselas. Fernando era y es tan trabajador que se enfadaba por estar en La Habana, sin la obligación de escribir a diario —esa corresponsalía fue fugaz, hecha a la medida de los meses finales de Fidel Castro.

Con los años, el director empezó a enviarme a mí a cubrir muchos acontecimientos. Otras veces me «elegí» yo, como cuando, a falta de voluntarios y fiel a mi adoración por Japón, fui a cubrir la tragedia de Fukushima, donde recibí el doctorado en pérdida de miedo a los seísmos: las réplicas eran diarias y constantes.

Alfredo Abián, el número dos del diario, fue muy cariñoso al despedirme antes de mi partida hacia Japón: si me ocurría algo, la empresa y él personalmente afrontarían la situación. Supongo que tenía en mente un sepelio de primera categoría, con mucho boato y una gran esquela en el diario. Aquella cobertura, por cierto, me comportó algún que otro boicot sexual femenino. ¿Quién iba a querer tocar a alguien procedente de una zona con tanta radiactividad? Para colmo, a alguien se le ocurrió sacarme el apodo de Gusiluz.

Lo único malo de Diagonal 477 es que tuvimos bajas muy dolorosas: Joaquim Ibarz, Xavier Batalla y Jaime Arias (el único que falleció «por edad»). No es fácil tener periodistas como ellos en el panorama actual. Qué

putada ver cómo la vida se les escapaba a dos hombres tan vitales, cultos y con tan extraordinario olfato como Ibarz y Batalla.

Jaime Arias se fue como era él: sin hacer ruido y con elegancia. Había guardado, por prudencia y sentido del deber profesional, anécdotas y vivencias de primera magnitud, más allá de las que ya vertió en su deliciosa serie «Tal como los conocí», convertida en libro por el sello de la casa, Libros de Vanguardia. Como Carlos Nadal, otra baja irremplazable, simbolizaba la escuela anglosajona del periódico de los Godó. Lo que no era obstáculo, en el caso de Jaime, para ser un gran francófilo. Precisión, cultura, criterio para distinguir entre lo que es importante en el periodismo —y en la vida— y lo que no.

Por suerte, visité a Jaime Arias en compañía de Llätzer Moix pocos días antes de su fallecimiento, ocurrido en octubre de 2013. Tenía la habitación llena de diarios, la mayoría extranjeros, y unas vistas a las pistas del Tennis La Salut. Jaime Arias era un *gentleman* que disfrutaba como un niño de los duelos entre Federer y Nadal. Nos habló muy bien de Javier Godó, el editor, al que profesaba un hondo cariño. Y de la actualidad internacional. *We miss you, Sir.*

ESCRIBIR COLUMNAS O LLEVARÁS LUTO POR MÍ

Ser periodista en el mundo ya no es lo que era, claro. Cuando empecé, en los años ochenta, esta profesión gozaba de respeto a escala mundial, y en cualquier situación peligrosa lo primero que uno hacía era mostrar algún carnet de prensa, y no me refiero a las puertas de las discotecas, que también.

Años más tarde, en febrero de 2011, sin embargo, no mostrar ninguna identificación del gremio fue lo que me permitió ponerme a salvo. El régimen de Hosni Mubarak, debilitado por las protestas de la plaza Tahrir, lanzó una ofensiva de acoso a los periodistas extranjeros nunca vista. Ya no nos veían como actores neutrales sino como gente beligerante con un partido tomado. Si nuestra profesión había gozado de una época de prestigio a escala internacional gracias al escándalo Watergate, en 1973, a mi modesto modo de ver ese febrero de 2011 en El Cairo dio la vuelta a la tortilla.

La crisis del periodismo obedece en parte a que los periodistas nos hemos tirado piedras a nuestro propio tejado y en parte al hostigamiento del que somos objeto, que no deja de ser una demostración de que todavía alguien nos concede importancia, aunque sean censores, militares o el poder económico y político.

Para salir del atolladero, *La Vanguardia* hizo el experimento de mandar a plumas literarias a los conflictos internacionales. Una suerte de enviados

especiales VIP, exentos de la tarea de picar piedra informativa y del minuto a minuto. La estrategia molestaba a la tropa de Internacional —entre la que me cuento— y languideció gracias a la honradez profesional de Quim Monzó, que en un viaje a Israel con Palestina en llamas reconoció públicamente que no sabía cómo informar y que no era plan tirar de reportajes «de color».

Desde entonces, admiro a Monzó no solo como escritor sino también como persona dotada de integridad. No diré su nombre, pero llegamos al extremo de que una de estas firmas viajó a Nueva York a las pocas semanas del 11-S de 2001 y, a la vista de la «normalidad» que reinaba en la ciudad —la gente, claro, seguía haciendo cosas normales como comprar alimentos o llevar a los niños al colegio—, vino a decir que los periodistas habían exagerado mucho sobre el dolor y la tragedia de Nueva York.

También en El Cairo, por pura coincidencia, visualicé rotundamente el daño que las webs, los blogs y los *amateurs* infligían al prestigio de la profesión, tan difícil de ejercer si no hay detrás una empresa informativa sólida. Ocurrió cinco meses después de tomar posesión del cargo, cuando el presidente Barack Obama eligió la capital egipcia para exponer, el 4 de junio de 2009, su visión sobre Oriente Medio, en una conferencia que suscitó gran expectación y que se desarrolló en la sala de actos de la Universidad de al-Azhar. Lógicamente, tocaba acreditarse ante el Ministerio de Información de Egipto, país al que nunca le faltan ministerios, departamentos, direcciones generales y, sobre todo, funcionarios y burocracia. Hasta ultimísima hora del 3 de junio, todos los peticionarios aguardábamos la entrega de las credenciales con la inquietante impresión de caos y de que no había espacio para todos. En la sala de espera del tronado Ministerio abundaban «aventureros», activistas y pardillos occidentales, la mayoría de los cuales tenía su propia web o blog, incluyendo algunos abiertamente sesgados en un asunto tan delicado como Oriente Medio.

Un «periodista» estadounidense que llevaba meses viajando por la región me contó con todo su candor que escribía por *hobby* y que lo que le hacía ilusión era simplemente ver de cerca al presidente Obama... Por un momento temí que «periodistas» como él tuviesen plaza en el anfiteatro y que medios como *La Vanguardia* —y otros europeos con mucha solera y muchos lectores

— nos quedásemos sin acreditación por razones de capacidad. Lo siento, pero esta «democratización» del periodismo ha contribuido al desprestigio y a una alarmante pérdida de credibilidad de la profesión. Que es una profesión, no un *hobby*.

Informar bien de lo que sucede en el mundo, como ya he dicho, es caro, pero lo otro no es periodismo. No lo digo por defender unos privilegios corporativos, sino por realismo y años de oficio. ¡Menudo pastón supuso para la empresa tener a cuatro periodistas en El Cairo, por ejemplo, durante la revuelta de Tahrir que terminó con la dimisión de Hosni Mubarak! Por orden de aparición en el lugar de los hechos éramos: Gemma Saura —allí cosechó su primer éxito profesional—, Tomás Alcoverro, servidor y la torrencial Pilar Rahola, desplazada para un amplio reportaje dominical.

Todos estábamos alojados en el Ramses Hilton, el cuartel general de la tropa periodística mundial porque estaba junto a la plaza Tahrir. «La hora más oscura de El Cairo», tituló Alcoverro la información sobre la caza del periodista extranjero, orquestada por los matones del régimen en los días 2 y 3 de febrero. Un texto contenido y austero, como debía ser: nosotros somos lo de menos.

Lo pasamos mal porque aquellos individuos, como sus jefes, se estaban jugando el pan. Nos esperaban a pocos metros del hotel. Recuerdo que para llegar de buena mañana a la plaza Tahrir, todo un reto, quedamos en ir juntos Gemma Saura y yo, vestidos como turistas y con la actitud propia de una pareja algo despistada y con guía bajo el brazo incluida. El disfraz funcionó y nos permitió ganar el epicentro de la protesta contra Mubarak.

Después llegaría el drama, porque Tomás y Pilar, por separado, fueron retenidos, con zarandeos y amenazas, a la salida del Ramses Hilton. Alcoverro consiguió telefonearme para pedirme que tratase de sacarlo de la comisaría donde estaba y de cuya ubicación tenía una idea imprecisa. No lo logré, aunque a mí me dejaron en paz porque de turista pasé a presentarme como secretario de la embajada del Reino de España en Egipto. Horas después, a media tarde, las turbas llegaron a avanzar hasta la puerta del hotel. Parecía que de un momento a otro iban a entrar a repartir a mansalva. Contemplamos la maniobra, ya todos sanos y salvos. Me lo tomé con

resignación: que sea lo que Dios quiera. Nos acusaban de dar alas a la protesta y de ser enemigos de Egipto...

En los últimos años de la dirección de Antich mejoró la relación de este con la tropa, y desaparecieron los recelos. Nadie quería hacerle la cama. El esfuerzo colectivo permitió superar las bajas en la redacción y conservar una plantilla aún potente, que fue capaz de asumir la aparición de la edición en catalán en 2011, un «ahí queda eso» en el balance del director. Terminamos adaptándonos todos a todos, y el ambiente se fue haciendo distendido, salvo en contados episodios de discusiones a cuenta del *procés*, un terremoto político que contribuyó al desgaste del director. El 12 de diciembre de 2013, Antich era relevado por Màrius Carol.

La llegada de Màrius Carol fue, en cierto modo, un retorno a la cultura tradicional de *La Vanguardia* de mi primer director (Horacio Sáenz Guerrero), marcada por las buenas formas, cierta cordialidad y un *laissez-faire* en todos los ámbitos. Para algunos virtud y para otros defecto, ese estilo de dirigir de la casa es un elemento indispensable a tener en cuenta para explicar por qué el periódico ha superado los ciento veinticinco años de existencia y ha sobrevivido a todos los vaivenes políticos.

Conocía al nuevo director desde los años ochenta, cuando él trabajaba en *El País*. Recuerdo un torneo de fútbol para la prensa en La Rochelle (Francia). Fue ese un viaje jaranero y canalla: éramos jóvenes, y todos del Barça. Carol era ya entonces un periodista muy viajado, con una idea de la vida recomendable y cierta frivolidad que yo comparto. Dosificada y aplicada con mano izquierda, resulta positiva en este oficio.

A mí el cambio de dirección ni me iba ni me venía: era redactor jefe de Internacional, un reducto a salvo de los vaivenes de la política nacional. No obstante, en su primer paseo por la redacción el día en que se estrenaba como director, Carol se me acercó y, sin darle mucha importancia, me comentó que no iba a seguir escribiendo sus columnas, que salían todos los domingos, lunes y miércoles, los dos primeros días junto al editorial. Quería que yo fuese su sustituto temporalmente. Me dio una explicación corta y satisfactoria:

—Escribe tú, que te gustan las mujeres y la buena vida. Nada de

tabarras...

Palabra arriba, palabra abajo, eso fue todo. Más que suficiente. Entendí que no quería análisis de política internacional ni pensamientos elevados. Yo también pensaba —y pienso— que un periódico es una obra coral en la que no puede faltar alguna tontería. Un divertimento. La anécdota personal, siempre y cuando se trate de algo en que el lector pueda identificarse y hacer suyo. Además, siendo un simple periodista sin ínfulas de escritor, tampoco veo que tenga más valor escribir lo que uno piensa que escribir lo que uno hace y ve a su alrededor, incluyendo las actividades nocturnas.

Me tomé el encargo como un reto apasionante. «*Facts are sacred, comments are free*» es una de las mejores máximas que aprendí en la Facultad de Ciencias de la Información donde estudié. Hasta 2013 había manejado hechos y datos para centenares de crónicas. Ahora me tocaba hacer algo distinto. Y que no provocase indiferencia. Que la gente no se tomase completamente en serio ni completamente en broma, a la manera de un maestro del articulismo, el gallego Julio Camba. Asiduo colaborador de *La Vanguardia*, fue el columnista mejor pagado del siglo XX. Sus textos, que solían ser cortos, eran geniales, irónicos. Camba era todo un personaje, «al que la pereza le obligó a pasarse la vida trabajando», según las acertadas palabras de Juan Bonilla en el prólogo de *Sobre casi todo*. «Yo soy un escritor de artículos cortos, cosa terrible, porque los artículos cortos se leen», escribió Camba.

Una columna es un espacio de lujo porque encaja con la forma de leer actual, más impaciente que en el siglo XX. Y lo cierto es que no hay nada que no se pueda decir en pocas palabras, si se escogen sabiamente. Tenía, pues, un bombón. Pero nadie dice que el chocolate no pueda ser amargo. Mi primera columna fue deliberadamente costumbrista y menor: «Menudas cenas (las de empresa)». Nada de solemnidades.

Tenía muy claro, además, que las relaciones entre hombres y mujeres son algo muy importante en la vida, pero sobre lo que pocos articulistas se atreven a hablar con franqueza y a tumba abierta. ¿No era yo divorciado y por tanto capaz de contar lo que otros —entre ellos muchos hombres casados— piensan o dicen entre amigos pero nunca dirían en una tribuna pública? A

estos lectores —y a las lectoras a las que les entretiene saber nuestras tonterías— empecé a dirigirme, a sabiendas de que muy pronto me etiquetarían de machista, de rancio y otras lindezas porque pisaba un terreno dominado por la corrección política y un discurso bajo el control feminista.

Y vaya si me llovieron los palos. De todos lados, incluso de la redacción y alrededores, donde había quien pensaba que hablar de conquistas, chascos, andanzas, noches toledanas y algo de sexo era indigno de un espacio vecino al editorial. Me consta que el director defendió mis columnas con valentía, y eso es algo muy de agradecer. Creo que al editor, Javier Godó, también le hacían cierta gracia.

Me hubiese resultado sencillo, conociendo casi todos los trucos del oficio, escribir textos profundos y posiblemente presuntuosos (el ego del periodista no es pequeño). Pero ya llevaba años de mili, y la oportunidad de escribir libremente era un lujo al que no podía responder con tibiezas. Soy, ya me indultarán, aficionado a los toros, y tuve muy presente el libro-crónica *O llevarás luto por mí*, un *best seller* de Dominique Lapierre y Larry Collins publicado en 1967 y reeditado por Planeta en 2010 por su vigencia: es un gran retrato periodístico del tardofranquismo y la España de los años sesenta, dinámica y cambiante aun en su aislamiento, con la vida de El Cordobés como excusa argumental. La enseñanza vital del libro guarda relación con el título. Manuel Benítez era un chaval atrapado en la miseria y la pobreza de un pueblo de Córdoba, alguien que no se resignaba a su suerte, de modo que con catorce años se fue a pie a Madrid en busca de una oportunidad en el mundo de los toros, aún sinónimo de abundancia. Antes de largarse, el chico le promete a una hermana que volverá, pero no de cualquier forma: «Te compraré un piso o te vestiré de luto».

Pues eso: o una camilla de enfermería o la puerta grande. Lo que no podía era quedarme en el terreno de lo impersonal, tan amplio y cómodo en la vida. Que no iba equivocado lo avalaron las primeras cartas y comentarios de lectores. Venían con profusión de insultos y recriminaciones por las tonterías que contaba. Y me acusaban de machista, claro, algo que me valió mi primera distinción pública: el limón de la 23.^a edición de los premios de Comunicación No Sexista que otorga la Asociación de Mujeres Periodistas

de Cataluña, entregados en noviembre de 2015. El «honor» fue debido a dos columnas que, en mi opinión, no fueron bien interpretadas, cosa que quizás fue mi culpa.

En una de ellas criticaba a los hombres que se van de putas, un hecho lamentable pero no infrecuente en nuestra sociedad, ni en otras. Lo cierto es que acudí al acto de entrega creyendo que sería un visto y no visto. En cambio, el limón estaba reservado para el final. Vamos, que yo era el postre y no una fruslería. Ante el auditorio del CaixaForum de Barcelona lleno a rebosar —más del 90 por ciento eran mujeres—, quise trasladar el mensaje de que las mujeres no pueden arrogarse el monopolio del relato de las relaciones entre géneros. Y lo hice contando una anécdota sobre el candidato conservador a la presidencia de Francia, Valéry Giscard d'Estaing, que noqueó una vez al socialista François Mitterrand en un debate televisivo en mayo de 1974, antes de la segunda y decisiva vuelta. «*Vous n'avez pas, Monsieur Mitterrand, le monopole du coeur!*», le dijo. Y es que Mitterrand se arrogaba ante las cámaras y el mundo el monopolio de la sensibilidad social y la lucha contra las desigualdades. Esa vez, Giscard d'Estaing resultó elegido.

Curiosamente, al cabo de unos meses empecé a recibir comentarios de lectoras muy estimulantes y aun elogiosos, hasta tal punto que decidí imponerme la norma ética de no beneficiarme de esas reacciones con fines ulteriores. Tampoco en esto he sido un hombre de principios inquebrantables, y al final he optado por dejarme querer, cosa muy cómoda y agradecida. Y no lo digo con falsa modestia. Además de conocer a mujeres muy simpáticas y nada tontas, el eco positivo me confirmó en la teoría de que la sinceridad termina por ser reconocida, aunque a veces haya pecado en mi exhibicionismo. Una columna en blanco, como dice Quim Monzó, supone volver a levantar el muro de ladrillos que has construido el día anterior y que alguien —el lector— ha derribado por la noche.

Muchos lectores han agradecido esta franqueza a la hora de reírme de los hombres, empezando por mí, y también un poco de las mujeres del siglo XXI. Otros la detestan y envían cartas anunciando que van a dejar de comprar el periódico. Algunos amigos se sorprenden de que no promocione yo mismo mis columnas en las redes sociales. Yo sigo en mis trece: si tuviese cuenta de

Twitter no me habría atrevido a escribir libremente y hubiese hecho un Puigdemont (es decir, no convocar las elecciones en octubre de 2017 por miedo a las iras de la masa anónima, a pesar de que hubiera sido la mejor decisión para todos). Redes sociales al margen, tampoco le veo la gracia a que quien quiera pueda leer por el morro lo que produzco gracias al sueldo que me paga *La Vanguardia*, que no es una ONG sino un diario de venta al público en quioscos y pantallas.

En una línea consecuente con mi autoproclamado estatus de decano de los periodistas divorciados de Cataluña, opté también por manifestarme en confianza en mis columnas sobre el debate político en torno al *procés*, desde una perspectiva unionista. A menudo publicábamos informes, contenido de ruedas de prensa y declaraciones que daban por buena la teoría de que una independencia unilateral no supondría para Cataluña abandonar la Unión Europea. Eso es imposible por razones históricas y por la misma naturaleza de la Unión Europea y, sin embargo, gracias a la interpretación interesada del lenguaje diplomático al uso, la idea se había convertido en un mantra que alimentaba la ilusión de muchos. Nada es gratis en esta vida. Creo que tocaba defender lo contrario y no faltar a la verdad —como se demostraría en octubre de 2017— porque un opinador se debe también a la realidad.

Que cada uno piense y anhele lo que quiera, pero sin engaños ni manipulaciones; las cosas en el mundo no son como a cada uno de nosotros nos gustaría que fueran. Que se lo digan a los jóvenes que perdieron la vida en Tiananmén en 1989.

Y el *procés* ha sido y es un test de resistencia para el periodismo del que me temo que el oficio ha salido trasquilado. Al respecto tengo una espina clavada, la reacción de algún colega —publicada en papel— en la que me describía como un bebedor de *gin-tonics*, cuando soy de cubalibre con ron añejo. Pero no pudo soportar que yo desenmascarara a un supuesto premio Nobel de la Paz que se paseaba por el Palau de la Generalitat, discurseando en la Diada de 2017... ¡sin que el galardón le hubiera sido concedido! Que uno dé una noticia —citando fuentes consultadas en Oslo y Túnez— y un colega te linche en la plaza mayor no dice nada bueno de la profesión. Hay que ver hasta qué punto hemos perdido ciertos principios. Antes, al que daba

una exclusiva podías maldecirlo, pero nunca despreciarlo.

Ya no les aburro más. La película de Steven Spielberg *Los archivos del Pentágono* (2018) ha hecho justicia al mundo del periodismo, y retrata una simbiosis indispensable para tener una democracia de calidad: no hay buen periodismo sin buenas empresas periodísticas, y viceversa. Hoy, por desgracia, la gente cree que la información puede ser gratuita. Y eso afecta a la objetividad del periodismo y, por ende, a la democracia. Pone en circulación mala información, propaganda interesada, bulos. Y así florecen los populismos, los Trumps, los *brexits*, la sombra de Rusia, los movimientos xenófobos... A modo de resumen, hago mío el título de las memorias del director del mejor *Washington Post* Ben Bradlee: esta es *A good life*.

Menuda tropa la de los periodistas de mi generación.

VA POR USTEDES

Hay proposiciones irrechazables —presidir la Diputación de Almería o el CE Europa— y otras muy prescindibles, como casarse por segunda vez o escribir un libro. El mundo está lleno de libros menores, como el que tienen en sus manos. La culpa, como siempre, no es de uno sino de los demás y en mi absoluto descargo les diré que está escrito sin otra pretensión que entretenerles un rato. De modo que el mérito es mío y la culpa de ellos. Empezando por la gran Glòria Gasch, editora de Columna, que me propuso algo tan descansado como el relato en primera persona de 35 años de andanzas profesionales. A base de palo, zanahoria y paciencia —la suya—, terminé la obra, muy mejorada y más comprensible gracias a la profesionalidad y buen criterio de Mercè Ubach y Ana Camallonga.

Estoy agradecido y en deuda a la memoria de Horacio Sáenz Guerrero, mi primer director, mi ídolo y el maestro que siempre quise ser y nunca fui. Quiero dar también las gracias a todos los compañeros de *La Vanguardia*, con el pesar de no haberles citado salvo contadas excepciones. Un brindis asimismo al último director, Màrius Carol, que me legó sus tres columnas semanales cuando fue nombrado para el cargo y gracias a las cuales tengo el tesoro de algunos lectores. Otro a Javier Godó, conde de Godó, empresario de prensa, editor de *La Vanguardia* —fundada en 1881—, por ser el propietario de uno de los mejores diarios de Europa, un lugar donde siempre he sido bien tratado. Sin empresarios así, periodismo y democracia nunca irán bien.

ILUSTRACIONES

Horacio Sáenz Guerrero
Director de "La Vanguardia"

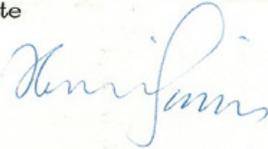
Barcelona, 22 octubre 1980

Sr. Don JOAQUIN LUNA MORALES
c/. Monasterio de Urdax 5, 6º D
PAMPLONA

Muy señor mío,

He recibido su carta y he leído su artículo. Escribe usted bien. Pero con eso no me basta. Tengo muchos colaboradores que escriben bien y para quienes no tengo sitio. La clave se encuentra en los temas y en las necesidades del diario. Si usted fuese lector cotidiano de diarios y revistas nacionales y extranjeras, le podría sugerir que me proporcionase una sección semanal que recogiera todas las noticias de interés personal, humano, pintoresco, curioso, etc.etc., que localizara usted, acompañadas, cuando fuera preciso, de un breve comentario. Para eso tendría lugar.

A la espera de sus gratas nuevas, le saluda muy atentamente



Carta de respuesta de Horacio Sáenz Guerrero, un gran director de *La Vanguardia*, al artículo en el que el autor, entonces estudiante de Periodismo, ofrecía sus servicios.

© Archivo personal



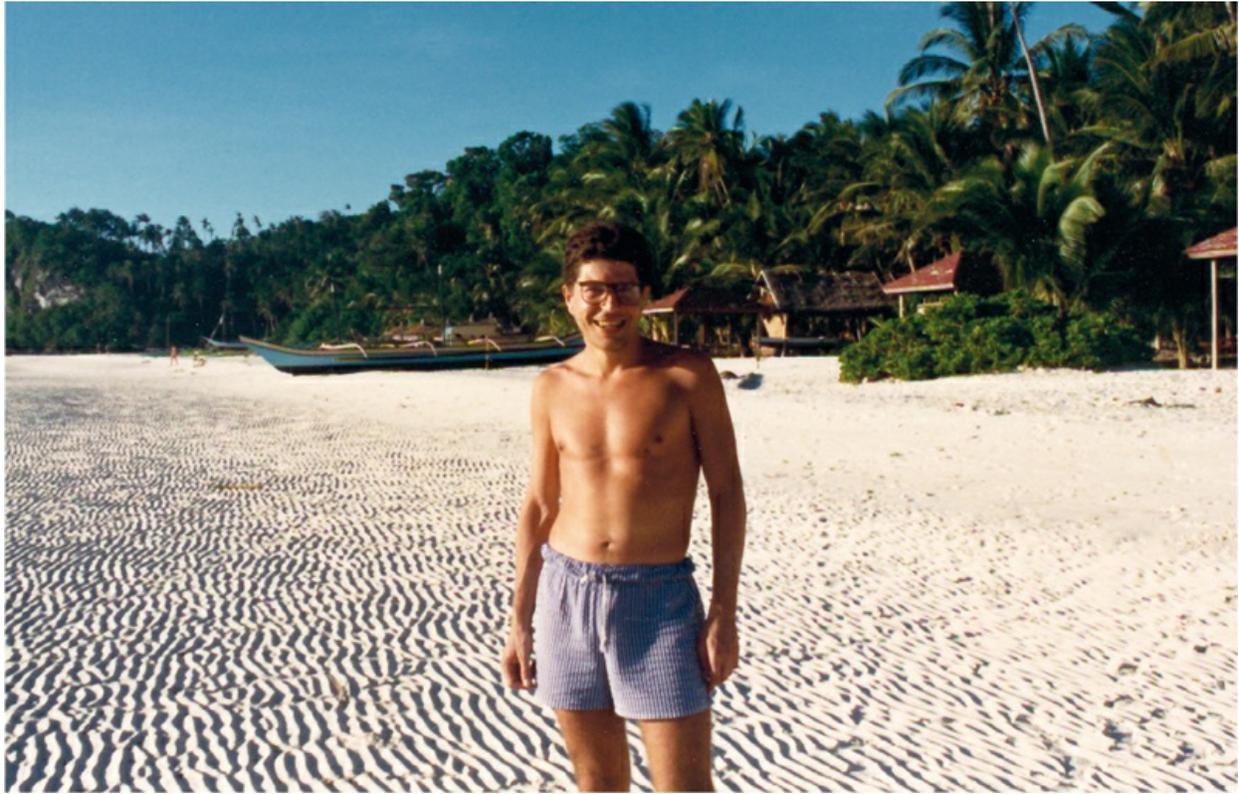
Cena de la redacción de *La Vanguardia* en el restaurante 7 Portes, a mediados de los ochenta. Al fondo están los ilustres veteranos, con corbata salvo en el caso de algún «intruso» —Llàtzer Moix, a la izquierda, el más alto—, y, en primer término, los nuevos. El autor es el primero de la primera fila por la derecha. A su lado, Elisenda Vallejo, Lluís Amiguet, José María Brunet y Pedro Madueño.

© Archivo *La Vanguardia*



Sustituyendo al psiquiatra y crítico taurino Mariano de la Cruz, todo un personaje de Barcelona, en una corrida en la Monumental, en agosto de 1987, junto al pintor Joan Pere Viladecans, amigo y gran entendido.

© Archivo personal



Escapada de *bon vivant* a la isla filipina de Boracay en 1988, un lugar paradisíaco que está muriendo hoy de éxito.

© Archivo personal



Duelo ante el palacio imperial en Tokio, en enero de 1989, por el fallecimiento del emperador Hirohito, en el trono desde 1926.

© Archivo personal



Visita, en noviembre de 1990, del entonces príncipe de Asturias, Felipe de Borbón, a los santuarios de Nikko, en Japón, junto a diplomáticos y periodistas españoles.

© Casa de S.M. el Rey

POOL

The Visit of Prime
Minister Gonzalez of Spain
December 6, 1993

**Statement with
President Clinton
Blair House**



3

Credencial para asistir a la conferencia de prensa de los presidentes Bill Clinton y Felipe González en la Blair House, frente a la Casa Blanca.



Entrevistando, junto al periodista de *El Mundo* Carlos Fresneda, a Daryl Hannah durante el rodaje de *Two much*, de Fernando Trueba, en una mansión de Coral Gables, Miami, en 1995.

© Salvador Sansuán



Pachanga en el Miniestadi del FC Barcelona entre periodistas de *La Vanguardia* —al fondo aparece Alfred Bellostas, de la sección de Deportes— y de *La Stampa* de Turín. En los ochenta había mucha juventud y futboleros de sobra en la redacción. Años más tarde, una racha de graves lesiones hizo que Joan Tapia, el director de entonces, implorase el final de estos partidos.

© Archivo *La Vanguardia*



En casa de Georges Wolinski, en 1998, en el barrio parisino de Saint Germain, tras ser galardonado en la tercera edición del Premio Internacional de Humor Gat Perich. Se definió como «dibujante de prensa». Fue uno de los doce asesinados en la redacción de *Charlie Hebdo* en enero de 2015.

© Eric Hadi/Sipa Press



Entrevista al presidente francés Jacques Chirac en el palacio del Elíseo, junto a Roberto Montoya (*El Mundo*), José Luis Barbería (*El País*) y Juan Pedro Quiñonero (*ABC*) en vísperas de su visita de Estado a España en 1999.

© Presidencia de la República Francesa

FINAL MEAL REQUEST
JEFFREY DILLINGHAM #999071
November 1, 2000

**1 CHEESE BURGER WITH CHEDDAR,
AMERICAN, MOZZERELLA CHEESE –
NO MUSTARD, MAYO OR ONIONS**

LARGE FRENCH FRIES

BOWL OF MACARONI AND CHEESE

**LASAGNA WITH 2 SLICES OF GARLIC
BREAD**

4 OZ. NACHO CHEESE

3 LARGE CINNAMON ROLLS

5 SCRAMBLED EGGS

8 PINTS OF CHOCOLATE MILK

El menú de la última cena de Jeffrey Dillingham, ejecutado en la prisión texana de Huntsville el día 1 de noviembre del año 2000, mientras el autor escribía un reportaje sobre el presidio con el que intentaba describir la América del candidato presidencial George W. Bush.



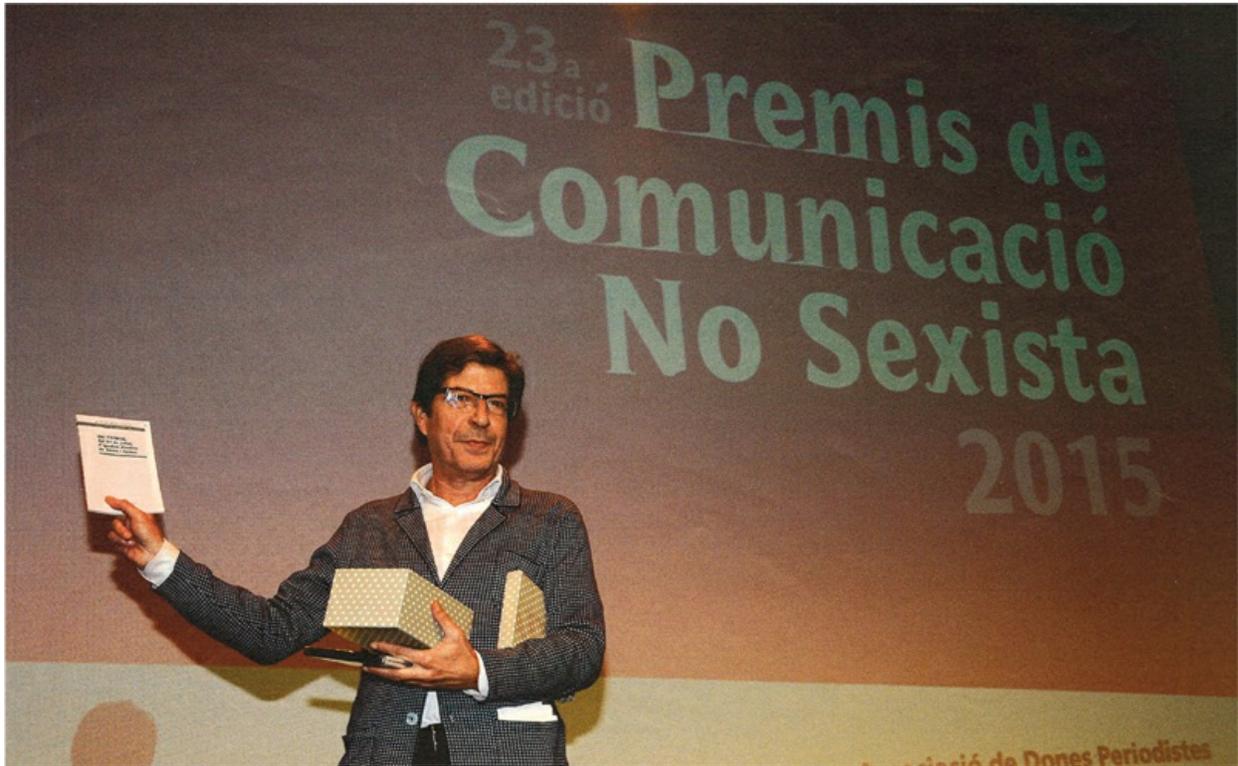
Souvenir del sur de Irak, durante la guerra que derrocó a Sadam Husein en 2003.

© Archivo personal



El presidente de Israel, Simón Peres, recibió a un grupo de informadores españoles en su oficina en Jerusalén en enero del 2013.

© Foto Gabinete de Comunicación de la Presidencia de Israel



Recibiendo el Premio Limón, «distinción» por dos artículos míos supuestamente machistas que me entregaron en noviembre del 2015 en un abarrotado auditorio del CaixaForum de Barcelona.

© Associació de Dones Periodistes de Catalunya



El legendario Carl Bernstein, el periodista que destapó el caso Watergate, visitó la redacción de *La Vanguardia* en junio del 2013 para alborozo de todos. Le eché después un capote: llegaba tarde a una cita con su esposa en Santa Eulalia, la tienda de ropa, y le acompañé para disculparme y asumir la culpa del retraso.

© Archivo *La Vanguardia*

Deportes

El correspondiente en Seúl de nuestro diario transportó durante un kilómetro el fuego que iluminará la inauguración de los Juegos

«La Vanguardia» realizó su relevo olímpico

Treinta representantes de medios de información de todo el mundo, invitados a llevar la antorcha

Seúl (6 de septiembre). El relevo olímpico, símbolo de fraternidad y amistad entre los pueblos, se inició ayer en Seúl, Corea del Sur, cuando el periodista catalán de «La Vanguardia» llevó a cabo su parte de la carrera. El relevo olímpico es una tradición que se celebra desde hace más de un siglo. En esta ocasión, el relevo olímpico se celebró en Seúl, Corea del Sur, el día 6 de septiembre. El relevo olímpico es una tradición que se celebra desde hace más de un siglo. En esta ocasión, el relevo olímpico se celebró en Seúl, Corea del Sur, el día 6 de septiembre.



Joaquín Faura, correspondiente de «La Vanguardia», en Seúl, fue uno de los portadores de la antorcha olímpica

La lucha por los JJ.OO. del centenario ya ha empezado

Seúl (6 de septiembre). La lucha por los Juegos Olímpicos del centenario ya ha empezado. Seúl, Corea del Sur, se prepara para recibir a los atletas de todo el mundo. La ciudad está llena de gente y se ven banderas de todos los países. La inauguración de los Juegos Olímpicos se celebrará el día 17 de septiembre.

El relevo olímpico es una tradición que se celebra desde hace más de un siglo. En esta ocasión, el relevo olímpico se celebró en Seúl, Corea del Sur, el día 6 de septiembre.

Corea del Sur se relaciona más gracias a Seúl'88

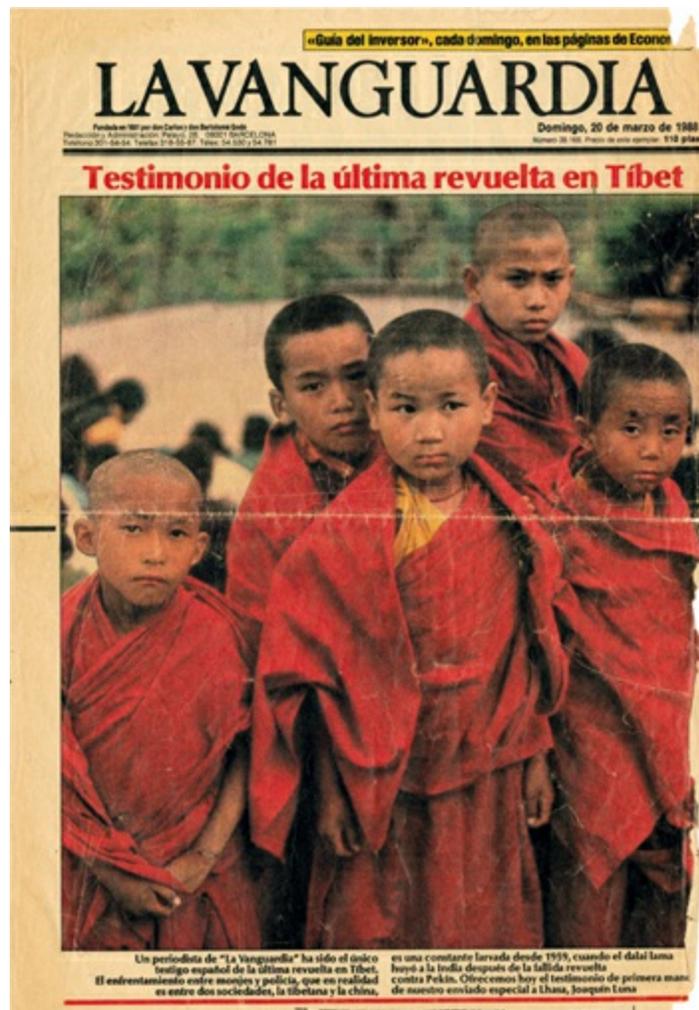
Seúl (6 de septiembre). Corea del Sur se relaciona más gracias a Seúl'88. La ciudad está llena de gente y se ven banderas de todos los países. La inauguración de los Juegos Olímpicos se celebrará el día 17 de septiembre.

La publicación de la lista de los atletas que participarán en los Juegos Olímpicos de Seúl'88 es un momento importante. La lista incluye a atletas de todos los países del mundo.

Sopa de serpiente y carne de perro para ganar medallas

La curiosa dieta del deportista coreano. En Corea del Sur, se cree que comer sopa de serpiente y carne de perro ayuda a ganar medallas. Esta es una tradición que se ha mantenido durante muchos años.

El diario recogió con generosidad tipográfica el relevo hecho por el autor de la antorcha olímpica en Jeonju, Corea del Sur, poco antes de los Juegos Olímpicos de Seúl de 1988. También lo hicieron varias publicaciones fotográficas.



La exclusiva mundial de los incidentes en Lhasa, la capital de Tíbet, en 1988, vio la luz en una serie de crónicas amplias.

© Archivo *La Vanguardia*

¡Menuda tropa!
Joaquín Luna

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Carlos Cubeiro
© de la ilustración de la portada, Diane Kerpan – Arcángel

© Joaquín Luna Morales, 2018

Iconografía: Grupo Planeta

Las imágenes del pliego, excepto aquellas en las que figura el crédito correspondiente, pertenecen al archivo personal del autor.

Se han hecho todos los esfuerzos posibles por contactar con los titulares de los derechos de autor de las imágenes, si los hubiere. En caso de omisión, sea por el motivo que fuere, se deberá contactar directamente con los editores.

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península
Diagonal, 662-664

08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-9942-718-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

JOAQUÍN LUNA

¡MENUDA TROPA!

AVENTURAS
Y DESVENTURAS
DE UN PERIODISTA
DIVORCIADO



PENÍNSULA HUELLAS